

Ariadna Baker



Ni él

ES UN JUEGO...

Ni tú

EL AMOR DE MI VIDA

Me
ES UN JUEGO...
Me
EL AMOR DE MI VIDA

Primera edición.

Ni él es un juego... Ni tú el amor de mi vida.

Ariadna Baker.

©Octubre, 2019.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Había que ponerse seria en esos momentos, mi madre y su inexplicable forma de cambiar de humor, en una milésima de segundo.

—Estela, tu padre tiene la culpa de todas mis desdichas —dijo como cada cierto tiempo lo hacía, sin poder quitarlo de su boca, de nuestros pensamientos y sin ser capaz de dar carpetazo a algo que terminó cuando yo, aún era una cría de seis años, ahora tenía veintiocho y seguía en la misma línea.

—Mamá, la culpa la tienes tú —dije resoplando—. Ya tendrías que haber rehecho tu vida, conocer a alguien y no haberte permitido quedarte estancada en algo que no tiene ni pies ni cabeza. Es que siempre estás igual, no lo comprendo, vueltas y vueltas al asunto, se trata de ir hacia delante, no hacia atrás.

—No entiendes el daño que me hizo, lo sola que me dejó...

—Perdona, nos dejó, se te pasa ese pequeño detalle —dije con enfado.

—Pero yo te tuve que sacar adelante, tuve que ser madre, trabajar y sobre todo verme envuelta en una vida que...

—Ya me conozco la historia —resoplé por el estrés que me causaba—. Bueno mamá, tengo que irme —puse el café sobre la mesa—, no quiero llegar tarde al trabajo, ya sabes que no es cuestión de que me la juegue. le di un beso en la mejilla y salí a la calle. Esperé a que llegara el autobús, aun no tenía ahorrado lo suficiente para comprarme un coche, pero ya me faltaba poco.

Había obtenido mi plaza en esa guardería del estado hacía apenas ocho meses, a principio de curso, en septiembre, ya era abril y me había dado tiempo de ir guardando todo lo que podía, aunque me faltaban aún dos meses más para poder pagar un coche más o menos decente. Era muy meticulosa y lo último que haría sería meterme en deudas, así que, hasta que no tuviese el último euro de lo que costaba, viajaría en bus. Llegué a la guardería y ahí estaba una cara que no conocía, con una nena de apenas dos años, que era para comerla a besos.

—Hola —dije agachándome y sonriendo a esa preciosidad—. Nunca te vi por aquí.

—Hola —dijo el padre, ese precioso hombre que imponía a cualquier vista—. Nos acabamos de instalar en la isla y es su primer día —sonrió —Se llama Lola.

¡Vaya por Dios!, esa manía de ponerle esos nombres a las niñas de ahora, Pepa, Lola, Carmen... ¿No tenían un abanico de nombres de los más atractivos?

—Pues, sí quieres...—dije para que me diera a Lola y entrar en la guardería.

—Claro, muchas gracias —besó a su hija con mucho cariño.

Lola me dio la mano sonriente y entró conmigo, le enseñé el aula y le presenté a algunos niños de su edad para que establecieran un primer contacto y pudieran conectar más rápidamente, era importante que no se sintiera desplazada ni sola, más cuando se estaba incorporando más tarde, en comparación con los demás niños. Esa mañana recibí un mensaje de mi amiga Alba, ella trabajaba de auxiliar en una clínica privada, de lunes a viernes por la mañana, al igual que yo en mi trabajo.

Alba: Es viernes y nuestros cuerpos lo saben...

Sonreí al ver el mensaje.

Yo: ¿A las diez en el bar Rancho?

Alba: Tú sí que sabes... Allí nos vemos, recuerda que a las doce hemos quedado con mi primo Tony en su pub.

Yo: Bueno, da igual que lleguemos a las once, doce o una, él tiene que trabajar igual.

Alba: A las doce estaremos en su bar.

Ella era muy especial con los horarios, si quedaba a una hora, tenía que aparecer a esa hora, de lo contrario, sentía culpabilidad como si fuera a ser juzgada o sentenciada por ello. Seguí atendiendo a los niños, cambiando a unos, dándoles el biberón a otros, calmando al que se caía, al que se enfadaba o al que la liaba por el simple hecho de querer ser el centro de atención... Me encantaba, me hacía muy feliz estar rodeada de todos ellos, de sentir que era su punto de apoyo en esos momentos en los que sus padres no podían estar cuidándolos y que por su corta edad necesitaban esos mimos y atención constante. Salí del trabajo y me fui en autobús hacia mi casa, cuando llegué, mi madre estaba poniendo la mesa. Desde que se jubiló se había convertido en una cascarrabias, inaguantable, pero no me quedaba otra que lidiar con aquella situación. Estaba loca por comprarme el coche y que me quedara el sueldo limpio para poder alquilarme un pequeño apartamento junto a mi trabajo. No es que quisiera quitármela de encima, pero necesitaba más paz, no tanta pena y tantos reproches al pasado, un pasado que vivía con ella y de la misma manera se llevaría a la tumba, pues no había sido capaz de avanzar.

—Este potaje te vendrá genial, te veo muy delgada.

—Mamá, estoy bien, ¿para qué quiero estar con kilos de más?

—Bueno, pero me preocupas.

—No deberías preocuparte, no sé cómo decírtelo, pero estoy bien, las pruebas anuales me sacaron los niveles a la perfección, no quiero que te pongas a pensar en tonterías que no tienen sentido.

—Ya, pero yo soy así.

—Y no haces nada por remediarlo...

—Si no estuviera encima de ti, ¿quién lo iba a hacer?

—Pues no sé...—Puse los ojos en blanco —Esta noche salgo con Alba. —Como todos los viernes y sábados. No sé qué se os pierde en la calle a tan altas horas de la noche.

—Lo mismo que a ti, metida aquí —dije con ironía.

—¿Pero, donde voy a ir yo? —preguntó confirmado que para ella no había nada mejor que estar encerrada en una casa.

—Pues a pasear, a relacionarte con personas, tienes a Emilia, que desde que murió su marido, te ha dicho mil veces de pasear con ella, pero tú siempre con excusas baratas.

—Ella viene de vez en cuando a verme, tomamos café y hablamos.

—Claro, pero tú no eres capaz de ir a su casa y devolverle la visita y que te dé el aire. Tu vida es la casa, el mercado, el super, ir a por pan y pasar por la iglesia a confesarte no sé de qué pecados.

—Siempre hay algo por lo que hacerlo, hija.

—Siempre hay algo por lo que salir de esta cueva —dije quejándome.

Tras la comida la ayudé a recoger la cocina y luego nos sentamos en un sofá cada una, a ver un programa de televisión que nos gustaba mucho a las dos, así que siempre hacíamos la misma rutina. Me quedé dormida un buen rato, estaba agotada de la semana y esa noche me esperaba trasnochar, las fiestas con Alba terminaban desayunando churros y tomando un chocolate en el paseo marítimo, un lugar donde acababan todos los fiesteros. Era como una norma obligada acabar allí todos los del pueblo, al menos la juventud que salía cada noche del fin de semana y como no, nosotras éramos de las que no nos perdíamos una.

Capítulo 2



A las diez estaba en el bar Rancho y ahí mi amiga junto a la barra mirándome con cara de asesina por haberme pasado un mísero minuto, uno de esos que hacen que te cambie todo, como por ejemplo el humor.

—Quita esa cara de revenida que tienes —dije dándole un abrazo, intentado que relajara ese estrés que llevaba pegado al cuerpo.

—¿Cómo se puedes ser tan impuntual? —preguntó regañándome, mientras me abrazaba.

—¿Qué dices! —solté una carcajada —Es un minuto, no más, deja ya de ser tan cuadrículada —puse los ojos en blanco y volví a abrazarla mientras le hacía cosquillas

—En un minuto les ha pasado a muchas personas muchas cosas —resopló, pero a continuación se echó a reír—. Ya sabes como soy, cada uno es de una manera u otra, pero debes entender que yo, para estas cosas sea así —se encogió de hombros y puso cara de niña buena, como si aquello fuera algo que debía darse por sentado, nunca llegar ni un minuto tarde a ninguna de las citas.

—Eres tremenda, Alba, eres tremenda —negué y miré al camarero—. Una copa como la de ella, por favor.

El tipo de la barra que nos había medio escuchado me sonrió al pedirle la copa, debía estar flipando por todo lo que había dado de sí, ese puto minuto.

—Vamos vestidas iguales —dijo mirando mis vaqueros de pitillo con la camiseta blanca de manga corta, caída hacia un lado dejando un hombro al descubierto y mis labios rojos al igual que los tacones. Ella vestía igual, pero con la camiseta negra.

—Estamos que rompemos —reí—. Esta noche ligamos, te lo digo yo.

—¿Para qué? No hay ni uno decente a esta edad, o están casados, o son unos solteros de esos que ni trabajan, ni estudian, ni hacen el huevo.

—¡Anda ya! Mira, nosotras estamos solteras y sí que trabajamos, luchamos y hacemos por divertirnos después de asumir nuestras responsabilidades.

—Pero somos mujeres, yo hablo de los hombres, a veces pienso que mi destino será vivir sola siempre, follarme a algún que otro casado que esté de muerte y continuar mi vida sin preocupaciones, ni cosas de esas que llaman amor.

—Siempre eres así de tonta, hija de mi vida —puse los ojos en blanco y di un trago a mi copa que, por cierto, estaba demasiado fuerte.

Miré al camarero que vio mi cara de parecer haberme metido un limón en la copa.

—¿Qué pasa, que estás dispuesto a tirar hoy el alcohol por la ventana?

—Bueno, prefiero pecar de espléndido que de tacaño —sonrió mientras se encogía de hombros.

—También tienes razón —dije riendo señalándolo con el dedo que sujetaba la copa.

—Además —hizo un gesto mirando a mi amiga que estaba en ese momento de lado moviendo la copa con la pajita—, mejor bien cargado, que anime el ambiente.

Solté una carcajada y Alba, levantó la cabeza.

—¿Estáis hablando de mí?

—¡Qué dices! —reímos los dos —Estamos comentando que me puso la copa bien fuerte —resoplé y a ella le cambio la cara, la dejó más relajada.

Estuvimos un rato ahí y luego, nos fuimos al pub “Kenaira”, donde ya estaba Toni esperándonos con una sonrisa.

Su primo era un chico muy guapo y simpático, de unos treinta años, habíamos salido mucho con él en pandilla, era un mujeriego de cuidado, pero algo malo tenía que tener, no era de mi gusto, que conste, pero tenía un éxito arrollador con las mujeres.

Lo saludamos y le pedimos dos copas, miré hacia el lado y me asombré al ver apoyado en la barra aquella cara conocida que sonreía al verme por coincidir en el mismo lugar.

—Eres el padre de Lola, ¿verdad? —sonreí dándole la mano.

—Así es, de tu nueva alumna —sonrió.

—Es una preciosidad y un encanto, me encanta esa niña.

—Mi nombre es Alex. Qué sorpresa verte aquí.

—Yo soy Estela —sonreí—. Suelo venir los viernes y los sábados, él es primo de mi amiga —señalé a Tony, que estaba en la barra—. Así que es parada obligatoria cada fin de semana —fruncí la cara —Y, ¿estás solo? —pregunté sorprendida.

—Así es, es la primera vez que salgo aquí, acabamos de llegar y me apetecía tomar algo, dejé a mi hija con su nana, ella también se vino con nosotros a la isla —creí entender que lo decía, refiriéndose a la chica que cuidaba a Lola.

—¿Y su mamá? —pregunté, luego pensé que no era asunto mío, pero ya era demasiado tarde, lo había soltado con toda naturalidad, como la vida misma.

—Bueno...—carraspeó —No tiene, la adopte hace casi dos años, cuando tenía tres meses —sonrió—, así que soy papá soltero ¿No se dice así? —arqueó la ceja y sin dejar de sonreír.

—¡Ay qué bonito!, muero de amor —dije emocionada ante su risa.

—La verdad es que sí, fue algo muy fuerte lo que me pasó al aparecer en mi vida, me sentí extraño, yo quería ser padre de alguien que lo necesitara, quería ser algo en esa vida vacía y cuando la tuve, me di cuenta de que vacía era la mía y que ella, había venido para llenarme de todo aquello que desconocía.

—Me vas a hacer llorar —puse cara de tristeza.

—No, por favor, aunque veo que eres de lágrima fácil como yo —puso cara de resignación y solté una carcajada.

—No te veo yo a ti muy llorón...—Mi cara era totalmente de no creer que fuera así.

—Bueno, eso es que no me conoces, pero soy de muy, muy lágrima fácil —su cara me encantaba, hacía cada gesto...

Le presenté a Alba, le comenté que era el padre de una nueva niña de la guardería, ella me miró como diciendo, ¡vaya padre!, la conocía como si la hubiera parido.

Tony también se presentó, le dio la bienvenida al pub y a la isla, luego nos invitó a tres copas que tomamos en la terraza del local, adentro la música estaba demasiado fuerte y no se podía ni

charlar. Ya le habíamos sacado que era soltero, padre adoptivo, que venía a la isla a trabajar de médico y poco más, pero en un rato más, le sacaríamos hasta su partida de nacimiento, ese no sabía con quienes había dado.

—¿Vas a trabajar en el Hospital Central? —preguntó Alba, con esa curiosidad que la caracterizaba, pero lo más gracioso era que sonaba como si no le importara, preguntar por preguntar, como si no fuera la curiosa número uno.

—Así es...—dijo sonriente —En el Hospital Central.

—¿En qué especialidad? —Verás mi amiga, al final le pregunta hasta por su vida sexual, me lo veía venir.

—En sacar de quicio a las personas —dijo en tono bromista, cosa que me dio la risa.

—Pues a nosotras no nos retes, que para eso tenemos un master —solté una carcajada—. Por ahora, vas bien, como te desvíes es cuando encontrarás el problema, bueno, los dos problemas —dije señalándonos a Alba y a mí.

—Entonces me pongo serio —levantó las manos en son de paz—. Soy ginecólogo...

—Sí hombre... ¡Venga ya! —dijo mi amiga muerta de risa —Lo que me faltaba a mí es saber que vas para el Hospital Central, de ginecólogo, donde media isla nos sentamos en esa camilla de potro abiertas de piernas para que nos metan el dedo.

—Vaya, dicho así, suena raro —rio—. En serio, no solo hacemos eso —puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos —Además seré jefe de la planta de ginecología.

—¡Dios mío, te pones las botas de lo lindo! —Alba no se cortaba ni un pelo.

—Soy un profesional, mujer, no vamos mirando en plan obsceno, ni nada de eso —puso los ojos en blanco.

—Todo lo profesional que quieras, pero te pasas el día tocando kiwis —dije en tono bromista.

—¿Ahora soy frutero? —Arqueó la ceja con aire seductor —Pero recuerda que no podemos elegir el kiwi, que estamos también para lo malo, que llega cada una...

—Para eso también hay que tener estómago —dije llorando de la risa y por la bomba que esperaba aún.

—Ni que lo digas...—dijo Alba —¡Ay Dios!, imagina que el mes que viene, que me toca la revisión, me dice la enfermera que pase a consulta que el doctor Alex me espera...—soltamos los tres una carcajada.

—Pues te relajas y ya...

—Mira Estela, conociéndote, sí te pasa a ti, te tiras por el hueco de la escalera del hospital —su expresión era de quererme coger por el cuello, mientras yo me partía de risa.

—Eso también es verdad —dije sin fuerzas, por la carcajada que tenía.

—Bueno, tampoco hay necesidad, llamo a un compañero o compañera y os hace la citología ellos...

—No, si nos toca contigo, tú ahí como un campeón —soltó Alba—. Una cosa es que nos de algo de corte y otra, que nos toque el kiwi una mujer o un hombre a punto de jubilarse. Ni de coña, es más, me voy a asegurar de que estés ahí, en primera fila.

—Entonces aclaraos, a ver si al veros por mi planta, seré yo quien se tire por el hueco de las escaleras —soltó una carcajada.

—Tranquilo, iríamos los tres, si uno va al carajo, todos vamos detrás— se giró y miró a su primo que salía a la terraza—. Tony, pon tres copas más aquí, a partir de ahora tienes nuevo cliente —se refirió a Alex—, ya es parte de nuestra pandilla.

—Así me gusta —dije riendo—. Después de lo que estoy escuchando, creo que me voy a

beber medio bar.

—Y espera, que ahora le tengo que soltar la bomba al chaval —y esa bomba era la que yo sabía que iba a estallar en cualquier momento, así que, comencé a reírme antes de que ella me mirara de la misma manera y comenzara a hablar.

—Adelante —dijo sonriendo.

—No sé si abrirme de piernas y que me toques el kiwi, o soltarte que soy auxiliar de clínica del Hospital Central de la planta de ginecología y sabía que en estos días se incorporaba el nuevo jefe de planta, lo que no sabía es que me lo iba a encontrar de frente en un pub, en la locura de la noche.

—¿En serio? —Negó con la cabeza riendo.

—Y tan en serio...—dije afirmando.

—Tres chupitos de tequila, por favor —pidió cuando se acercó Tony a traer las copas—, necesito emborracharme —dijo Alex en tono serio, pero bromista, me encantaba el talante que tenía y, sobre todo, su sentido del humor al seguirnos la corriente como si nos conociera de toda la vida—. Ahora sí que necesito emborracharme, menos mal que tengo la tranquilidad de que la nana vive perennemente en mi casa y se encarga de mi niña en mis ausencias, preveo que la noche va a ser muy larga.

—Y tan larga, como que vamos a comer por la mañana churros con chocolates —reí diciéndolo.

—Así que, tú cuidarás a mi niña —dijo señalándome y refiriéndose a lo de la guardería —y tú, señaló a Alba, cuidarás a mis pacientes.

—¡Para! Yo te las visto para la gala, digo, para la cama y le hagas lo que le tengas que hacer, pero cuidar, las cuidas tú que para eso eres el jefe.

—Yo con mi Lola, veo que lo de ustedes no es lo mío —di un trago al chupito y me miraron riendo por no esperarlos.

—Ni brindis, ni nada, que linda mi niña —dijo Alba.

Cogí la copa, eché el chupito y lo levanté, mirando los suyos para que lo cogieran y chocaran con el mío.

—Por la nueva chupi pandi, el abre coños y las amiguis —dije bromeando, chocando los vasos.

—Yo me apunto, os doy mi teléfono ahora mismo —las dos cogimos el móvil de las manos para apuntar y provocamos una risa en él.

Nos dio su número y nosotras el nuestro.

—Qué ilusión, mi nuevo jefe tiene mi teléfono —soltó cuando de repente, le cambió la cara.

Me giré hacia donde estaba mirando ella y me quedé a cuadros.

—Joder, es Paco —dije poniéndome las manos en la cara.

—Hijo de puta, desgraciado —soltó Alba con asco.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex.

—Nada, aquel desgraciado del polo rojo, se llama Paco, estuve con él el año pasado, cinco meses, tampoco fue nada de años, una noche me dijo que no podía salir porque estaba con fiebre, le dije que no importaba, pero más tarde me llamó ella —me señaló con el dedo —y nos fuimos a cenar y al final terminamos tomando una copa, cuando fuimos a otro sitio a tomarnos otra, me lo encontré allí bailando salsa con una y comiéndole hasta la campanilla de la garganta. Ese —miró hacia él—, el de la fiebre.

—¿Y te vio?

—Claro, agarré a Estela, la empujé hacia su lado y me puse a bailar salsa con ella.

—¿En serio?

—Doy fe, la cara de él cuando nos vio era un poema —dije recordando ese momento.

—¿Y qué pasó? —preguntó Alex, ya con la curiosidad a flor de piel.

—Nada —dijo Alba—. Él hizo como si no nos conociera y siguió con ella disfrutando de la noche.

—¡No!

—Si hijo sí, además, por la mañana le fui a enviarle un mensaje de esos de mandarlo a la mierda y ponerlo de bonito para arriba y me di cuenta de que me había bloqueado del, WhatsApp, llamadas, Instagram, Facebook y hasta la faz de su tierra.

—Se vio acorralado...

—Se vio que le había quitado la máscara de cabrón e hijo de puta, que es lo que era, vamos, ese tipo de tíos no cambian en un año, ni en toda su vida, vaya, así que una vez descubierto el borra al misil de todo contacto con él.

—Está mirando, nos ha visto y...

—Hola —dijo acercándose a nuestra mesa.

—A ti, ¿qué se te ha perdido? —dijo Alba con chulería, Alex y yo nos miramos.

—Solo te iba a saludar, pero si no quieres...

—Yo con gente como tú, lo único que quiero es que corra el aire, ¿entendido?

—Entendido —se marchó de nuevo a la otra mesa.

—Lo flipo, os juro que lo flipo —decía Alba, sofocada—. Este tío se cree que iba a venir con esa cara de tonto a saludarme y se pensaba que iba a caer rendida en sus brazos y me iba a abrir de piernas. Vamos, no me abro ni ante este que es ginecólogo —señaló a Alex—, voy a abrirme a ese que es tonto y encima le tengo un asco increíble —soltamos una carcajada.

—Ya sabía yo, que lo terminaba pagando...—dijo Alex, bromeando por el comentario de mi amiga.

—Es un decir hijo...—Alba no se callaba ni bajo agua —Qué asco me ha entrado al verlo, de verdad. Como no hay lugares y bares en la isla, tiene que venir a este, que sabe que es de mi primo y que lo frecuento los fines de semana, desde luego, es para volverse loca. Pedid tres chupitos más, necesito emborracharme.

—Sí queréis podemos ir a tomar la próxima a otro lugar —dijo Alex.

—¡Sí! —gritó Alba —Además, nos vamos ya, no pedimos ni otra, me quiero ir rápidamente. A mí ese desgraciado, no me jode la noche.

Dicho y hecho, nos fuimos los tres a la terraza de un chiringuito en una cala cercana, nos pusimos frente al mar, en una zona chill-out y nos sentamos allí de lo más relajado. Alex me estaba gustando cada vez más, para que me iba a mentir, me causaba un montón de sensaciones que hacía mucho tiempo que ninguna persona había conseguido hacerme sentir.

Alex me miraba de forma especial y yo como mujer me daba cuenta, además, de esas miradas de complicidad que teníamos como si nos conociéramos de toda la vida...

—Una pregunta Alex...—dijo Alba, con palabras idas, ya el alcohol nos estaba haciendo estragos —¿No echa de menos una figura materna tu hija?

¡La de Dios!, ahora empezábamos la hora de los melodramas, eso de perder esa esencia era imposible ni por qué tuviéramos una incorporación nueva.

—Bueno, realmente ella ve a la nana como su madre, le dice nana, pero la ve como esa figura materna que debe tener en la vida, imagino, pero es una niña feliz, una niña que se le ve siempre

con una sonrisa en la cara. No me preocupa el tema materno, solo que sea feliz.

—Bueno si la tiene a ella de esa forma, no creo entonces que eché de menos esa figura —dije a ver si cortaba el tema—. Se la ve risueña, en la guardería me miraba mucho buscando mi complicidad, al ser nueva es normal que se aferre a la persona que conoció en ese lugar y que le brindó la mano para entrar, en este caso yo.

—Así es —dijo sonriendo.

—Es bonito el acto que hiciste con esa niña —dijo Alba, poniéndose ñoña.

—Y ustedes... ¿Cuándo os vais a animar biológicamente o de forma adoptiva?

—¡Uy lo que ha dicho! Se va a librar por ser el jefe de mi planta en unos días, que sino...

—Yo por ahora no tengo intención, me siento llena con todos mis nenes de la guardería —me puse las manos en el pecho, haciendo el papel.

—Se va la natalidad en la isla, en el país y en el mundo —dijo Alex, poniendo los ojos en blanco y riendo mientras se mordía el labio, ese que me daban ganas de morder a mí, para qué negarlo...

La noche pasó en un abrir y cerrar de ojos y ahí seguíamos, en la playa, decidimos ir a desayunar esos churros con chocolate. Más tarde subimos a un taxi y dejamos a Alba en su casa, luego se suponía que íbamos para la mía, digo se suponía, porque antes de arrancar el taxi me dijo algo que puso mi mañana patas arribas.

—¿Te vienes a mi casa a desayunar tranquilamente y luego te llevo en mi coche?

—Vale —dije sin dudarlo y aun peor, sin pensarlo, aunque deduciendo que estaba Lola con la nana, supuse que no me estaba pidiendo un polvo.

El taxi nos llevó a la dirección que él dijo, relativamente cerca de la guardería y no a mi casa.

Tenía un ático en uno de los edificios más exclusivos y céntricos de la isla, en una urbanización privada, un lugar donde al entrar se veía todo nuevo y muy bonito. Subimos al ascensor y metió la llave, cada planta era de un solo propietario, como la de él. Me quedé alucinando cuando abrió la puerta. Era una inmensa entrada ancha y al fondo una gran cristalera donde se podía ver una de las terrazas más grandes que había visto en mi vida.

Estaba todo en silencio, en voz baja me fue enseñando todo el piso, menos la habitación donde dormía la nana con la niña y que no era la habitación de Lola, pues esa noche se fue a dormir con ella. El dormitorio de Alex era precioso, de una gran elegancia y todo en color blanco, me encantó al igual que la cocina, entera de cristales, con los hornos y la vitro en el centro en forma de isla y alrededor una barra para sentarse, pero con almacenaje debajo y en un lateral, una rinconera con una mesa con unas banquetas largas formando la esquina.

La terraza era una preciosidad, un gran jacuzzi a modo piscina, tumbonas, una mesa para comer, con un techo de aluminio blanco que se deslizaba a la altura que quisieras la sombra.

Me pidió que me sentara y lo esperara, me quedé ahí sintiéndome chiquitita, era un aire demasiado asombroso. Yo estaba acostumbrada a vivir con mi madre, con esa cara de enfado todo el día, con la casa bonita pero muy a la antigua, la conservaba muy bien, pero nada tenía que ver con esta. Las vistas eran impresionantes, a un lado la ciudad, al otro el mar y el otro a una zona verde.

Apareció duchado, con un pantalón corto y una camiseta que le quedaba de escándalo y sosteniendo una bandeja con café y tostadas.

—¡¡Papá!! —grito la niña entrando a la terraza —¡Uy! —Se paró en seco, mirándome con las manos en la boca.

—¿Quién es? —preguntó el padre abrazándola.

—Tela, es Tela —dijo quitando el “Es” de delante y yo moría de amor, se vino hacia mí y la senté en mi falda.

—¿A qué no me esperabas? —Le hice cosquillas mientras ella reía, mirándome emocionada.

—No —no dejaba de reír y observarme.

Apareció la nana, tenía como cincuenta años y con una sonrisa en los labios, se le veía muy cariñosa y amable, además de ser de color, parecía senegalesa o de algún país parecido.

—Me llamo María —dijo sonriendo.

—Yo soy Estela, su profe —dije sonriendo y le hice un guiño a Lola, que aún seguía en mi falda mirándome alucinada.

—Si necesitáis algo...—Señaló hacia dentro, como diciendo que la avisáramos.

Desayuné con ellos y luego Alex, me llevó a casa en su flamante coche, tendría pocos días, un Mercedes blanco precioso.

—Gracias por dejarme compartir la noche con vosotros —dijo cuando me dejó en casa.

—Esta noche volvemos a salir, si te quieres apuntar...

—Desde luego, no me lo perdería, nos veremos en el bar del primo de Alba, sobre las diez, ¿te parece?

—Claro, allí estaremos —dije nerviosa y abrí la puerta, me dirigí hacia mi portal como una bala.

Entré a mi casa y mi madre estaba en la cocina.

—Buenos días, hija, pensé que empalmarías la fiesta y volverías mañana...—dijo con ironía.

—Buenos días, mamá —la besé—. Estoy en edad de salir y disfrutar, todo no va a ser trabajar y quedarme en casa.

—Bueno, pero estas horas...

—Estas horas hoy, se me hizo un poco más tarde, desayuné aparte de tomar esos churros con chocolate. Bueno, luego nos vemos, me voy a dormir que estoy muerta.

Capítulo 3



Desperté a las ocho de la tarde, tenía un mensaje de Alba, estaba con fiebre y no tenía cuerpo para salir.

Le envié un mensaje a Alex explicándole lo sucedido y me dijo que me invitaba a cenar, acepté y quedó en recogerme a las diez.

Estaba nerviosa, para qué negarlo, muy muy nerviosa, hacía mucho que no me sentía así y ahora lo estaba. Me recogí el pelo hacia los lados, en una coleta alta, me maquillé y me miré en un espejo donde me veía de cuerpo entero. Estaba guapa, me encantaba como me quedaba aquel vestido negro ajustado a mi cuerpo, es más, me hacía un pedazo de escote que saltaba realmente a la vista, reí de pensarlo.

—¡Mamá, me voy! —Me había llegado un mensaje de Alex, avisando que estaba en la puerta.

—Espero que llegues antes de que me vaya a misa —solía ir a la de las once de la mañana.

—Creo que sí, aunque no te aseguro nada —le di un beso en la mejilla.

—Sabes que no me gusta que estés tanto tiempo en la calle.

—Mamá, ya no soy una cría...

—Ya, pero siempre serás mi hija —dijo en tono enfadado.

—Eso espero... —Negué con la cabeza y salí de allí.

En la puerta estaba Alex, con su gran coche y esa sonrisa que hipnotizaba, iba guapísimo y olía irresistible. Llevaba una camiseta de cuadros pequeños en tonos azul y blanco, las mangas remangadas perfectamente hasta el codo y un pantalón de lino blanco. << ¡Madre del amor hermoso!>>, pensé en varias ocasiones.

No sabía a donde íbamos, pero realmente me daba igual, quería estar con él, y el lugar era lo de menos.

—Me da la sensación de que te conozco de toda la vida —dijo sonriendo mientras conducía.

—A mí también me ocurre —aunque me sacara los colores de la forma que lo hacía, pero me la daba.

Llegamos a un hotel, lo miré asombrada.

—En la última planta hay un restaurante con unas vistas maravillosas —sonrió.

—Ah, ya pensé que me ibas a llevar a una suite o algo por el estilo —reí bromeando.

—Todo es negociable... —Me ayudó a salir del coche, como todo un caballero que era.

Llegamos a ese maravilloso restaurante que, por cierto, tenía unas vistas espectaculares, solo se veía el mar, era como si estuviésemos encima de él.

Pidió una botella de vino, luego me pidió que le dejara pedir por los dos, petición que acepté encantada, así me ahorra darle vueltas a la carta mil veces y no decidirme, ya me conocía, esa era una de las cosas que más nerviosa ponía a mi amiga.

—Y bien, cuéntame de ti —dijo levantando la copa a modo de brindis.

—Bueno, llevo una vida muy normal, mi trabajo desde septiembre, vivo con mi madre hasta que pueda independizarme y estoy a dos meses de tener el dinero reunido para mi primer coche —reí.

—Vamos que tú, letras no quieres —sonrió.

—Ni de coña, me compraré el coche con el dinero en mano y luego reuniré para independizarme, tampoco puedo optar ahora a comprar un piso, pero al menos irme de alquiler y vivir sola. Con lo que cobro me puedo mantener, e incluso podré guardar un poco todos los meses hasta poder dar la entrada para mi casa, pero ahora mis prioridades son poder comprar el coche e independizarme.

—¿Vives con tus padres?

—Con mi madre, la amo, la adoro, pero se me hace imposible aguantar mucho tiempo más con ella. Es una persona que vive aferrada al pasado y a lo que le hizo mi padre, bueno nos hizo, nos dejó tiradas cuando yo era muy pequeña y ella nunca lo superó, dice que vivió para trabajar y criarme y siempre está lamentándose, recordándolo con rabia cada día. Tampoco suele salir, se dedica a ir a por el pan, al super y poco más, no quiere hacer nada, va los domingos a misa y ya. Eso no es vida, se quedó anclada en el pasado y a mí, la verdad es que me vuelve loca con esa constante negatividad que lleva dentro.

—Te entiendo...

—Bueno ya queda poco para independizarme, quizás en septiembre, en julio quiero comprarme el coche y como tengo paga, la guardaré para la fianza, en agosto también guardaré para en septiembre, poder cogerme un apartamento.

—Es una idea genial.

—Tengo visto un edificio cerca de donde vives y de la guardería, el que está encima de la biblioteca.

—Sé cuál es.

—Pues en ese edificio hay varios apartamentos de un dormitorio, para mí es suficiente, lo tengo al lado del trabajo y es un edificio relativamente nuevo. Está muy bien, tiene un dormitorio, cocina, baño, el salón y una pequeña terraza que es suficiente para mí, no necesito más.

—¿Piden mucho?

—Cuatrocientos euros, e incluye la comunidad, luz y agua.

—Eso está genial.

—Me sobran casi mil euros, con eso como, pago seguro del coche y me sobra, no soy de vicios, bueno, algún que otro cigarro y salir de copas, pero no soy muy de gastar en caprichos, como que no los tengo. De todas maneras, hay otro apartamento de dos habitaciones que sale a quinientos euros. Alba, seguramente, se venga a vivir conmigo, lo que pasa es que a su madre le detectaron un tumor y estuvo muy mal, en tratamiento, así que, si le dan buenas noticias, sí que se viene conmigo.

—Vaya, esperemos que así sea...

—Y tú ático, ¿es alquilado?

—No —sonrió—. Vivía en Madrid con mi padre, mi madre murió hace años, pero luego murió mi padre y me quedé el piso de ellos que estaba en el centro de la ciudad. Adopté a Lola y pedí la

plaza aquí, quería darle a ella, una vida más tranquila y de paso, tenerla yo también. Estaba deseoso de vivir cerca del mar y cuando me avisaron hace un año para incorporarme a este hospital, vendí mi coche, la casa de mis padres y aquí estoy. Compré el apartamento, el coche y ahora me toca trabajar para vivir.

—Pero sin letras —reí.

—Eso sí —arqueó la ceja.

—Y con un sueldo que no lo gano yo, ni en seis meses —reí—, pero oye, merecido te lo tienes, que yo debería de haber estudiado más y tendría mejor futuro.

—Bueno, tienes tu plaza por la Junta, por el Gobierno de aquí, eso te da una seguridad.

—Eso sí, además, si algo tengo claro es que soy feliz con lo que tengo, no necesito nada más, solo poder pagar mis cosas y que no me falte para comer.

—Tienes razón —sonrió e hicimos un silencio, nos trajeron una ensalada que en mi vida la había visto mejor decorada, llevaba hasta langostinos, tenía un aspecto impresionante.

—¡Umm, qué buena pinta! —Puse los ojos como platos, mirándola.

—Es verdad, busqué en Google y me di cuenta de que era uno de los lugares con mejores críticas, por eso llamé y reservé. Los siguientes platos creo que te entraran muy bien por los ojos.

—Seguro, soy de buen comer —reí.

—Yo en Madrid no me ubicaba, me faltaba esto, respirar el aire del mar, sentir la libertad que aquí se siente... Allí es todo mucho más acelerado, más estresante, el ambiente de allí está cada vez está más cargado, no se respira igual de sano aquí, que allí, pero ojo, es un pedazo de ciudad. Yo nací para vivir así, como lo estoy haciendo ahora, que en pocos días encontré todo lo que había deseado para mi vida, todo aquello que necesitaba para mi día a día.

—Y también me encontraste a mí —dije bromeando, mientras él servía los dos platos de ensalada.

—Bendita suerte la mía, decidir ayer salir a tomar algo, me dije a mi mismo: una o dos copas, que te dé el aire y luego vuelves a casa.

—Lo que no sabías, es que ibas a volver al día siguiente —solté una carcajada.

—Ni de broma lo hubiera imaginado, pero me lo pasé genial, de verdad. Hacía tiempo que no había tenido una noche tan buena, el carácter de aquí es diferente, la gente es muy alegre y, sobre todo, es fácil entablar conversación con las personas, son más abiertas.

—Algunas se pasan de abrirse —dije con ironía provocando en él, una carcajada.

—Eso pasa aquí y en todas partes —arqueó la ceja.

—Bueno, yo me entiendo...—le saqué la lengua.

Después de la ensalada nos trajeron un pescado a la espalda que estaba de vicio, uno de los mejores que había probado en mucho tiempo. Estaba achispada por el vino, no paraba de beber ni él, dejaba que las copas se vaciaran, ¡bonito era...!

La noche con él, fluía de manera asombrosa, me hablaba de su época universitaria, de una relación que tuvo durante ocho años y luego ella lo dejó por otro, pensé mil veces que esa tía era tonta por dejar escapar un hombre así.

También me habló de su infancia, bendita infancia, con unos padres que le apoyaban en todo, que le hacían su vida más fácil y con una serie de historias que me sacaron más de una sonrisa. Se le veía un hombre noble, carismático, muy inteligente y culto en todo el sentido de la palabra.

Nos reímos mucho al recordar la aparición de Paco la noche anterior, él se pensaba que acabaríamos todos a hostias, eso me divirtió mucho.

Terminamos de cenar y fuimos a una barra que había en la terraza, nos pedimos dos copas. Me

sentía en una nube, no sabía si le atraía como mujer, o si estaba allí por haberle caído bien y me veía solo como una amiga. Por otro lado, me decía que no, la forma en la que me miraba me hacía sentir sexy, especial y no me hacía denotar que no pudiera gustarle.

Estuvimos charlando ahí, de pie, luego me soltó algo que no me esperaba.

—Después de aquí, si quieres, nos vamos a una suite a dormir, podremos tomar unas copas y no tenemos que privarnos de beber por tener el coche ahí, es más, tomaremos ahora las que queramos y mañana al despertar, desayunamos y nos vamos.

Me sonrojé con la idea, me hizo gracia y reí de los nervios.

—Me parece buena idea, preguntamos cuánto cuesta y la pagamos a medias.

—Ya está cogida y pagada —rio.

—¿En serio?

—Sí, no te iba a dejar ir, aunque nos sentaremos solos en el sofá a charlar, no nos iríamos habiendo bebido —se giró y pidió otras dos copas.

Me gustaba, más que gustar, me encantaba y mucho.

Estuvimos charlando tres horas más, contándonos cosas de nuestras vidas, conociéndonos mucho más de lo que habíamos hecho durante la cena, que solo nos faltó contarnos los polvos que cada uno habíamos echado. Era increíble la complicidad y confianza que empezaba a tener con Alex, que todo aquello que había sucedido solo en veinticuatro horas, me estaba llenando de una forma desmesurada.

De allí nos fuimos a la habitación, estaba deseando que pasara algo entre nosotros, para que mentir. Y pasó, fue entrar en la habitación y comenzar a besarme, puso sus manos en mis caderas y me pegó a él, yo solté el aire después de aquel beso que parecía haberme desgarrado el alma.

Comenzó a quitarme la ropa, hasta dejarme completamente desnuda ante él, que me miraba con ojos de deseo. Yo estaba nerviosa, se me erizaba la piel con cada una de sus caricias, con todo aquello que dibujaba sus dedos en mi cuerpo a modo de caricias, parecía tonta, pero nadie me había tocado de esa manera que hacía derretirme ante él, aquello era mucho para mí, era lo que siempre había deseado.

Me tumbó con cuidado sobre la cama y comenzó a besar todo mi cuerpo, a acariciar cada parte de mí, a besarme entre mis partes íntimas hasta entrar en ella con sus dedos y su lengua, haciendo que gimiera de placer con cada contacto que arremetía en mi piel.

Me penetró mirándome a los ojos, con sus brazos fibrosos en cada lado de mí, a los que me aferré. Su cuerpo era escultural, su expresión era toda una explosión de morbo que se apoderaba de mí, entraba y salía de manera sincronizada, pero provocando que gritara de placer, me estaba volviendo loca. Llegué al orgasmo de una forma brutal y luego él, que se quedó sobre mí, comiendo mi cara a besos mientras sonreí.

Luego salió de mi cuerpo y me tomó de la mano, me llevó al baño y me metió con él en la ducha, siguió besándome, acariciando mis partes y acariciando mi clítoris, hasta hacerme de nuevo, correrme de placer.

Parecía sobrehumano, su cuerpo imponía y me hacía sentir de una forma inexplicable, no encontraba manera de saciarme, quería todo de él, apretarlo contra mí y no dejar que jamás me soltara.

Luego nos liamos en los albornoces y nos fuimos a la cama, me lo quitó se lo quitó y entramos desnudos, me puso sobre su pecho y me mantuvo abrazada a él.

—Eres increíblemente linda —dijo besando mi cara.

—No sé cómo tomarme eso...—Puse los ojos en blanco.

—Me encantas, ¿te vale?

—¿Y por qué no me iba a valer? —solté una carcajada.

—Gracias por haber aceptado venir.

—No hay dé que —le di un beso en los labios y volví a acurrucarme en su pecho.

En aquel momento sentí algo tan fuerte, tan especial, tan bonito, que tuve miedo a que se acabara, temía que al día siguiente me dejara en mi casa y se olvidara de mí, pues era algo que no superaría, algo que no podría llevar bien. No había sentido nunca de esa manera y no quería que se esfumara todo aquello que me había transmitido en tan poco tiempo.

Nos quedamos dormidos y por la mañana al abrir los ojos, sonreí, estábamos haciendo lo que se dice, la cucharita, me abrazaba desde detrás con su cuerpo pegado al mío, notó como había despertado y besó mi cuello.

—Buenos días, preciosa —dijo con esa voz que hacía derretirme.

—Buenos días, doctor —respondí bromeando y me giré para darle un beso.

Volvimos a hacerlo, estábamos desatados, sentía que él al igual que yo, tenía ganas de más, me encantaba sentirme bajo su control, ese que llevaba de lujo, ese que me hacía sentir tan pequeña y tan grande a la vez. Era difícil de explicar, pero era algo asombrosamente bonito.

Después de hacerlo y ducharnos, os trajeron el desayuno a la terraza de la habitación.

—Me encanta todo lo que veo —dijo mirando el desayuno y a mí.

—Bueno, veo que miras a partes iguales el café con las tostadas que a mí —le saqué la lengua.

—Es el conjunto lo que me llena —me hizo un guiño.

Después de desayunar salimos del hotel y me llevó a casa, en la puerta quedamos en que hablaríamos y dio por sentado que nos volveríamos a ver, aquello me dejó tranquila, me daba mucho miedo no volver a saber nada de él, o verlo solo por la guardería, eso me pondría triste, aunque parecía que no iba a ser así.

Entré en mi casa y mi madre ya no estaba, se había ido a misa, así que me ahorra el sermón de cada mañana al volver de fiesta, aunque esta vez no había pasado la noche en la calle, todo lo contrario, resguardada en la habitación de un hotel.

Me sentí feliz, fui a la cocina y comencé a preparar una pasta, no tenía sueño, había dormido lo suficiente, además llamé a Alba para preguntar cómo estaba y por su voz estaba mucho mejor. Cuando le conté lo sucedido con Alex, flipó en colores, no paró de decirme que me había tirado a su jefe y eso le ocasionaba mucha risa, a mí más, pues era el padre de una de mis alumnas y puestos a pensar, no sabía que era peor.

Mi madre llegó un rato después, se asombró al verme en la cocina con la comida preparada y con cara de no haber trasnochado, o peor aún, a esa hora era típico que estuviera durmiendo la borrachera.

Mi madre me sometió a un tercer grado, estaba asombrada de verme tan fresca, le dije que solo cené y dormí en casa de una compañera de la guardería, no quise darle más explicaciones para que luego, no me siguiera sometiendo a otra ronda de preguntas que no me apetecía contestar.

Comí con ella y luego me fui a mi habitación a leer un poco, pero no conseguía concentrarme. Justo en ese momento me llegó un mensaje de Alex, era una foto de él y de Lola, sacándome la lengua, me reí al verla, no sabía a quién me habría comido a besos antes, si los hubiese tenido delante.

Le mandé una foto a ellos sacando también la lengua desde la cama, me respondieron con otra riendo. Me encantaban, eran dos personas muy divertidas y con un gran corazón, los veía bondadosos, era algo que me cautivaba.

Por la tarde fui a ver a Alba, estuve un rato con ella tomando un café en su habitación, estaba mejor pero aún se la veía decaída, estaba flipando por lo de Alex. Me contó que Paco, le había enviado un mensaje, la había desbloqueado a ella un año después e insistía en verla para hablar relajadamente. Ella, aún no había contestado a ninguno de los diez mensajes que él, le había puesto y que encima había comprobado que los había leído y dejado en visto, cosa que me hizo mucha gracia.

Por la noche compré una pizza y fui a casa, la comí con mi madre y luego me acosté temprano. Al día siguiente volvería a la rutina del trabajo y solo esperaba que me trajera algún encuentro más con Alex, ese hombre que de repente llegó y puso mi mundo entero patas arribas.

Capítulo 4



Llegué a la guardería a las nueve, había días que entraba a las siete, pero ese era uno de los que podía dormir un poco más.

—¡Hombre Lola!, que temprano te han dejado hoy —me acerqué a ella que me miraba sonriendo. Le di un besito y me cogió la mano, me dio un ataque de risa, la cogí en brazos y la abracé. —No me voy a ningún sitio cariño.

En ese momento me llegó un mensaje de mi amiga.

Alba: Reporte de primera hora. El doctor apareció por el hospital, se presentó, tomó su despacho y afuera se lio una revolución con las enfermeras, limpiadoras y toda la planta. ¡Aviso, lo quieren violar, lo quieren violar!

Empecé a reírme y los niños me miraron sonriendo.

Yo: Vigila que no se acerque ni una “zorra”, no quiero tener que ir allí a asesinar a alguien y terminar en prisión, mientras el sigue tocando kiwis a diario.

No tardó en contestar...

Alba: Se le han quedado a todas unas caras de revenidas salidas...

Yo: Está alerta, luego te llamo, me matan si me ven con el móvil.

La mañana la pasé pensando en él, en la noche de pasión que pasamos en aquel hotel, en ese cuerpo, en esas manos... ¡Hora de irme!

Lola, al verme poner la mochila, le entró tristeza y comenzó a llorar.

—No, no llores.

—“Tigo” —quiso venir conmigo, en ese momento se agarró a mí y comenzó a encogersele el corazón de forma desconsolada.

—Espera hago una cosa —me dirigí a mi compañera que la miraba con cara de pena—. Su padre es amigo mío, lo llamaré y me deja, me la llevo.

—Claro.

Marqué el teléfono cruzando los dedos.

—Hola, que grata llamada.

—Hola, Alex. Perdona que te moleste.

—Molestia ninguna, es un placer oírte.

—Te llamaba para saber quién viene por Lola y a qué hora.

—¿A pasado algo?

—No, solo que se abrazó a mí llorando cuando vio que me iba.

—La recojo yo, pero dentro de dos horas —dijo con tristeza.

—¿Me la puedo llevar al parque que hay frente a tu urbanización y la recoges ahí? —fruncí el ceño por si se enfadaba por el atrevimiento.

—Eso será mucha molestia para ti...—dijo con pena.

—Ninguna, me evitará tener que ver durante dos horas, la cara de pena de mi madre —reí—. Entonces me la llevo, te paso a la encargada para que le confirmes la salida de la niña.

—Gracias, luego te invito a un café.

—No te quepa duda...—reí —Hasta luego.

Le pasé el teléfono a mi compañera para que le pidiera la clave de autorización y me la pudiera llevar. Lola reía en mis brazos y me besaba, sabía que se venía conmigo.

Salimos de allí y nos fuimos felizmente de la mano, dando un paseo ya que vivían relativamente cerca.

—¿Te lo pasaste bien hoy en la guardería?

—Sí, con mi amiga “Cane”.

—Claro, con Carmen, es muy buena niña, como tú. Pero claro, ella se fue hoy antes y a tú, al ver que me iba y que ella no estaría, te dio la pena, ¿verdad?

—Sí —reía esta vez.

—Buenos, entonces nos vamos de chicas —dije cogiéndola en brazos, me la comía a besos, esa pequeña me tenía loca.

Llegamos al parque y buscamos un banco, antes había comprado un helado para cada una, así que nos sentamos a la sombra, justo delante había un terreno de arena, con juegos para ella.

Se comía el helado sentada a mi lado, le chorreaba, menos mal que siempre llevaba en mi bolso toallas húmedas, pero estaba disfrutando como una enana de ese sabor que le caía por el cuello y que encima estaba fresquito.

—Te estás poniendo, que te van a tener que meter con la ropa en la lavadora.

—“Dora” yo no —me provocó una carcajada.

—Vale, la ropa a la lavadora y tú a la bañera.

—Sí.

—Eso ya lo ves más normal, ¿no?

—Sí.

—Ya, ya veo...—Me estaba partiendo de la risa, encima ella ni se despeinaba, yo descojonada y ella tan seria contestando y chupeteando su helado tan campante.

Cuando se comió el helado se puso a jugar frente a mí, en ese círculo de arena, en una zona con unas pelotas de goma.

No me quitaba la vista de encima y yo a ella, menos, me tenían que matar, así que yo le iba haciendo gracias mientras ella jugaba feliz.

—Perdone, ¿me puedo sentar junto a usted?

—¿Alex! Me has asustado, no te vi llegar —me dio un beso en la mejilla que tampoco me esperaba.

La niña se acercó corriendo.

—¡Papii! —Saltó a sus brazos.

—Así que, hoy has llorado y te has salido con la tuya para irte con Estela...—le dijo sonriendo a modo de regañina.

—Chi —ese sí le salió con risa y descaro.

—Vamos a invitar a la profé a merendar —le dijo mientras me guiñaba un ojo.

—¡Siii! —Esta vez no le salió el chi, le salió una alegría y una fuerza brutal, al menos caía bien a la niña, lo que me faltaba, que con hija y le cayera mal —reí aprovechando que ella seguía en plan payasa.

Fuimos a su casa, María nos tenía preparada al llegar, una succulenta merienda en la terraza me encantaba aquel lugar, respirabas un poco de todo.

La pequeña se tomó un cola-caó en un biberón con su nana dentro y nos quedamos los dos solos.

—Estas muy guapa —dijo sonriendo.

—Sí, claro... —Puse los ojos en blanco —¿Qué tal tu primer día de trabajo?

—Bueno —levantó la ceja—, tranquilo...

—Sí, pues salió en las noticias de que por poco les dan una serie de infartos en la planta de ginecología a las auxiliares y enfermeras en la mañana del día de hoy —dije sonriendo, con ironía y poniendo los ojos en blanco.

—¿Celosa?

—Para nada —reí nerviosa, o quizás sí...—. Pero ¿qué dices? —no dejaba de reír.

—¿Te has puesto colorada? —preguntó arqueando la ceja con esa sonrisa en la cara.

—¡Ya! No te montes más películas, estábamos hablando de ti, pero has esquivado como un campeón.

—¿Eso crees?

—Nooo —dije con ironía.

—Eso es un sí, como un templo.

—Mira paso, no puedo contigo —resoplé provocándole una carcajada.

Estuvimos unas dos horas jugando con la peque, que volvió a la terraza, luego me dijo de acompañarme a casa, se despidió de la pequeña que iba a darse un baño y fuimos hacia su coche.

—Le he dicho a María que no vendré a cenar, he pensado en invitarte a Sushi y espero que no me digas que no te gusta.

—Me encanta, pero te voy a matar, ¿lo sabías?

—¿Por? —Puso una de sus manos en mi pierna, la otra la tenía en el volante.

—Por nada —puse los ojos en blanco—. Le voy a enviar un mensaje a mi madre.

Eso hice, le puse un mensaje, sabía que me iba a responder un “está bien hija”, pero no le iba a hacer ni puta gracia, como todo, no había nada que se la hiciera así que, me daba igual como le sentara.

Entramos en el restaurante, estaba muy bonito decorado, nos sirvieron una copa de vino.

—Una cosa, para el poco tiempo que llevas aquí, conoces mejores sitios que yo —sonreí negando con la cabeza.

—Te faltaba alguien como yo para que te enseñara lo que haces años debías haber conocido.

—Ah no, yo me voy al bar donde quedo con mi amiga, luego al pub de Toni y vuelta a empezar el finde siguiente, vamos, que no me complico.

—Ya veo... —rió negando con la cabeza.

Nos trajeron una tabla de Sushi de todo tipo y me explicó hasta los nombres, pero ni los recordé tal como los dijo. El caso es que estaba a cada cuál mejor, me gustaba todo lo que probaba.

Después de allí me acompañó a mi casa.

—Mañana, si quieres, te puedes volver a llevar a Lola —dijo cuando paró el coche sonriendo y mirándome.

—Me bajo rápido que aquí hay muchos cotillas y te estoy viendo venir... Mañana tengo que ir al centro comercial de la zona sur, tengo que hacer unas compras y me llevo a la niña, sin problema, iré en taxi, nos recoges allí.

—Trato hecho, se pondrá muy contenta.

—Más yo —sonreí—, pero déjame el carrito para moverla mejor por allí.

—Claro, te lo dejaré en la guardería.

—Estupendo, mañana nos vemos —dije bajando del coche.

Subí a mi casa y mi madre estaba en el sofá.

—Buenas noches, mamá —la besé en la mejilla.

—Buenas noches, hija ¿Dónde cenaste?

—En un restaurante asiático con una compañera de la guarde.

—Vi por la ventana que era un chico quien que te traía —dijo sin dejar de mirar la tele.

—Sí, el hermano de ella —puse los ojos en blanco —Me voy a dormir, mañana entro a las siete.

—Descansa, hija.

—Igualmente, madre.

Dios mío, podía conmigo, me ponía de los nervios y rompía mi paz mental. Me daban ganas de cogerla por el cuello y de decirle que quitara esa cara de pena que llevaba de forma permanente, pero bueno, era mi madre y la amaba con locura, con lo bueno y con lo malo. Que le iba a hacer, joderme y aguantarme, pero que ganas tenía de independizarme, ¡por Dios!

Me acosté pensando en Alex, en los momentos tan bonitos que me estaba regalando, no sabía que era para él, pero lo que tenía claro es que él, significaba mucho para mí, me había dado un aire de frescura increíble.

Me mandé unos mensajes con Alba, ella había decidido quedar al día siguiente con Paco, había estado pesado, iba a tomar un café con él y que le explicara qué cojones quería ahora, pero bueno, todos lo podíamos imaginar, si no para que iba a estar dando tanto por saco.

A la mañana siguiente Lola, ya estaba en la guardería, salió corriendo a abrazarme y a llevarme hasta el cuarto donde estaba su silla, quería decirme que luego se vendría conmigo en ella. Me la comí a besos, me tenía loquita perdida, se había convertido en la niña de mis ojos, como su padre, eran dos rayos de luz en mi vida, pero me daba mucho miedo que todo desapareciera de repente. Estaba comenzando a sentir demasiado y no quería que aquello acabara.

Al terminar mi jornada laboral pedí un taxi, salí con Lola y su carro y subimos para que nos dejara en el centro comercial, al llegar la senté en su silla y nos fuimos a pasear por el interior. Ella había comido en la guardería, yo me compre una hamburguesa y le daba patatas del menú, era muy buena, con una sonrisa indescriptible que enamoraba mi alma y la de cualquier persona que tuviera un poco de sensibilidad.

Paseamos cerca de una hora, hasta se durmió en el carrito, más tarde me llamó Alex, salí del centro comercial con la niña y nos montamos en su coche.

Fuimos a una heladería y nos pusimos las botas, la peque disfrutaba como la enana que era, las manos sobre aquella copa eran para flipar, nos hartamos de hacerle fotos, ella posaba y todo enseñando lo guarreada que se había puesto.

De allí salimos a pasear un poco y luego nos comimos una pizza con ella, le encantaba, ya iba para la lavadora, esta vez no se salvaba, para adentro del tirón, iba bonita de guarreada.

—Mañana...—dijo sonriendo, al parar en mi puerta.

—Me llevo a Lola —reí.

—No, mañana salgo a las dos, os recojo y os invito a comer en un asador.

—¿Me vas a mantener toda la semana? —reí mientras bajaba del coche.

—Y todo el tiempo que quieras —me hizo un guiño.

—Mañana nos vemos —cerré la puerta negando con la cabeza.

Me encantaba que quisiera seguir planeando conmigo, me llenaba de vida.

Recibí un Mensaje de Alba, seguramente contándome como le había ido en el café con Paco. Miedo me daba a abrirlo.

Alba: El Paco está flipado, te lo juro, he vuelto a quedar con él el viernes por la noche para cenar, tenemos que seguir hablando, te aviso para que hagas planes con Alex y me perdones.

Yo: ¿Qué más tenéis que hablar? Me estoy oliendo que has caído de nuevo.

Alba: ¿Qué dices? Las ganas del tonto ese.

Yo: ¿Y no pudo terminar lo que te iba a decir hoy?

Alba: Ahora no puedo entrar en detalles, me caigo de sueño, pero te prometo que mañana te llamo y te cuento. Descansa. Kisses

Yo: Sí ya... Te conozco, cuídate, solo te pido eso. Descansa. Kisses.

Capítulo 5



Esa mañana llegué a la guardería y me encontré con que Lola estaba durmiendo en una de las cunas, no me lo podía creer, por fin comenzaba a relajarse, los nervios de los primeros días le impedían dormir un rato como otros niños que llegaban temprano, pues sus padres trabajaban, como le pasaba a ella.

A las dos salimos y Alex, estaba en la puerta, se había escapado un poco antes para llegar puntual, venía feliz y sonriente.

—¿Qué tal vuestro día chicas? —dijo abrazando a su hija y luego colocándola en la sillita del coche.

—Tu niña se quedó dormida cuando la dejaste en la guarde y así estuvo hasta las once de la mañana, se levantó pidiendo leche calentita. Para entenderla, casi tengo que llamar a un intérprete, pero di con lo que quería —reí.

—Hay que ir jugando a las adivinanzas con ella, me las hace pasar jodidas a veces y cuando llevas un rato que no averiguas que quiere decir, se pone con la pena y a llorar.

—¡Ay Dios! Me da algo entonces —me puse las manos en la cara—. Eso me pasa con dos de la guardería, lo paso fatal cuando veo que empiezan a poner cara de puchero.

Llegamos al asador, era un sitio donde sí había estado varias veces con un chico con el que estuve y que era aficionado a la carne al fuego, estaba realmente obsesionado y siempre me traía a este lugar.

Lola se quedó dormida en su silla, así que la pusimos a la sombra y comimos los dos, relajadamente.

—¿Como te va en el hospital?

—Genial, pero tu amiga me las hace pasar putas, pasa por mi lado y me suelta un “buenos días, doctor” con ese tono irónico que sabe que me deja colorado, pero cualquier día le hago una de las mías.

—Quedó ayer con Paco, creo que te lo dije.

—Sí, ¿y?

—Pues han quedado el viernes para cenar...—Puse los ojos en blanco.

—Por un parte, no me puedo creer que haga eso y por otra, me da alegría porque así te puedo llevar el viernes a un lugar —me hizo un guiño.

—¿Ya empezamos con los misterios?

—Prepara una bolsa para el fin de semana, solo te digo eso, advierte a tu madre que no

vuelves hasta el domingo —hizo un gesto que me hizo mucha gracia.

—¿Me secuestras el fin de semana?

—No —hizo hasta el gesto con su dedo con aire seductor—. Te vienes por tu propia voluntad —arqueó la ceja.

—Bueno, vale, no voy a decir que no a la posibilidad de irme un fin de semana a no sé dónde, el caso es irme —puse los ojos en blanco —y alejarme de ese mal rollo que hay en mi casa —reí—. Es broma, me apetece mucho irme contigo.

Comimos y tomamos postre, café y hasta merendamos, salimos a las siete de la tarde, se estaba genial en los jardines del restaurante. Más tarde me dejó en casa y mi madre me estaba esperando con unos sándwiches de pollo sobre la mesa, de esos que me encantaban, aunque estaba llenísima, pero, por otro lado, me daba pena por qué sabía que esa cascarrabias me lo había preparado con mucho cariño y amor, a pesar de vivir en constante pena.

Me lo comí, poco a poco, me costó la vida a pesar de tener un olor delicioso y una pinta fantástica, pensé que reventaría. Acabé con él cómo una campeona, le di un beso a mi madre y me fui a la habitación.

Llamé a Alba, quién se puso a contarme una serie de cosas que no se creía ni ella, pero se intentaba autoconvencer. Ese tío era un descarado que ahora venía a ella, con mil excusas de culpabilidad del pasado y mi amiga había vuelto a caer en sus redes, convenciéndose ella misma que no volvería con él, pero seguía escuchando todas esas mentiras que él le contaba con descaro.

Hasta me acosté cabreada, estaba muy enfadada, no me podía creer que con lo mal que lo había pasado, ahora, de repente, rompiera todo lo que se había prometido ella misma y estuviera entrando en ese juego, pues no era más que eso, un juego para él.

Entre Alex y mi amiga, no conseguía coger el sueño. Por un lado, pensando con rabia en lo de ella y por otro, viviendo como un sueño todo lo que me estaba pasando con Alex y que hacía sentir que las mariposas de mi estomago estuvieran cada vez más revoltosas.

Me puse a leer, tenía que conseguir de alguna forma quitarme todas esas sensaciones tan opuestas que me ponían tan nerviosa. Cosas que no debían de pasar y estaban pasando, eso era lo que me jodía de Alba, que fuera tan imbécil para eso y no estuviera alerta de lo que realmente estaba sucediendo, que era un juego, solo eso, pero ella lo iba a vivir otra vez como un cuento, pensando en su príncipe, soñando con su castillo para luego encontrarse con la cruda realidad, con la bestia.

Esa mañana llegué a la guardería y no estaba Lola, le puse un mensaje más tarde a Alex, me extrañaba que fueran las nueve y la niña no estuviera ahí.

Yo: Buenos días ¿Le pasó algo a Lola?

Alex: Buenos días, se levantó con un poco de fiebre te iba a llamar en un rato.

Yo: Pobre, dale luego un beso de mi parte.

Alex: Tranquila, solo es un poco de resfriado. Hoy estoy de guardia a veinticuatro horas como te dije, así que mañana por la mañana no salgo, que iré a mi casa a preparar todo y recogerte en la guardería para irnos de fin de semana.

Yo: Lola está mala, si sigue así, lo podemos dejar para otro fin de semana.

Alex: Tranquila, lo tengo todo controlado.

Pasé toda la mañana echando de menos a mi Lola, esa preciosa sonrisa que alegraba mis momentos y la pobre con fiebre.

A mediodía salí directa a mi casa, mi madre había hecho una tortilla de patatas, pimientos fritos, croquetas y empanadillas.

—Qué bruta eres mamá —dije al ver todo aquello sobre la mesa de la cocina.

—Lo que sobre, para la noche, que frío también está bueno —murmuró en voz baja, echando una mirada a todo lo de la mesa.

—A mí me gusta hasta los pimientos fríos, así que, sin problema, lo que sobre nos lo cenamos.

—Emilia me ha dicho de ir mañana a mediodía a su casa a comer —dice, sonriendo un poco por la cara que a mí se me iba a quedar.

—Irás, ¿verdad? —La señalé riendo con el cuchillo y conseguí que se le desprendiera una sonrisa de su rostro —¡Te has reído! —Levanté las manos, incrédula.

—Iré, le prometí que iría.

—Mañana me voy de fin de semana y no me preguntes ni donde, ni como, ni nada, que te veo venir... Te recuerdo que ya soy mayorcita —reí guiñándole un ojo—. Así que, te relajas con Emilia, vas a su casa y luego la invitas tú el sábado a que coma aquí contigo.

—Está bien...—volvió a sonreír.

—Mamá, me estás preocupando con tanta sonrisa, ¿te has fumado algo indebido? —dije con sorna.

—¡Ay hija!, si yo intento ser simpática.

—Pero qué trabajo te cuesta...—le solté, provocando una risa en las dos.

—Ya sabes...

—¡Mamá! —resoplé mientras reía—, No vayas a empezar con la historia de mi puto padre, así no hay forma de que tenga un entierro digno, llevamos velando al muerto muchos años —puse los ojos en blanco.

Le llamábamos el muerto por qué para nosotras estaba así, aunque estuviera vivo y coleando por alguna parte de la isla, pero tanto nombrarlo, lo iba a resucitar cualquier día y ya lo veía tocando al timbre con un cuchillo para que dejáramos de llamarlo, se le debía de caer todo de las manos de lo que mi madre lo nombraba.

Tras la comida me fui a dormir un rato y sobre las nueve le puse un mensaje a Alex.

Yo: ¿Qué tal Lola?

Alex: Pues mejor, pero veremos cómo pasa la noche, es lo peor.

Yo: Si necesitan cualquier cosa ella o María, solo me lo tienes que decir.

—¡Hija, hija! —oí gritar a mi madre y salí del cuarto corriendo.

—¿Qué pasa mamá?

—No te lo vas a creer, nos tocó por fin el cupón —dijo enseñándome el boleto que comprábamos a medias los viernes, para toda la semana.

—¡¡¡Mentira!!! —dije emocionada.

—Sí cariño, son treinta mil euros, vamos a comprar el coche que vale doce mil y así no tocas tus ahorros, y lo que sobre lo repartimos.

—No mamá, a mitad, con mi parte me compro el coche y encima me sobra y para más alegría, no tengo que tocar lo que ya tengo reunido.

—No hija, de ahí te compras el coche y lo que sobre lo dividimos, yo no necesito tanto, ya sabes que no soy de gastar más que para comida, nunca llego a gastar la pensión siempre me sobra algo.

—¡Estoy emocionada! —Ya me veía alquilando mi apartamento, pero no lo haría hasta después del verano.

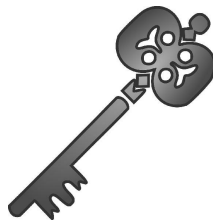
Por fin nos tocaba algo en la vida, por fin, iba a ver mis ahorros incrementados casi en el doble y encima, con mi coche pagado, para mí eso era ser millonaria, para otros no era nada, pero

a mí me ayudaba mucho para consolidar mi economía por la que tanto miraba.

Esa noche me acosté feliz, puse un mensaje a Alba y a Alex, contándole la noticia, se pusieron muy contentos.

Mi madre iría a la mañana siguiente al banco a depositar el boleto, por fin, iba a tener mi tan preciado coche. Llevaba con carnet de conducir varios años, me lo regaló mi madre cuando cumplí los dieciocho, me dio el dinero para apuntarme a la autoescuela, pero nunca tuvimos coche.

Capítulo 6



Por la mañana llegué a la guardería y volví a echar de menos a Lola, yo llevaba la bolsa de viaje del fin de semana como me dijo Alex, a las dos salí y ahí estaba él, sonriente.

—¿Como está Lola?

—Pues mira...—Señaló hacia atrás.

—¡Lola! —exclamé emocionada —¿Qué tal estás cariño?

—Bien, comé Donal.

—Claro que sí —dijo Alex —dice que la vamos a llevar a comer al McDonald's y luego la dejaremos con su nana, porque van a pasar un fin de semana de chicas.

—¡Wow!, que envidia, lo vais a pasar genial, no me lo puedo creer, un fin de semana de chicas —arqueé la ceja mirándola, yo estaba ladeada en el sillón de copiloto.

—Otro fin de semana te puedes ir con ellas de chicas —dijo Alex, haciéndome un guiño —ya le expliqué que este, te vienes a ayudarme al hospital a trabajar.

—Claro —sonreí negando con la cabeza—. Ahora soy la super enfermera “chachi pirulí” —dije bromeando y provocando una risa en la pequeña.

—Por cierto, no sabes cuánto me alegro de lo de vuestro boleto —dijo recordándome el premio de la lotería.

—Por fin voy a tener coche, quiero ir el lunes por la tarde a comprarlo, ya tengo decidido el que quiero y será en blanco.

—Si quieres te acompaño —dijo sonriente.

—Claro, no estaría mal —murmuré emocionada.

La verdad es que estaba emocionada, nunca nos había caído nada del cielo y en esta ocasión llegó cogiéndonos de improviso. Siempre andábamos fantaseando que haríamos sin nos tocara una lotería, pero esta vez cuando dejamos de nombrarla hace mucho tiempo, va y nos cae como agua bendita.

Después de comer con la niña y dejarla un poco jugar dentro del parque del McDonald's, la llevamos con la nana, la subió el padre y yo esperé en el coche.

De allí nos fuimos a un hotel de lo más turístico, de esos con todo incluido lleno de extranjeros y ambiente de fiesta, que estaba a media hora de la ciudad donde vivíamos

Lo miré riendo cuando en la recepción nos colocaban esa pulsera de, todo incluido.

—Me parece que de aquí no vamos a salir hasta el domingo —reí observando que aquel lugar tenía de todo.

—¿Y para qué quieres salir? —lo dijo en un tono de lo más seductor.

Nos dieron una preciosa habitación en la planta diez, no era una suite, pero estaba bastante completa y tenía una terraza relativamente grande.

Cuando deshicimos las maletas me agarró por las caderas por debajo de mi vestido y me apretó contra él.

—Estaba deseando volverte a tener así —dijo pegándose a él, que tiró de mí y me hizo sentar en cuclillas en su regazo.

Me miró con ojos de deseo, mientras sus manos seguían apretando mis glúteos y haciéndome mover ligeramente encima de él.

Me mordí el labio, me estaba poniendo excitada, un ligero gemido se escapó de mi boca, me quitó el vestido y el sujetador, luego me levantó, se desvistió, me quitó la braga, se puso el preservativo y volvió a sentarme en él, pero esta vez penetrándome, lo hizo de forma tan ligera que tuve que dejar de caer mi cabeza sobre su hombro y morder de la intensidad que notaba en mi interior.

—¿Bien? —preguntó mientras dirigía esos movimientos con sus manos.

—Sí —casi no me salió la palabra de la excitación que tenía.

Fue un momento brutal, luego me puso a horcajadas y me apoyó contra la pared, me lo siguió haciendo mientras me tenía en alto, yo cada vez me iba volviendo más loca de placer y los dos terminamos en un orgasmo a la vez.

Sonrió y fuimos a la ducha, no dejaba de besarme ni de tener actos cariñosos conmigo en todo momento, me hacía sentir de lo más feliz y segura, se le notaba en sus gestos que le gustaba y para mí era muy importante.

Bajamos a tomar una copa a uno de los bares de la zona exterior, la tarde estaba perfecta.

—Sabía que algo bonito me depararía la vida en esta isla —dijo con una sonrisa, mientras rodeaba mi cintura con una de sus manos, la otra la tenía apoyada en la barra.

—Me alegro de que tengas esa sensación —sonreí sonrojada.

En ese momento una llamada de Emilia a mi móvil hizo saltar todas las alarmas.

—Hola Emilia, dime —dije en tono preocupado.

—Me extraña que tu madre no haya venido a la comida, quedó en que vendría y llevo todo este tiempo llamándola.

—Déjame llamarla, ahora te digo algo.

Cogí aire.

—¿Pasa algo? —preguntó en tono preocupado.

—Mi madre iba a comer con la amiga, no ha aparecido y no coge el teléfono.

Marqué su número y no atendía la llamada al móvil, llamé al fijo y nada.

—Tengo que ir Alex, tengo que ir, algo está pasando —dije a punto de romper a llorar.

—Bien, dame dos minutos para subir a la habitación por las llaves, espérame aquí.

—Bájame el bolso, por favor.

No dejé ese tiempo de llamar, pero no había forma, avisé a Emilia de que iba hacia mi casa, me dijo que la mantuviera al tanto.

Salimos en el coche de manera precipitada, aparcó al llegar y me pidió entrar conmigo, afirmé con la cabeza yo estaba cagada por lo que me pudiera encontrar, se podría haber caído o haberle pasado algo.

Llamé con insistencia al timbre de la puerta, pero nada, entonces contuve la respiración y abrí la puerta, no hizo falta buscar mucho, ahí estaba en el sofá tirada sin muestras de...

—Quédate ahí —dijo Alex, señalando la entrada del salón sin dejarme mover y se acercó a ella rápidamente, le fue a tomar las constantes, pero su gesto cambio a peor. Levantó el teléfono y llamó a una ambulancia. Me puse a llorar desconsolada, vino hacia mí y me abrazó—. Lo siento, no se puede hacer nada por ella, ha debido ser un infarto o algo parecido —dijo mientras me apretaba contra él—. Tienen que venir a certificar su muerte —me abrazaba con mucha fuerza.

—¡¡No!! —grité y casi pensé que caía desmayada, me sentó en la cocina y minutos después, llegaron los de la ambulancia, él se encargó de todo y certificaron su muerte.

Yo estaba en shock, era incapaz de hablar, Emilia apareció al instante y se puso a llorar abrazada a mí.

—Lo siento cariño, lo siento.

Yo no podía ni reaccionar, le puse un mensaje a Alba, que seguramente estaría con Paco, habían quedado, pero no le entraba el mensaje, ya me llamaría cuando lo viera.

¿Qué sentía? Qué se llevaban a esa quisquillosa que tenía por madre, esa cascarrabias, pero era mi madre, lo único que tenía en la vida. No tenía familia por su parte, nadie más. Se llevaban una parte de mi alma, una mujer que, a pesar de todo, me había hecho ser lo que yo era hoy en día, dándome lo poco que tenía.

Emilia preparó café y Alex, me pidió los papeles del seguro, fui a un cajón de la habitación de mi madre y busqué todo lo que tenía, él se encargó del trámite, yo seguía en la cocina, estaban preparándola para trasladarla a donde la velaríamos, pero antes le harían la autopsia.

Alex se encargó de todo, cuando digo de todo, es de todo, con los del seguro, escoger la lápida, flores... Yo no era capaz de articular palabra, no dejaba de llorar y tenía la cabeza ida.

Se llevaron a mi madre y nos fuimos en el coche de Alex, Emilia y yo, antes paró en su casa a cambiarse, yo ya me había cambiado en la mía, había que ponerse cómodos, la noche iba a ser muy larga.

Nos dieron una sala donde la pusieron preparada tras los cristales, comenzaron a llegar gente del barrio a despedirla, yo estaba en un rincón con Emilia, no podía ni saludar a los que iban llegando. Alex se hizo cargo del momento encargando, me había caído como un ángel del cielo en aquellos momentos de oscuridad en los que se estaba convirtiendo ese día.

Alex fue pidiendo cafés para los que iban llegando, solo venían un rato, a la una de la mañana solo quedamos Alex, Emilia y yo. Miré a la puerta y ahí estaba Alba, que vino hacia mí llorando, se sentó a mi lado y me abrazó.

—Maldito este día, el único que me he dejado el teléfono en el bolso en silencio —dijo desconsolada.

—No te preocupes, amiga —la abraza con todas mis fuerzas—. Me quedo sola, muy sola —dije muy triste.

—Me tienes a mí, a Emilia y mira el buen amigo que nos hemos echado —dijo mirando a Alex, que me miraba con la misma tristeza.

—No sé cómo voy a tirar para adelante, ahora me quedan días de papeleo y de cosas de las que no tengo ni idea —lloré más todavía.

—Yo me encargaré de todo, estaré a tu lado guiándote, ya sabes que pasé por esto hace poco y sé los pasos que hay que dar. No estarás sola en ningún momento —dijo poniéndose en cuclillas frente a mí.

—Alex, tú tienes que estar pendiente a tu trabajo y a tu hija.

—Esta semana tengo dos guardias y el resto de los días libres, así que tranquila, hasta el miércoles no trabajo y vuelvo el domingo, tengo todos los días libres menos ese miércoles y Lola,

está bien cuidada.

—Lo miré extrañada.

—Claro, él trabaja a dos guardias unas semanas, otra, a mañanas de lunes a viernes y otra, a dos mañanas y una guardia —dijo Alba.

—Se sabe bien mi horario —dijo Alex, en un intento de sacarme una sonrisa.

Emilia no me dejaba ni un momento, lloraba y me abrazaba, le dijimos que fuera a descansar, que volviera por la mañana para la misa y el entierro. Alex la llevó a su casa, era una señora mayor y no era plan de que pasara la noche en esos sillones.

Esa noche me hice muchas preguntas, me dolía saber que no la iba a tener más, que no iba a escuchar esas charlas del pasado que tanto odiaba, pero que, a partir de ahora, echaría de menos.

—No quiero vivir en esa casa, es enterrarme en vida —dije por la mañana, cuando Alex volvió a traer café y Emilia estaba al llegar pues vendría en taxi.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Alba—. Véndela, con ese dinero puedes comprar un apartamento nuevo, no tienes que vivir allí, te llegará perfectamente para comprarlo, además, con el premio tienes para el coche y amueblarla, así dejas tus ahorros para cualquier cosa.

—Suena bien, pero soy tan torpe para todo eso, ahora veo un túnel negro, muy negro y parece que no podré salir de él.

—Vas a salir —Alex se agachó, apoyándose sobre mis piernas—. Te ayudaré en todo Estela, al igual que Alba —ella afirmó lo que él decía, aunque yo sabía que siempre la tendría—. Ahora no te preocupes por nada de eso, no te dejaremos sola y verás como resolvemos rápido lo de tu casa para que te sientas bien. ¿Confías en mí?

—Sí, claro —dije llorando a lágrimas tendida.

—Pues ahora, preocúpate solo de despedir a tu madre, que del resto me encargo yo.

Emilia llegó justo cuando se llevaban a mi madre para officiar la misa, entramos a la capilla y se le hizo la misa, de allí nos fuimos al cementerio donde se enterró, ella no quería ser incinerada, así que se hizo como ella siempre había dicho.

De allí fuimos a dejar a Emilia en su casa, luego a Alba que quedó en llamarme al día siguiente y volvimos al hotel, yo no entré, me quedé en el coche. Él recogió las cosas, entregó las llaves de la habitación y nos fuimos para mi casa.

Aquello se me caía encima, lo primero que hice fue meter toda su ropa en cajas y prepararla para Emilia, la podría aprovechar y sabía que mejor que ella, no la iba a disfrutar nadie, Alex me ayudaba con ello.

Luego nos pusimos a mirar todos los papeles de su cuenta, de sus cosas, en una tenía un poco de ahorro, no llegaba a tres mil euros, en un cajón tenía otros tres mil desde hacía mucho tiempo, decía que era por si pasaba algo y teníamos que tirar de ese dinero. El cupón lo había consignado en mi cuenta, así que por ahí no tendría que hacer nada.

Alex revisó todo y empezó a explicarme que ella lo tenía todo muy bien cerrado, así que el trámite sería más corto, ir a notaria, llevar el certificado de defunción y poca cosa más.

Esa noche nos fuimos a su casa, yo no quería, pero me obligó a hacerlo, María estaba al tanto de todo, al llegar me dio un abrazo y el pésame. Lola estaba durmiendo.

Nos quedamos los dos en el sofá charlando, me abrazaba, me daba un poco de ese consuelo que necesitaba en esos duros momentos y por la noche me fui a dormir con él a su habitación, le pedí mil veces que me dejara dormir en el sofá, pues por respeto, me daba cosa, pero él me cogió en brazos y no me dejó seguir discutiendo, me acosté con él en su cama y me abrazó, como lo hizo toda la noche.

Por la mañana salimos a la cocina a desayunar y estaba Lola, que vino feliz a darnos un abrazo.

—¡Tela! —gritó de emoción al verme y me abrazó.

—Lola, mi niña preciosa —me la comí a besos.

—Bibi —dijo señalando al biberón.

—Ahora mismo se lo preparo, señora impaciente —dijo María, sonriendo —Buenos días, cariño —me dio un abrazo.

— Buenos días, María —dije sonriendo, para que la cría no me viera triste, no tenía por qué transmitirle dolor, aún era demasiado pequeña.

Yo me sentía como en otra realidad paralela, abracé a la peque con todas mis fuerzas e intenté disimular la tristeza, pero no estaba bien, era como si ahora no encontrara mi lugar, como si me hubieran arrancado la vida.

Ese día lo pasamos en su casa relajados, incluso dormimos allí, yo tenía la ropa que había puesto para llevar al hotel así que me fui cambiando.

El lunes por la mañana llevé a Lola a la guardería, yo esperé fuera, no tenía ganas de que me vieran, me habían dado la semana libre por lo de mi madre, la directora estaba al tanto y me dijo que no me preocupara por nada.

Esa mañana fuimos al registro, dejamos presentado todo para cambiar la casa a mi nombre y poder venderla, estaría todo listo en unos días, solo tenía que pagar la parte de notaría, lo demás, lo había dejado liquidado mi madre, solo pagaría la parte de la venta llegado el momento, que eran unos impuestos aparte y que habían bajado considerablemente con la nueva ley que salió.

Fuimos a hablar con las dos inmobiliarias más importantes de la zona y esa tarde vendrían a la casa para verla, hacer las fotos y ponerla a la venta, además, al día siguiente me enseñarían un apartamento nuevo cerca de la guardería y de donde vivía Alex.

Comimos en la calle y luego fuimos a enseñarles mi casa a los de las inmobiliarias y nos dijeron lo mismo, que se vendería rápido, en esa zona había mucha gente de las afueras que no querían vivir en el centro y estaban buscando viviendas por allí, así que, el miércoles que Alex trabajaba, yo estaría recibiendo clientes.

Fuimos a ver el apartamento, con la venta de la casa me llegaba para pagarlo junto con los papeles, estaba dentro de precio y también me sobraba para ese impuesto que pagaría por la venta.

El apartamento era coqueto, a estrenar y todo luminoso, tenía hasta una pequeña terraza donde a un lado, había una mesa con sillas, pero suficiente. Un salón amplio, el dormitorio principal con un armario empotrado y otro dormitorio más pequeño, además del baño que era amplio y con unos azulejos que me gustaron mucho, la cocina estaba amueblada en blanca, pero se veía muy linda, toda nueva pues llamaba la atención.

Estaba claro que ahí quería vivir, estaba lleno de vida, luminosidad, lo tenía todo. Me pidieron una señal de tres mil euros y quedamos en llevarla a la mañana siguiente.

Esa noche volvimos a su casa, él no me iba a dejar sola, me lo decía mil veces, pero antes paramos a tomar un refresco con Alba, que estaba cabizbaja de verme a mí con esta tristeza, le pregunté por Paco para cambiar un poco el tema.

—Déjalo, ya te contaré, volví a caer en él —dijo negando con la cabeza.

—Estaré si te vuelves a caer —la abracé y nos despedimos de ella.

Esa noche María, nos había preparado un puré riquísimo, Lola se quedó dormida en mis brazos y nos acostamos todos pronto.

Alex me estaba dando un calor y un apoyo que no tendría vida para agradecerle, era como si hubiera formado parte de mi vida desde hacía muchos años, era increíble el vínculo que se había formado en torno a nosotros.

Por la mañana fui a dar la señal con el dinero que había en casa de mi madre, lo entregué a la inmobiliaria y firmé el acuerdo de exclusividad de la venta de mi casa a ellos y me dieron la llave del nuevo apartamento, retiré la venta de la otra, cuando se firmara la venta de mi casa, ese mismo día se firmaría la compra del apartamento, pero me la dieron con la condición de la casa se quedaría gestionada por ellos, al día siguiente llegarían las primeras visitas, a la semana siguiente yo les entregaría las llaves.

Volvimos a mi casa y le llevamos la ropa a Emilia, comencé a vaciar todo su cuarto, guardé todas las joyas de oro que había ido comprando a lo largo de su vida y me coloqué una cadena con un colgante que ella tenía mucho cariño, era un velador redondo, de esos que hacían un ruido relajante, de oro labrado.

Fuimos apilando cajas y tirando otras cosas que no servían, esa noche se quedó en mi casa a dormir y por la mañana se fue temprano para llevar a Lola a la guardería, yo tenía varias visitas, pero ¡bingo!, a la primera por suerte de la vida se vendió, iban directos a la agencia a dejar la señal y lo mejor de todo era que tenían el dinero. Estaban en la ciudad por traslado y habían vendido su casa, así que la firma se iba a poner en notaria para el mismo día que estuvieran mis papeles listos, pero su fianza fue tan gorda, que acordamos que el viernes le entregaría las llaves.

Esa tarde vino Alba y me ayudó a organizar todo en cajas, en mi habitación ya lo tenía todo casi listo, la casa la dejaba amueblada, el apartamento tenía luz y agua, así que al día siguiente iría a comprar a una conocida tienda de muebles todo lo que me hacía falta, además, el mismo día lo llevaban y montaban si lo pagabas aparte, totalmente todo a lo loco, pero necesitaba comenzar mi vida lo antes posible.

A la mañana siguiente llegó Alex de la guardia y una furgoneta, llevamos mis cosas al apartamento y a las once lo teníamos todo allí. Luego fuimos a comprar los muebles, mi dormitorio, el salón con un sofá con chill-out y otro dormitorio pequeño para usar como estudio, o por si alguien venía a dormir.

Quedaron que nos lo entregarían y colocarían al día siguiente, ese día iban a tope, pero me pareció bien ya que, al otro día, era cuando entregaba las llaves.

Volvimos a mi casa y Emilia estaba limpiando, ella se ganaba la vida así, por eso le dije que viniera, ya tenía todo despejado, había metido en cajas muchas cosas para donar y vinieron a por ellas, adornos, vajillas, de todo. Quería empezar de cero, con los recuerdos y cosas más importantes que había cogido, era bastante.

Esa noche la casa se quedó lista para entregar, cerré la puerta llena de dolor y me fui con Alex a su casa, besamos a la pequeña que ya llevaba una hora durmiendo y nos sentamos a tomar un zumo en el salón antes de irnos a dormir.

—No tendré vida para agradecerte que estés a mi lado en estos momentos —la voz de tristeza me salió de ese nudo que tenía en la garganta.

—No te preocupes, lo hago por qué me apetece, lo siento así, no eres una extraña para mí, te has ganado un trozo de mi corazón —hizo un gesto de pequeñito con sus dedos mientras sonreía.

Capítulo 7



Al día siguiente llevamos a Lola a la guardería, iba atrás con ella, cantándole canciones que ni me acordaba, pero se las tarareaba y ella se reía, las que cantábamos en la guardería me decía que no, yo me moría de la risa, a pesar de tener el alma por los suelos.

Esta vez la metí yo, quería hablar con la directora, pues en la isla había un convenio que, por razones de fuerza mayor, se podía pedir una excedencia inmediata, Alex me esperó fuera tomando un café.

La directora tenía que aprobarla y mandarla, me dijo que no me preocupara que ella la calificaría de importante, sabía que había sufrido un cambio muy grande y que necesitaba volver a ubicarme, así que la pedí hasta septiembre. Estaría tres meses sin trabajar y sin cobrar, pero me salían los números bien después de haber hecho todos los cálculos, la venta de la casa me daba para la compra de la nueva, el papeleo y hasta los impuestos, ya que, al comprar e invertir apenas tendría que pagar.

Con el dinero que cogí de la casa de mi madre y de sus ahorros, pagué los muebles y aún me quedaban mis ahorros más el boleto, así que con los diez mil euros que yo tenía ahorrado, podía subsistir esos tres meses y me sobraría más de la mitad. Con el boleto de la lotería, me compraría el coche y me sobraría más de la mitad también para guardarlo, después de todo, quedaba muy bien para vivir relajada, aunque daría todo para tener a mi cascarrabias al lado, la echaba demasiado de menos.

Fui adonde Alex y me pedí un desayuno.

—Alex, lo que tenía que hablar con la directora no era nada de mi incorporación, estuve anoche dando vueltas a una idea y me salió bien.

—No entiendo...

En ese momento le conté lo de la excedencia y que estaba cubierta, le expliqué mis números tal y como lo había pensado.

—Te lo puedes y te lo debes permitir —dijo cogiendo mi mano y besándola—. Ahora te tienes que adaptarte a tu nueva casa, pero a mí, no me dejes de lado —hizo cara de tristeza.

—Eso jamás lo haría, pero necesito no depender del trabajo. Ahora debo centrarme en arreglar mi casa, poco a poco, decorarla y hacerla mía, no sé, tengo la sensación de que necesito encontrarme a mí misma, estoy muy perdida después de lo sucedido.

—Hiciste muy bien —me acarició la cara sonriendo.

Fuimos a llevar las llaves de la casa de mi madre a la inmobiliaria, me dijeron que habían

hablado con notaría y que el martes siguiente se podía firmar la venta. Me dieron una alegría, y ese mismo día compraría mi casa pues, aunque ya la tuviera, quería que estuviese a mi nombre y con todos los papeles arreglados.

De allí fuimos al piso, los de los muebles llegaron al mismo tiempo que nosotros. Aquello fue un visto y no visto, estaba todo montado en una hora, me parecía increíble, mi casa estaba amueblada completamente, solo faltaba decorarla y colocar las cosas que había dentro de todas las cajas apiladas en el pasillo. Lo bueno es que la cocina venía amueblada con la casa, hasta con los electrodomésticos a estrenar, así que estaba feliz dentro de mi tristeza.

Bajamos para ir al super, tenía que comprar de todo, no tenía ni un triste producto para fregar los platos y menos comida, así que llené dos carros, uno con productos de limpieza: recogedor, fregona, cubos, de todo, el otro de comida y bebida.

Subimos y lo colocamos todo, me puse a preparar la comida, Alex fue a recoger a Lola, mientras yo la hacía.

Estaba como en otra dimensión, como en otra vida que no me correspondía. Me sentía rara, aquel lugar era nuevo e iba a ser mi hogar, así que tenía que adaptarme a ello, sabía que sería cuestión de días.

—¡Tela! —gritó Lola, cuando abrí la puerta y se lanzó a mis brazos. Alex arqueaba la ceja y sonreía viendo cómo me comía a besos—. Mi cama —dijo encogiéndose de hombros.

—Viene exigiendo un dormitorio en su nueva casa, eso me intentó explicar todo el camino —dijo Alex poniendo cara de resignación.

—Ven. Pues claro que hay cuarto para mi niña —la llevé al de invitados que yo, pondría como un estudio—. Este es para ti, así que le dices a tu papá que te regale muñecas, yo también te compraré y las dejaremos en la cama esperándote para cuando vengas a jugar con ellas y a dormir.

Se puso super contenta.

Nos sentamos a comer en la cocina, había preparado una lasaña y unas empanadillas de atún con tomate, más tarde Alex, me ayudó a guardar algunas cosas que quedaban, no sin antes sintonizar la tele nueva para dejar a Lola en el sofá viendo dibujos y donde se quedó dormida en menos de cinco minutos de empezar a verlos.

Alex era super cariñoso conmigo, yo estaba en una nube a su lado, me estaba dando tanto arropo, que no me lo podía creer. Colocamos mi ropa mientras Lola dormía, nos dio tiempo a dejarlo todo colocado en mi armario, aunque aún faltaban algunas cajas con complementos y más cosas.

—Verás cuando se entere Lola, que no vas a la guardería por una buena temporada —se puso las manos en la cara.

—Bueno, si tú me dejas, la recogeré muchos días y me la traeré a casa o la llevaré al parque.

—Pues claro que te dejo, pero guarda un poco de tiempo para ocuparte de mí, también —me pegó a él y me besó.

—Beso —escuchamos una risa en la puerta y nos miramos, sabía que nos había pillado in fraganti.

—Claro, igual que tú, que me das muchos besos —dijo Alex, intentando aparentar normalidad.

—Bibi —exigió de inmediato con esa sonrisa pícara.

—Ahora mismo —dije cogiéndola en brazos y preparándole su tan codiciado “bibi”.

En el super había comprado uno, precisamente para ella, sabía que le gustaba y quería tener uno allí para cuando viniera. Cuando lo vio le encantó, era de un personaje de dibujos animados que ella adoraba, así que se puso muy contenta.

—Yo, mimí —señaló a la que ya consideraba su habitación, Alex y yo nos reímos, la habíamos entendido.

—¿Quieres dormir ahí esta noche? —pregunté emocionada.

—Chi —dijo riendo

—Pues si tu papá quiere, que vaya a recogerte ropa y duermes, además, mañana no hay guardería, es fiesta hay un puente largo —dije emocionada mirando a la pequeña y esperando que su padre se pronunciara.

—¿Esto qué es? ¿Planeando cosas sin mí? ¿Y yo, qué? —puso cara de tristeza.

—Tú también te puedes apuntar —dije riendo y esperando, sobre todo, deseando que dijera que sí.

—Otra vez me toca ir a la calle —se cruzó de brazos—. Iré por ropa, ¿no? —preguntó mirando a Lola, que reía emocionada.

—Chi, papi —soltó con descaro.

Dicho y hecho, fue por ropa, decidimos que haríamos para cenar unas pizzas artesanas, me salían riquísimas, había comprado la base, solo tuve que prepararla con Lola, que intentaba ayudarme, pero estaba liando la de Dios, me reí mucho con ella.

Alex volvió con una pequeña maleta, cuando comenzó a sacar ropa, no me lo creía.

—Voy a dejar aquí cosas de la niña para cuando le haga falta, ya que te la quieres traer algunos días de la guardería, que tengas para cambiarla por si se ensucia o cualquier cosa —aguantaba la risa.

—Al final me veo el piso compartido —reí.

—Oye, si quieres...

—Calla y dame. Ya están las pizzas en el horno —cogí la maleta y fui a colocarlo a un lado del armario de la que Lola, ya consideraba su habitación— ¡Alex!

—Dime —apareció por la puerta sonriendo.

—Aquí hay ropa tuya —lo miré riendo.

—Si quieres me la llevo —puso los ojos en blanco—, pero para un imprevisto como hoy pensé...

—Tira anda...—Le puse su ropa en la mano —En la habitación —dije refiriéndome a la mía—, la parte de la derecha está vacía, cógela para ti —le hice un guiño.

Hizo el saludo militar y se fue sonriendo a colocarla, eso me llenaba de vida, me sentía más arropada, menos sola, sin quererlo se estaban convirtiendo en mi familia.

Esa noche la niña cayó mientras comía el segundo trozo de pizza en el sofá, se quedó dormida y la llevamos a la habitación, nosotros nos quedamos en el salón.

—No te vamos a dejar sola —dijo acercándose hacia él.

—Tampoco quiero ser una carga para ustedes, no tenéis por qué estar a mi lado constantemente, entiendo que tenéis vuestra vida y también os estáis habituando a la nueva situación en esta isla.

—No, si lo peor de todo es que a lo que más nos hemos acostumbrado es a ti —acariciaba mi pelo.

—No me digas eso que estoy sensible y me da por llorar...

—Mañana pasaremos un día divertido con Lola, iremos a la playa, ¿qué te parece?

—Sí, están los días que invitan a ello —dije con tristeza, me había venido de nuevo la imagen de mi madre, como a cada momento, era muy reciente y aunque había pasado una semana, el dolor seguía siendo insoportable.

Nos acostamos abrazados, sin ganas de nada, como toda la semana, solo de sentir que estábamos el uno para el otro, ahí, para lo bueno y lo malo.

Capítulo 8



Esa mañana me desperté y estaban en la cocina, los podía oír y al llegar...

—¡¡¡Felicidades!!! —gritaron Lola, Alex y sorprendentemente, ahí estaba Alba.

—Joder, es verdad, hoy es mi cumpleaños, ni me había acordado de ello —me puse las manos en la cara y vinieron a abrazarme.

—Pa ti —dijo Lola, dándome un regalo.

—Ay, ¡qué te como! —lo abrí emocionada —¿Y tú, cuando has llegado? —pregunté mirando a Alba, que aún me hacía cariños en la espalda.

—Hace nada, le puse un mensaje a “mi jefe” —dijo mirando a Alex, sonriendo— para que me abriera —nos echamos a reír.

—Esto es precioso...—rompí a llorar y Lola me abrazó sin entender nada. Era un pergamino pequeño de oro, con el nombre de mi madre. Me quité la cadena que llevaba de ella con el velador y le añadí eso —Gracias —abracé a Alex sin soltar a Lola, que la tenía enganchada a mi cuello.

—Me toca —dijo emocionada Alba, dándome su regalo.

Abrí el regalo sentándome en la mesa, ya tenían el desayuno preparado y sobre las tostadas, unas velas para que la soplara.

—No me lo puedo creer...—Abracé emocionada a Alba.

Era una pulsera de plata llena de colgantes y en cada colgante una inicial, la de mi madre, la mía, la de Alba, la de Lola y la de Alex. Cuando me lo explicó, morí de risa, era precioso, cada uno llevaba un tono de color dentro de la figura, quedaba muy bonita y divertida, me encantó, me la puse al igual que el colgante.

—Tengo que decirte algo —dijo Alba, en tono mimosa.

—Suelta por esa boca —le di un sorbo al café mientras Alex, encendía la vela.

—Quiero ir a la playa con ustedes...

—¿Y?

—Me gustaría que viniera Paco...—Puso ojitos.

—Lo tengo atragantado, pero sí es tu elección, te voy a apoyar en todo, espero que no vuelva a hacer el gilipollas como lo hizo en su día.

—Lo veo cambiado...

—Si te caes, estaré para ayudarte a levantarte, no será un inconveniente para tu relación.

—Pues cuando desayunemos voy por él, tengo el coche abajo, nos veremos en la playa.

—Claro.

Lola comenzó a cantarme el cumpleaños feliz, hasta que se le cayó el batido de cacao encima y nos miró esperando a ver como reaccionábamos.

Solté una risa y la limpié con un paño, total, era el pijama, cuando desayunara se lavaría y listo. Alex, en broma le puso ojos de enfadado y yo le di un cate para causar una risa en Lola.

Desayunamos y Alba fue por Paco, quedamos de verla en el chiringuito de la cala donde siempre solíamos ir. Cómo estábamos en mayo, no había llegado todo el exceso de turismo, aún se podía disfrutar del relax y más en aquel lugar.

Me cambié, lo hice con Lola que era mi peculiar mono, todo el día encima de mí, me miraba siempre sonriendo, me tocaba el pelo, me besaba, tenía pasión conmigo.

Nos fuimos a la playa y nos cogimos unas hamacas del restaurante que tenía en la arena, frente al mar y ahí te servían de todo, bebida, comida, estaba precioso, con mesas entre hamacas y hamacas. Lola se tiró al suelo a jugar con la arena.

—Ven que te pongo crema —dije con el bote en la mano.

—No —dijo bajito y moviendo su dedo.

—¿Cómo qué no? —Me puse a su lado y la senté en mi falda.

—Jugá.

—Claro, pero con crema. Quitamos este traje —se lo subí para arriba —y ponemos la crema —comencé a juntarla haciéndole cosquillas —¡Ala, ya puedes jugar!

Alex apareció, se había quedado atrás para comprarme un paquete de tabaco, fumaba poquísimo pero ese día me apetecía.

Me senté y me encendí uno, el camarero nos trajo unas cervezas.

—Qué ganas tenías de fumar un cigarro —dije cuando di la primera calada.

—Me voy a fumar uno también —sonrió mientras se lo encendía.

—Dime que lo que estoy viendo no es verdad —dije mirando a Lola.

—La de Dios ¡Lola! —Corrió hacia su hija que se estaba cagando viva entre las piernas. Solté un ataque de risa, pero olía a metros.

Se la llevó en volandas a una ducha que había allí, yo no sabía si era peor ponerla ahí o meterla en el bar, pero yo me estaba partiendo de risa y el padre, haciéndome caras desde la ducha.

—Tú tienes la culpa —dijo volviendo con ella, que me miraba riendo.

—¿Yo? ¿Pero qué dices?

—Le estás dando muchas porquerías.

—Sí hombre... Si te parece, la tengo a lechuga y tomate —negué con la cabeza.

—Pero está comiendo muchos helados, gusanitos, batidos, demasiadas cosas —dijo en tono de broma, pero diciendo la verdad.

—Para criarla bien tiene al padre, para malcriarla a la, Tela —dije provocando una risa en Lola —¿Verdad?

—Chi —dijo emocionada.

—¿Chi, ni chi? Lola, no puedes comer lo que ella te dé —dijo Alex, levantando la ceja buscándonos la lengua.

—¡Chi! —volvió a decir Lola y esta vez, tirándonos una pala de arena a las hamacas.

—¡No! —dijo el padre en tono enfadado, mientras yo me moría de la risa quitándome la arena.

—¡Hola! —Me giré ante esa voz conocida y ahí estaba Alba con Paco, que me miraba cortado.

—Anda, dame dos besos y como te vuelva a pillar con otra, te reviento la cabeza —dije en tono amenazante.

—No, ya he madurado —dijo arqueando la ceja y dándome dos besos.

Se lo presentamos oficialmente a Alex, la otra vez lo conoció mientras Alba, lo ponía verde, así que borrón y cuenta nueva.

Le trajeron otras dos cervezas y nos sentamos las dos en la tierra con Lola, que estaba haciendo un castillo, aunque aquello parecía un muro en ruinas, ella lo veía como la casa de las princesas y nosotras se lo hacíamos ver.

—Había pensado que esta noche podríamos salir para celebrar el cumple de Estela —dijo Alex, a todos.

—¡Chi! —chilló la niña emocionada.

—No, amor, tú te quedas con María, es cosa de mayores y tú, aun eres una princesita.

—Yo lo veo genial —dijo Paco.

—Yo mejor aún —respondió Alba.

—Pues iros de cumple sin la cumpleañera, como que no tiene gracia, así que me apunto —reí, aunque algo me decía que no lo hiciera, por lo que le había pasado a mi madre hacia solo una semana, aunque, por otro lado, no hacía nada malo. Era mi cumple y tenía que quitarme esas cosas de mi cabeza.

—¡Y yooo! —volvió a gritar Lola, provocando una risa en todos.

—A tí te llevaremos a la vuelta churros y chocolate, ¿vale? —le dijo el padre.

—Y melo.

—No, los caramelos lo dejamos para otro día, que ya te empacharon mucho —dijo mirándome a mí, en tono culpable.

—Tranquila, que tu padre te trae los churros y yo los caramelos —le hice un guiño.

—¡Pero bueno, es mi hija! —dijo haciéndose el indignado en plan de broma, mientras Lola reía.

—Y es mi mejor amiga —dije guiándole un ojo a la niña, que se puso a aplaudir emocionada.

—Pero bueno, ¿no era yo, tu mejor amiga? —soltó Alba.

—Eso era antes, lo siento, ahora es Lola —hice un gesto chulo.

—¡Pues ya no juego con ustedes! —Alba tiró la pala bromeando y fue a dar directamente a la nariz de Paco, produciéndole un golpe fuertísimo.

—Lo siento...—dijo ella, poniéndose las manos en la cara, yo estaba alucinando se notaba que le dolía, fue en broma, pero vaya puntería la de mi amiga.

—¡Joder! —dijo Paco, sin poderse quitar las manos de la nariz —Tranquila, se me pasará.

—Eso espero...—dijo preocupada.

—Me la tenías bien guardada, ¿no? —dijo en un intento de hacernos reír, pero lo consiguió.

—A ver...—dijo Alex, haciendo un gesto de dolor al ver como aquello se hinchaba —Ahora vengo, en el coche tengo una pomada para los golpes de Lola y te puede venir bien.

Alba no se quitaba las manos de la boca y yo tenía un dolor solo de ver esa nariz, pero también quería aguantar la risa por las cosas que hacía mi amiga, era puro nervio y a veces se le iba la pinza de aquella manera.

—¿Lola? Pregunté alucinando al comprobar que ya no estaba.

—¡¡¡Lola!!! —gritó mi amiga y nos pusimos corriendo de pie, asustadas, mirando hacia el agua y a todos lados.

Sentí que me desmayaba al no verla, que se me subía la sangre a la cabeza y comenzó a darme

un dolor en el pecho que no era normal.

—Ahí en la barra —dijo Paco, yendo a por ella.

Salí también hacia allí, estaba justo al lado de nosotros, pero algo la taparía antes.

—¿Qué haces aquí?

—Helalo, pa no ta —traduciéndola por mi experiencia con ella y con decenas de niños en la guardería era que quería un helado ya que su padre no estaba.

—Ven —la cogí en brazos.

—Yo te compro el helado, pero primero se lo decimos a papá.

—No lele —que no quiere, se refería a su padre.

—Yo lo voy a convencer —le guiñé y la llevé a la hamaca—. No te muevas de aquí hasta que venga papá, que me da un infarto —dije poniéndome la mano en el corazón y ella muerta de risa.

—Alex, tu hija quiere un helado y se lo voy a comprar —dijo Alba con descaro, cuando llegó su padre con la pomada.

—Tiene la barriga suelta —arqueó la ceja.

—Y yo el alma en mil pedazos y no por eso dejo de beber cerveza. Vamos Lola —dijo con toda la cara dura, llevando a la niña a la barra y haciéndonos un guiño.

Paco se notaba diferente, se sentó un momento conmigo mientras Alba jugaba con la niña y Alex fue a darse un baño.

—Siento lo que le hice esa noche a Alba —dijo recordando el pasado—. No me porté bien, esos días estuve tonteando con la chica que me visteis, al final el gusanillo me llevó a quedar con ella. Cuando me pillasteis, actué así al sentirme acorralado, luego bloqueé a Alba de todos lados, pero fue por lo mal que me sentí, sentí asco de mí mismo. Te juro que no soy así.

—Eso no me lo debes de jurar a mí, sino a Alba y si ella te cree y te dio la oportunidad, no soy nadie para hacer lo contrario, es más, ni me meto. Os apoyaré, pero te juro que como se la vuelvas a jugar, seré yo, quien me encargue de ti —dije señalándole con el dedo.

—Tranquila, que no le fallaré.

—Eso espero...—Le di un toque en la espalda con cariño.

Pasamos un día tranquilos, tomando cervezas y comiendo en la playa, más tarde fuimos a dejar a la niña con María y luego a mi casa a ducharnos, esa noche sería nuestra.

Llegamos a mi casa y me cogió en brazos nada más entrar, me sentó en la barra de la cocina y metió sus manos por debajo de la camiseta larga que llevaba, tiró de mis bragas y luego me quitó la camiseta y la parte de arriba del bikini, hasta quedar desnuda ante él.

Sus ojos irradiaban deseos, sensualidad, ganas de devorarme.

Sus dedos entraron en mi interior mientras me miraba a los ojos y yo jadeaba.

—Auch —dije al notar sus dedos moviéndose en mi interior.

—Eres muy quejica —sonrió con ese brillo en la mirada.

Resoplé, aquellos dedos me estaban volviendo loca, luego agachó su cabeza, me abrió las piernas y comenzó a lamerme, a jugar con mi zona íntima, a tocar mi clítoris a hacerme gemir de placer, hasta llegar al orgasmo.

Me tomó en brazos, me llevó al dormitorio y me puso al borde de la cama donde se sentó y me colocó encima de él de cuclillas, me penetró de golpe y empezamos a hacerlo con ganas, pues hacía días que no lo hacíamos, me apretaba las caderas con fuerza, soltaba un carraspeo que me hacía poner más a mil y ahí llegamos al orgasmo.

Nos metimos en la ducha y comenzó a acariciarme, pensé que ya habíamos acabado, cuando me puso de espalda y volvió a darme la estocada.

—Me pones a mil, no imaginas cuanto —dijo en mi oído.

Y él a mí también me ponía, la verdad que demasiado, yo estaba viviendo un sueño con Alex, todo muy deprisa, sin medir los tiempos, además, las circunstancias de lo de mi madre nos había unido mucho más y él, había sido un punto fuerte de apoyo.

Nos duchamos, vestimos y fuimos en taxi a Kenaira, el bar de Toni, el primo de Alba, donde ya estaba mi amiga impaciente esperándonos, ella y su poca paciencia y eso que llegamos diez minutos antes.

Toni estaba muy gracioso, de espaldas a Paco, hacia gestos de no caerle bien este, yo me aguantaba la risa, Alba se le llevaba los demonios, pero no podía decir nada.

—Mi primo es gilipollas —dijo cuando entramos al baño.

—Debes de entender que se preocupe por ti —puse los ojos en blanco.

—Lo único que entiendo es que es mi vida y si me caigo...

—Nos caemos todos y nos levantamos —dije abrazándola para que no se preocupara.

Alex estaba guapísimos con un pantalón corto de vestir y unos zapatos de piel blanda en color beige, muy veraniegos, con esa camisa del mismo color que dejaba ver un poco de su pecho, ese que era para quedarse apoyada en el de por vida.

A Alba se le veía muy feliz con Paco, además, debo reconocer que Paco la miraba con ojos de estar colado por ella, eso no se podía fingir.

Bebimos y bebimos, charlamos, bailamos, por la mañana estábamos todos con una borrachera increíble comiendo churros, menos Alex, se mantenía bien, es más nos aguantaba a todos.

—Quiero hacer una locura —dijo Alba.

—A ver escupe, que miedo me das —dijo Paco, poniendo los ojos en blanco.

—Quiero conocer Paris...

—Y yo —dije con un ataque de risa.

—En serio, ¿eso es lo que quieres? —preguntó Paco.

—Pues sí, eso es lo que quiero, deseo y voy a conseguir.

—Pues eso es fácil, unos billetes de avión, una reserva de hotel y nos vamos todos —dijo Alex, ante mi asombro—. Además, os puedo hacer de guía, conozco mucho la ciudad.

—¿Y tú qué no conoces? —pregunté poniendo cara de incredulidad.

—He viajado mucho...

—Qué morro tienen algunos...—dijo Alba, con descaro, provocando una risa.

—Y nosotras no hemos salido de la isla —reí negando con la cabeza.

—Iremos, ya buscaremos unos días que nos cuadre a todos y lo planteamos —dijo Alex—, menos tú, que hasta septiembre vas a vivir la buena vida.

—Qué suerte tienes —dijo Alba—. Por cierto, ¿Cuándo vas a ir, por fin a comprar el coche?

—No sé, tengo la firma de las dos casas el martes, lo mismo voy el lunes, pues imagino que tardaran varios días en entregármelo.

Cogimos un taxi, llevábamos churros con chocolate para Lola y María, subimos a dárselo, yo iba con una cara que daba miedo, había bebido demasiado, así que me di una ducha en casa de Alex y me acosté un rato con él.

Nos levantamos a la hora de la comida, ya parecíamos más personas, nos tomamos una pastilla para la resaca, cogimos a Lola y nos fuimos para mi apartamento después de comer.

Pasamos la tarde en el sofá y le prometimos a Lola que la llevaríamos al día siguiente, a jugar a un parque acuático todo el día.

Por la noche Lola quería dormir con nosotros, así que la pusimos en medio y le dimos esa

noche ese capricho. Era buenísima, conformista, risueña, adorable y a mí se me caía la baba con esos abrazos.

Capítulo 9



—Nos día —dijo la pequeña al vernos abrir los ojos.

—Buenos días, princesa —su padre le dio un beso.

—Buenos días, mi mejor amiga —la abracé fuerte mientras sonreía.

—¿Dormiste bien?

—Chi. Lelo bibi.

—¡Marchando un “bibi” para mi niña! —Me levanté y fui a la cocina a prepararlo.

Unos minutos después llegaron los dos del baño, Lola venía deseosa de coger su “bibi” y beberlo, yo tenía preparado el café y las tostadas.

Después del desayuno nos fuimos al parque acuático, alquilamos dos hamacas al lado de un chiringuito de comidas y nos dispusimos a pasar el día, ante nosotros había una piscina que, para llegar a lo hondo, había que andar mucho, así que la pequeña se pasó todo el tiempo jugando en la orilla de esta.

Me senté un rato con Lola cuando Alex fue por comida y bebida, había mucha gente haciendo cola y la peque había estado jugando con una niña que en esos momentos estaba comiendo, así que me puse con ella y luego la llevé a la hamaca cuando llegó su padre con una bandeja con hamburguesas y refrescos.

Pasamos un día de lo más divertido, por la noche nos fuimos a mi apartamento. Alex tenía guardia al día siguiente, así que dejamos a Alba con María, que le había prometido llevarla al cumple de una niña de la garde.

Esa noche también lo hicimos, era como tocar el cielo, Alex era una mezcla de pasión, sensualidad, erotismo, amor, lo tenía todo y eso me volvía loca.

Por la mañana me desperté y él ya no estaba, me pasé todo el domingo revoleada en el sofá, menos dos horas que me puse a vaciar dos cajas que aún quedaban, él se pasó todo el día enviándome mensajes. Al final me veía sumergida en una preciosa historia de amor, de esas que te arrancan el alma y te llegan al corazón, divididos entre dos casas y sujetos por una hermosa pequeña que nos tenía muertos de amor.

El lunes por la mañana Alex vino a mi casa, me preparó el desayuno, yo estaba feliz de tenerlo conmigo, antes había pasado a recoger a Lola, para llevarla a la guardería.

Fuimos a comprar el coche, como en el concesionario había uno en stock con las características que yo buscaba, me dijeron que me lo entregaban el miércoles.

Fuimos por la niña, ese día notaba algo raro a Alex, cariñoso estaba, simpático, pero sus ojos

y su tono no eran como los demás días. Después de comer me dejó en casa y se fue con la cría, Alex tenía unos compromisos laborales y quedamos que nos veríamos al día siguiente, él trabajaba por la mañana, pero a mediodía comeríamos los tres en mi casa.

Pasé una tarde tristonosa, no fue hasta por la noche que me puso un mensaje diciendo que descansara y poco más.

A la mañana siguiente fui a la venta de mi casa, el del banco iba conmigo, ya había hablado con él esos días y lo tenía todo preparado.

Se hizo la venta, la compra y por fin, el apartamento era legalmente mío.

Un mensaje de Alex diciendo que tenía un curso imprevisto, hizo saltar todas mis alarmas, yo me quería morir, no podía verlo hasta el día siguiente a mediodía y estaba de lo más triste, me causaba mucho dolor ese nuevo tono que estaba adquiriendo y ni siquiera ofrecerse a venirse a dormir conmigo.

El miércoles por la mañana me llamaron del concesionario, tomé un café y fui por el coche, estaba nerviosa, luego recogí a Alba que estaba saliente de guardia y quería tomar algo conmigo. Noté que su rostro era raro, estaba preocupada, cosa que entendí cuando me contó lo que estaba deseando decirme.

—Estela, lo que te voy a decir te va a partir en dos y ahora después de lo de tu madre creo que es el peor momento para contarte esto, pero no quiero engañarte.

—¿Le ha pasado algo a Alex?

—Bueno, es sobre él, pero el desgraciado está bien...—ese calificativo me puso en guardia.

—¿Qué pasa, Alba? —pregunté deseando saber lo que fuera.

—Apareció una nueva enfermera, él no se lo esperaba, sabía que venía una, pero no de quién se trataba. Hubo momentos de tensión entre ellos, a ella se la veía pícaro, desafiante, lo buscaba, él la esquivaba y hacía comentarios. Lisbeth, que así se llama como si fuera su exnovia pero que venía a recuperarlo. Y esta mañana cuando él entró y yo salía de guardia, los vi besándose en el despacho de Alex, se habían dejado un poco la puerta abierta.

En ese momento comencé a llorar de rabia, de dolor, de impotencia, de decepción, de todo...

—Demasiado bonito todo...—dije entre lágrimas y mi amiga me abrazaba sentada en la otra silla.

Quise ponerme bien, todo el mundo nos miraba en aquel bar y la verdad es que tenía ganas de romper todo lo que había a mi alrededor.

De allí nos fuimos a comer, Alex me puso un mensaje preguntando si pasaba por mi casa y comíamos, pero no le respondí, lo dejé en visto, no quería hablar con él, no quería escuchar ni una mentira más de su boca, u ocultamiento de la verdad, para mí era lo mismo.

Por la tarde me despedí de ella y me fui a mi apartamento, si algo tenía claro, es que no quería hablar con él.

Por la noche me llegó un mensaje.

Alex: No sé qué te pasa, pero veo que lees mis mensajes, me gustaría hablar contigo personalmente, debo contarte algo.

Qué se lo contara a otra, yo no estaba dispuesta a escuchar de su boca eso que ya sabía, lo que más me dolía era saber que iba a echar mucho de menos a Lola, así que pasaría a verla uno de esos días por la guardería, ella no tenía culpa de nada.

Esa noche lloré como nunca, la vida me había golpeado muy fuerte. Primero por llevarse a mi cascarrabias y ahora, romper algo tan bonito e inesperado que había surgido entre nosotros, era despiadada la vida, ahora me encontraba sola, en un nuevo hogar al que me iba adaptando. Era

como si empezara una vida, como si no tuviera pasado, como si estuviera sola a pesar de tener a mi amiga, no sé, era algo muy feo.

Los siguientes días los pasé paseando, ordenando la casa, comprando colchas, cortinas y demás. Me veía con mi amiga, que me tenía al tanto de todo, aunque doliera yo quería saber la verdad, quería provocarme más dolor para apartar ese amor tan grande que sentía por él. Alex seguía con ella y era la comidilla de todo el hospital, además, le había regalado un anillo y Lisbeth se había encargado de enseñarlo a toda la plantilla.

Lo que más rabia me dio es que a Alba no le dije nada, no fue capaz de decirle que lo sentía o darle una explicación, aunque si no me la dio a mí, menos a ella. Desde aquel mensaje que me decía que descansara, no había vuelto a saber nada de él.

Una mañana me levanté decidida a hacer una locura, me fui a una agencia de viajes y reservé un circuito por Italia. Quería viajar, estaba de excedencia, tenía dinero, todo pagado, el corazón roto y sentía que la isla me absorbía.

Capítulo 10



Ahí estaba, subida en el avión con destino a Italia, primera parada, Roma.

Al llegar al aeropuerto un cartel con varios nombres nos esperaba, entre ellos el mío, así que fui hacia allí y nos acompañaron a una furgoneta a mí y varias personas más y nos llevaron al mismo hotel, todos íbamos a hacer aquel circuito durante una semana, éramos nueve personas.

Había tres parejas de recién casados, se les notaba en las alianzas brillantes y la forma de mirarse, de expresarse, todos de lo más enamorados, también había una pareja de chicos, que se pusieron a hablar conmigo y con otro chico que iba solo.

Esta pareja de chicos se llamaban Damián y Carlos, eran para llorar de la risa, de camino al hotel iban hablando conmigo y con el otro chico que iba solo Martín. Pasamos el camino sonriendo gracias a ellos, así que quedamos en que como ese día era libre por la ciudad, dejaríamos las cosas en el hotel y nos iríamos los cuatro, me pareció una buena idea, así ya no me vería sola dando vueltas como una loca.

La gracia es que eran de mi isla, pues veníamos en el mismo vuelo y el mismo circuito hasta la vuelta, así que me sentí arropada por mis paisanos.

Damián y Carlos eran pareja desde hacía cinco años, tenían una clínica dental, se les veía muy compenetrados, eso sí, bromistas y graciosos a reventar, estábamos comiendo en una pizzería y no pude reírme más.

Martín comenzó a explicar, que lo había llevado a hacer ese viaje, nos quedamos alucinando. Se había divorciado hacía un mes, así que quería viajar solo, era abogado, tenía un despacho con varios compañeros y se había cogido esta semana de vacaciones.

Martín no aparentaba tener ese trabajo, vistiendo era muy surfero, llevaba los vaqueros caídos ligeramente sobre sus caderas, deportivas como los skater, una camiseta blanca ceñida a sus caderas y dejando ver un cuerpo definido, con ese pelo rubio echado hacia atrás con un corte desenfadado.

Era muy mono, simpático, muy educado y, sobre todo, muy correcto. La vida del grupo que habíamos formado, la llevaban Damián y Carlos.

Les hice un resumen de lo sucedido en mi último mes, todos fliparon, además de Damián, poner verde a Alex, yo me moría de la risa escuchándolo.

—Pues no sabe ese lo que se perdió, pues mi niña es una joya —dijo Damián, refiriéndose a mí.

—Bueno, ya está distraído con Lisbeth —dije riendo, aunque solo de pensarlo me daban ganas

de llorar y me producía una ansiedad bien grande.

—Y a este, lo deja la mujer...—se refirió a Martín —Hay que tenerlos muy bien puesto para dejar a un bombón así y encima letrado —dijo Carlos bromeando y produciéndonos una carcajada a todos.

De ahí nos fuimos a pasear, al rato nos topamos con el Vaticano.

—A mí que Dios me perdone —dijo Martín—, pero esto me parece imponente ante la necesidad humana, con todo lo que hay aquí podrían atajar el hambre del mundo.

—Ya, pero la iglesia está corrompida, si Dios levantara la cabeza, la volvía a meter bajo tierra —respondió Carlos.

—A mí no mirarme, tengo mi propia creencia —dijo Martín, arqueando la ceja.

—Yo me doy un punto en la boca, no comulgo como gestiona la iglesia, aunque soy creyente, pero con mis propias teorías —dije mientras tiraba un selfi para los cuatro.

La subí a Facebook y puse una frase “Vaticano y buena compañía”, seguramente Alex la vería, pero bueno, ese no me pondría ni un me gusta. No sabía por qué actuaba así, parecía que todo lo que subía a las redes era para él y no debería de ser así, no se merecía que le dedicara un minuto de mis pensamientos.

Pasamos toda la tarde viendo todo aquello del Vaticano, luego fuimos hasta el Coliseo y más tarde nos metimos en un restaurante italiano que tenía un precioso patio interior.

—Lambrusco, por Dios, que cosa más rica —dijo Carlos, mientras el camarero nos servía ese vino.

—Yo necesito beber —dije con tristeza y rompí a llorar como una niña, estaba aguantando demasiado y la imagen de Alex, no podía quitarse de mi cabeza.

—¡No! Aquí de llorar nada —dijo Damián, levantándose a darme un abrazo.

—Hija, de verdad, olvida a ese tío, no te merece y menos, tus lágrimas —Carlos me agarró la mano.

—Yo, la entiendo, la decepción causa mucho dolor —dijo Martín, mirándome—. No te preocupes, suéltalo todo, aquí estaremos para que te desahogues y, sobre todo, para que puedas sacar todo lo que llevas dentro.

—Es rabia, decepción, como dice, estaba viviendo un sueño a su lado...

—Un príncipe que era más rana, que príncipe —dijo Carlos, causándome una sonrisa.

—Todo pasa por algo en la vida —intervino Martín, cogiendo mi mano y haciéndome una muestra de cariño.

—Brindemos por nosotros, que nos lo vamos a pasar de lujo —Damián levantó la copa y todos lo seguimos —¡Por nosotros, por este viaje y esta amistad que durará para siempre, pues tenemos la suerte de vivir en la misma isla!

Nos pusimos las botas, bebimos a reventar y salimos de allí más achispados de lo que imaginábamos, nos despedimos al llegar a las puertas de nuestras habitaciones que estaban contiguas.

— Si necesitas compañía, puedes dormir con el chaval —dijo Carlos, medio en broma, refiriéndose a Martín.

—¡Anda, anda! Hasta mañana —dije entrando en mi habitación riendo y viendo como Martín sonreía.

La verdad es que, si no hubiese estado tan destrozada por Alex, no me lo hubiera pensado dos veces, aunque el chico no me lo había pedido, lo había dicho el descarado de Carlos. Reí de pensarlo, la verdad es que Martín era una belleza de hombre, con una educación y un saber estar

impresionante, pero vamos, así era Alex y me había salido “rana”, como bien dijo Carlos.

Capítulo 11



Nuevo día y ahí estaba yo, apareciendo por el bar de fuera del hotel, donde habíamos quedado para desayunar en la terraza.

Allí estaban los tres sonrientes dándome los buenos días.

—¿Os han echado de la cama? —pregunté viendo que habían llegado veinte minutos antes de lo acordado.

Ese día había tour a las diez con la operadora de viajes, estaba concertado, pero yo tenía pocas ganas.

—Yo tampoco tengo muchas ganas de meterme a escuchar explicaciones —dijo Martín, poniendo cara de resignación.

—Pues es lo que me pasa a mí —dije riendo.

—Pues iros por vuestra cuenta, esta noche quedamos para cenar, yo y Carlos nos vamos a la excursión que nos gusta ese cachondeo, ustedes iros a pasear.

—Por mí sería genial —dijo Martín.

—¡Pues hala!, nos vamos por nuestra cuenta.

Desayunamos, comunicamos que no iríamos y nos despedimos de los chicos. Martín y yo, fuimos a pasear y a conocer todos lugares que teníamos ganas de visitar por libre.

Martín tenía un sentido del humor muy irónico, pero ya lo iba pillando, me reí mucho con él. Íbamos hacia la Fontana di Trevi, cuando me contó que había que tirar la moneda hacia atrás y se te concedía el deseo de volver a Roma.

—Pues yo paso de tirar la moneda, si quiero volver lo haré y no pierdo dinero.

—Estela, también se dice que puedes tirarla y pedir otro deseo.

—Pues estoy yo para pedir ahora, que no, que no —dije riendo y buscándole la lengua, por supuesto tiraría una moneda, aunque fuera de dos euros, que era la más grande que había en el mercado.

—¿Y si pedimos un deseo a la vez? —Puso expresión de interesante.

—Claro, podemos pedir que la vida nos traiga una persona fiel, respetuosa, que no nos falle, que no nos lo clave por la espalda y que no nos joda. No sé, algo así —saqué la lengua en plan burlona.

—¿Y si pedimos que esto sea el comienzo de una bonita amistad?

—Joder con el abogado, anda que no tiene cabeza —reí.

—¿Me estás llamando cabezón?

—¿Yo? Anda ya, solo quiero decir que tienes cabeza pensante, a mí esas cosas, no se me ocurrirían.

—Pues es bonito cuando congenias con alguien y te la ponen en el camino, pensar que puede nacer una amistad duradera —arqueó la ceja, sabía que me estaba buscando la lengua.

—Ya, es precioso, se me ponen los bellos de punta —dije entrando por una estrecha calle donde se notaba un ir y venir de mucha gente, pronto tropezamos con la Fontana —¡Joder! Impone.

—Es preciosa...

—Venga saca dos monedas, por la amistad que comenzó ayer —reí con descaro.

—Eso se llama no dar ni un euro por la amistad, está bien, pagaré yo la broma —se sacó riendo dos monedas del bolsillo—. Para ti, la de euro y para mí, la de cincuenta céntimos.

—¿Y por qué para mí la de más?

—Yo que sé, anda, ponte de espaldas y cuando yo diga tres, la tiramos hacia atrás y pedimos por nosotros —dijo cogiéndome por los hombros y colocándose de espaldas—. A la de uno, a la de dos...—Y mi moneda salió hacia atrás —¡Eso no vale! —dijo lanzando después la suya.

—La mía es más cantidad, la cogen antes —dije riendo.

Nos tiramos un selfi con la Fontana detrás, la subí a Facebook, era perfecta para joder a Alex, aunque no pensaba que lo jodiera. Seguro hasta se sentía feliz de haberme quitado de encima, pero bueno, yo era así, quería sacarlo de mi cabeza y no podía, todo lo hacía por y para él.

Estuvimos paseando y viendo más de las atracciones turísticas de aquella impresionante ciudad, llena de lugares que te dejaban con la boca abierta de la belleza que tenía, demasiada historia y obras de arte mezcladas en un lugar con tanta personalidad.

Martín me iba sacando sonrisas por momentos, jugaba mucho con esa ironía y en más de una ocasión me pareció de lo más interesante y seductor, me sacaba algún que otro sonrojo, cosa que me sorprendía mucho, pero luego me venía Alex a la mente y se me quitaban esos pensamientos de golpe.

Después de comer mientras tomábamos un café entré a Facebook para ver las notificaciones y tenía en la foto de la Fontana un, me gusta de Alex.

—No entiendo a que está jugando —dijo Martín, cuando se lo enseñé.

—Ni yo, pero vamos, le pueden dar por saco.

—Lo amas mucho...

—Sí, para que te voy a mentir, pero me duele amarlo, no quiero hacerlo. Me encantaría sacarlo de mi vida, es como algo que va pegado a mí y no me deja respirar.

—Te entiendo, pasé por lo mismo cuando me dejó, pero hace un mes, cuando me llegó la sentencia de divorcio, el dolor se había convertido en indiferencia.

—Pues si eso te pasó a ti con la de años que llevabais, espero que a mí me llegue esa indiferencia mañana o pasado —dije poniendo cara de amargada.

—Seguro que sí, el tiempo todo lo cura.

— Imagino, es como lo de mi madre, me arrancó el alma, pero cada día es más llevadero. Cuando pienso en ella, me pongo triste y en otros momentos me sale una sonrisa recordando sus conversaciones tan agobiantes del pasado, en el que quedó anclada y como yo sabía, se llevaría a la tumba.

—Lo mismo te pasará con el doctor —arqueó la ceja.

—Con él, toca coños, encima tiene una profesión que le viene como anillo al dedo —dije muerta de risa.

—La eligió bien por lo que veo...

—Ya te digo...—solté una carcajada y provoqué otra en él.

—Pues hazme caso. Dentro de nada, será indiferencia —dijo acariciando mi mano.

—A mi Lola, es a la que echaré mucho de menos. Menos mal que en septiembre, la tendré todas las mañanas para mí en la guardería.

—Te entiendo...

—Y tú, ¿no tuviste hijos?

—No, ella no conseguía quedar embarazada, el médico nos miró a los dos y dijo que no había problema. De todas maneras, hoy en día, pienso en frío y creo que ella se cuidó de no quedarse, o se tomaba algo a mis espaldas. Gracias a Dios hoy en día, no nos ata nada.

—Entiendo...—sonreí con tristeza, me parecía tan buen hombre y entendía tan bien por lo que había pasado, que me hacía empatizar mucho con él, además, me caía genial. Era un chico con el que podría pasar días y días charlando, transmitía mucha paz, serenidad, calma... Todo aquello que yo necesitaba.

Echamos un día de lo más divertido, nos hicimos mil fotos, algunas la subí a la red y otras se quedarían para mi recuerdo.

Por la tarde fuimos a ducharnos habíamos quedado con Carlos y Damián, para pasear e ir a cenar, así que me fui a mi habitación y mientras me duchaba pensaba en Alex, en lo estúpido que había sido conmigo, en el cuento que me había metido con un final tan desconcertante. En fin, se había convertido en todo aquello que no me gustaba de una persona, que fuera oculta...

—Mi niña —dijo Damián. al verme.

—Hola, guapos —le di dos besos a cada uno.

—Mira quién viene por ahí —Carlos señaló al pasillo y vi a Martín.

—¡Joder!, que guapo viene el tío —me salió del alma y la pareja rio.

Estaba impresionante, unos jeans caído como a él le gustaba, una camisa a cuadros de manga corta, abierta y debajo una camiseta.

Nos fuimos a una terraza a beber cervezas, al día siguiente salíamos temprano para Florencia, nos dijeron que casi cuatro horas de camino con la parada que haríamos, así que nuestra última noche en la ciudad sería a cervezas y comer viendo el ir y venir de la gente.

—Roma es impresionante, pero en dos días no da tiempo a mucho. —dijo Carlos.

—Pues eso que a ustedes os hicieron un tour —reí—. Yo vi lo principal: Vaticano, Coliseo, Fontana di Trevi, Plaza España, Plaza Venecia y Plaza Navona qué la vimos hoy y flipé con ella. Con lo que vi, me doy por satisfecha, ya vendré más tranquila de luna de miel o algo, eso contando que me case y en caso de que así sea, que no me deje en el altar —solté una carcajada y provoqué una risa en ellos.

—Anda, anda, Estela —dijo Carlos, levantando la mano—. Eres muy catastrófica —Martín se reía y negaba con la cabeza, oyéndonos.

—Lo bueno es que, si me caso, en caso de divorcio, el pleito me lo llevaría él —señalé a Martín.

—Vaya, eso suena a que no seré el novio —sonrió con sarcasmo y nos echamos ya todos una risa mortal.

—Pobrecito hija —dijo Damián y preveía que iba a soltar una muy gorda—. El chiquillo que se había ilusionado con que podía haber una mínima posibilidad de volver a pasar por una boda, vas tú y lo jodes. Directamente lo llamas para que te resuelva tu mal matrimonio. Desde luego...

—A mi dejadme, que con una ya tuve bastante, una y no más —dijo haciendo el “no”, con un gesto bruto de la mano.

—Nos quedó claro —solté una carcajada.

—Siempre podéis ser “follamigos” —sonrió Damián, con ironía.

—¿Lo ves? Eso es algo más light que la brutalidad que habéis soltado —dijo Martín, tomando uno de los chupitos que yo había pedido para los cuatro.

—Para follar estoy yo...—Me lo bebí también de un trago —Tengo triste hasta mi vagina —negué con la cabeza, me estaba desatando con esos nuevos amigos.

—Esa lengua no te pega a ti —soltó Carlos, tirándome un hueso de las aceitunas que nos habían puesto de cortesía.

—Qué sabrás tú lo que me pega a mi —negué con la cabeza.

—Dicen que Florencia, pone muy romántica a las personas —soltó Martín y le pillé haciéndole un gesto con los ojos a los chicos para ver como yo reaccionaba con lo que me decía.

—Por eso no te preocupes, ahora mismo no me pongo romántica ni, aunque me pidan matrimonio en la Fontana de Trevi.

—Joder, no caí en eso esta mañana —dijo Martín, tocándose la barbilla.

—Mejor —resoplé—. Necesito otra ronda de chupitos —dije levantando la mano al camarero.

—La capulla esta —decía Carlos—, nos va a emborrachar, nos vemos a ti y a mi follando como locos y estos durmiendo tristemente la borrachera, como no espabilen.

—Triste dice, si me quiero animar puedo hacerlo solita —solté con chulería.

—Bueno, si necesitas ayuda...—dijo sonriendo Martín, provocando una sonrisa en todos.

—Quita, quita, que, si tu mujer te dejó, no quiero jugármela comprobando por qué —dije entonada por el alcohol y por lo graciosa que me había puesto en ese momento.

—Escucha, que a ti también te han dejado —dijo Martín, volviendo a hacerme reír y haciendo un gesto con la cara.

—También tienes razón, aunque espero que no sea por eso, yo me abría a todas las posibilidades —me encogí de hombros.

—Vaya, que suerte tenía ese tipo —arqueó la ceja.

—Pues mira, parece que la otra se lo hacía mejor —solté una carcajada.

—Entonces qué, ¿vas a dormir conmigo?

—¡Ole!, di que sí —gritaba Damián, descojonado.

—No, no voy a dormir contigo —negué con la cabeza poniendo los ojos en blanco y riendo.

—¿No te doy pena?

—Ni pena, ni pene, que no duermo contigo —reí.

—Pobre chaval, que mal lo tratas...—intervino Carlos.

—Pero bueno, ¿esto qué es? —pregunté incrédula.

—Queremos —señaló a Carlos, su pareja y a el mismo —que no durmáis solos esta noche, sois guapos, jóvenes, tenéis mucha vida ¡Aprovechadla! —gritó riendo.

—Sabéis que os estáis metiendo donde no os llaman, ¿verdad? —pregunté con cara de mala hostia, pero aguantando la risa.

—Yo, en defensa de ellos, quiero decir que lo hacen por nuestro bien, para que no durmamos solos.

—Otro, aquí el pescado se vende rápido...—resoplé.

—Qué no mujer, que lo hacen por nuestro bien.

—¡Martín! —reí impotente, no podía con ellos.

—Bueno y si soy yo el que me voy a tu habitación porque me da miedo dormir solo, ¿me

dejarías?

—Mira, si te diera miedo, no te pegas un viaje de estos para dormir solo, a mí no me vengas con cuentos, a los hombres se os huele a kilómetros.

—Pues al otro no lo oliste —dijo Damián, llorando de la risa.

—Eso es verdad...—me eché a reír.

Lo mejor de todo es que con ello recordaba a Alex y me reía, todo lo contrario, a cuando estaba sola, solo me daban ganas de llorar con sus recuerdos.

Volvimos al hotel a dormir y me acompañaron hasta mi habitación, en el momento que abrí la puerta, Martín se metió corriendo adentro, les dijo adiós a los chicos y cerró.

Me crucé de brazos, alucinando y muerta de risa.

—No sé, pero yo sola no te dejo dormir, además hay dos camas que, aunque estén pegadas, son dos camas —rio y me dio un abrazo, pero a modo de broma.

—Pero ¿me lo estás diciendo en serio? —dije atrapada entre sus brazos, ya que no me soltaba.

—Ponte el pijama, vente a la mía, es más amplia —dijo soltándose y cruzándose de brazos.

—Yo paso de irme allí.

—Yo no me juego el ir a mi dormitorio por la ropa de dormir, que eres capaz de no dejarme entrar —se apoyó con las piernas cruzadas en el escritorio.

—Pero ¿en serio quieres dormir conmigo? —reí.

—Ajá...

—¿Y si yo no quiero?

—Pues me quedo, huelga en tu habitación —se encogió de hombros.

—Tienes un morro que te lo pisas —cogí mi pijama corto de tirante de dos piezas y entre al baño.

Al salir seguía en el mismo sitio, sonriendo, mirándome de arriba abajo.

—Toma, las llaves de mi habitación, ve a cambiarte a la tuya, nos quedamos en esta, al menos me siento en mi territorio —reí echándolo.

Fue a cambiarse, yo pensaba en mi madre, si me estuviera viendo fliparía en colores, pero bueno, así era la vida. El hombre al que amaba estaba con otra y el que me gustaba, porque Martín me gustaba, quería dormir conmigo, así que lo dejaría, únicamente me repetía a mí misma que no hiciera nada, que me podía arrepentir.

Llamó a la puerta y le abrí, no quería entrar sin llamar, en el fondo era muy educado.

Vestía un pantalón corto gris deportivo, muy fino y una camiseta blanca que le quedaba espectacular.

—Ya estoy aquí —dijo riendo.

—De lujo, mi seguridad privada —me tumbé en una de las camas y él se puso en la otra que estaba pegada a la mía.

Nos pusimos con los móviles a hablar de Facebook, lo metí en mis contactos y nos tiramos un selfi en la cama, en plan gracioso, mirando hacia arriba.

Lo puse en Facebook y me dijo que lo etiquetara, añadí la frase “En Italia, la ciudad del amor, un país para no olvidar”

En ese momento llegó un mensaje de Alba.

Alba: ¿De dónde cojones sacas tú, esos bombones de tíos?

Reí mientras se lo enseñaba a Martín, ya les había hablado de ella a los tres chicos.

Yo: Una que los atrae como moscas, mañana te llamo, no empieces a interrogarme.

Alba: Disfruta, que le jodan a Alex y Lisbeth, son dos gilipollas de mucho cuidado, que venda

teníamos.

Eso me sonó a que Alex se lo estaba pasando pipa, a que estaba viendo una aventura, relación, o lo que quiera que fuera con esa tía del pasado, que no sé por qué razón había terminado en la isla como él y en el mismo hospital, increíble.

—No pienses más —dijo Martín, poniendo su móvil en la mesita y haciéndome una caricia en el brazo. Había leído ese último mensaje de Alba.

—No debería, no se lo merece —dejé mi móvil y me puse cómoda.

—Esta noche estabas muy simpática, graciosa y divertida, que no te empañen esos momentos.

—No debería, pero lo intentaré, te lo prometo.

—Ven —se pegó a mí—. Dame un abrazo.

—Gracias —dije mientras se lo daba, se veía que era una gran persona, al menos lo parecía, últimamente no ponía la mano en el fuego ni por mí.

Olía de vicio, ya lo había comprobado esos dos días, pero al tenerlo así, era impresionante, me echó sobre su pecho, dejándome apoyada en su hombro y acariciando mi pelo.

—Se por lo que estás pasando Estela, pero créeme que pasará.

—Eso espero, como ya te dije.

—No sabes lo que me duele ver cuando te dan estos bajones, me pone triste, sé el dolor que se siente, pero disfruta del viaje, descansa e intenta desconectar —me dio un beso en la frente.

Por poco me derrito, en ese momento apagó la luz y me quedé echada en él, lo peor de todo es que me encantaba el contacto con su piel, su olor, su forma de arroparme. En esos momentos pensaba que, si me ponía una mano encima, caía sin dudarlo, pero no, caí de sueño, él se portó como todo un caballero y no intentó aprovecharse del momento para ir a más.

Capítulo 12



Habíamos puesto el despertador, pero una hora antes ya estábamos abriendo los ojos.

—Buenos días, preciosa —dijo dándome un abrazo y besando mi frente.

—Buenos días, Martín —sonreí y lo abracé.

—¿Como te levantaste?

—Genial, he dormido bien —sonreí. La verdad es que estaba de lujo entre sus brazos, me estaba empezando a atraer demasiado, pero no conseguía quitar a Alex de mi cabeza.

—Me encanta verte con esa sonrisa —no dejaba de tocarme el pelo con cariño.

—Me parece increíble que haya amanecido aquí contigo —reí y le besé en la cara.

—¿Me has dado un beso? —preguntó arqueando la ceja, sin dejar de acariciarme la cara.

—Bueno, se me escapó —resoplé y en ese momento...

Me besó en los labios, con delicadeza, sin lengua, solo labios contra labios y se separó un poco para mirarme sonriendo.

—Se me escapó...

—Ya...—puse mi cara sobre su pecho, me había avergonzado, pero me gustó y mucho.

Levantó mi cara con sus manos, se echó un poco más para abajo y se puso a mi altura mirándome, me puso boca arriba y el de lado mirándome, con sus manos sobre mi cintura.

—Me gustas, quiero que sepas que me gustas mucho, desde el primer momento en que te vi. No te estoy pidiendo que seamos más que amigos, no te pido nada, sé que estás en un mal momento y eso me duele, no quiero verte sufrir, pero que sepas que estoy loco por besarte y tocarte, pero no haré nada de lo que...

Le planté un beso en los labios y lo acerqué a mí, no me lo pensé, yo no quería tampoco nada serio, pero sí deseaba besarlo y que me tocara.

¿Qué paso? Pues que la vida te pone en muchas situaciones que te pueden hacer ver las cosas de otro color y eso me ocurrió en ese momento.

Me devoró a besos con mucha pasión, me mordía el labio, tenía una mirada de estar disfrutando de ese momento, como yo, y dejé que esas manos comenzaran a recorrer mi cuerpo y a desnudarme, lo mismo que hice yo con él, despojarlo de su ropa.

—Quédate quieta —dijo cuando yo estaba boca arriba, desnuda ante él, que me miraba resoplando de placer, soltando unos ruidos por su boca que me hacían ver que estaba disfrutando de lo que veía.

Comenzó a besar mi cuello, mis pechos, absorbiendo mis pezones y provocándome tal

excitación, que tenía hasta la sensación de que iba a explotar. Cuando llegó a mi parte íntima se sentó en medio de mis piernas, con las suyas cruzadas y poniendo las mías abiertas sobre él, y levantó mis caderas para quedar bien cerca.

—Cierra los ojos —dijo con voz agitada, mientras yo soltaba el aire de la excitación que llevaba.

Abrió mis partes con sus dedos y con la otra mano me introdujo dos, resoplé de placer, ¡vaya manos tenía! Aquello me estaba volviendo loca, expuesta ante él, de la manera que lo hacía, mientras seguía metiendo y sacando sus dedos.

Una de sus manos se fue a mis pechos y comenzó a apretarlos mientras con la otra mano, me introducía los dedos a su antojo, hasta tres pude notar, luego fue de mi pecho a mi clítoris y comenzó a acariciarlo, comencé a levantar el culo de los nervios, por llegar al orgasmo.

—Para, no te muevas —su tono era de lo más seductor y tranquilo.

—No puedo —dije casi sin respiración.

—Ya casi estás —sus manos se volvían locas por mis partes íntimas y llegué al orgasmo gritando y quedando sin fuerzas ante aquel hombre.

Dejó que me repusiera un poco mientras acariciaba mis piernas y luego me ayudó a levantarme, me puso encima de él, frente a frente y me ayudó a moverme, a galopar mientras mordisqueaba mis pezones y me hacía volverme loca de nuevo. Su cuerpo, su cara, todo, aquello era una explosión de sensualidad, nos corrimos los dos a la vez, me abrazó un buen rato mientras besaba mi hombro.

—Gracias —dijo besando mis labios.

—¿Cómo que, gracias? —pregunté riendo.

—Nada —me abrazó fuerte.

—Vete a la ducha anda, ahora nos vemos, yo iré a ducharme a mi habitación y ahora vengo por ti —me abrazó mientras nos levantábamos.

Me metí en la ducha, sí, alucinando por ese momento vivido con él. No me lo esperaba así, algo me había impresionado y mucho en aquel acto, lo malo es que lo veía muy relajado, con el control en sus manos y eso me gustaba, demasiado.

Me puse un vestido corto, blanco, de tirantes, suelto, con unas sandalias en tonos cuero, como el bolso, preparé la maleta que estaba casi lista, pues no saqué todo, y allí estaba llamándome.

Bajamos y estaba Carlos y Damián esperándonos, aún quedaba media hora para que saliera el autobús, metimos las maletas en él y nos fuimos a desayunar.

—Bueno contad —dijo Carlos —¿Al final dormisteis juntos?

—Qué curioso eres, amor —dijo Damián, poniendo los ojos en blanco, pero con ironía. Él, también estaba deseando saber.

—Sí, dormimos, nos hemos despertado y aquí estamos.

—Empezamos bien...—dijo Martín bromeando— Poco a poco, lo mismo de aquí a que nos vayamos, le robo un beso —arqueó la ceja.

Me moví hacia él y le pegué uno en los labios.

—¡Vida! —exclamó Damián—. Me quedo muerto —se puso la mano en la frente ante la risa de todos.

—A ver, a mi contadme —dijo Carlos, untando la tostada.

—No hay nada que contar —reí haciéndome la loca, mientras miraba la gente que pasaba.

—Aquí hay tomate, ¿o no lo ves? —dijo Damián ante la risa de Martín, que me miraba de manera sugerente.

Era obvio que ya sabían que había pasado algo entre nosotros. Cambiamos de tema y le dieron la naturalidad al asunto, que tanto Martín como yo queríamos darle, pero le di ese beso para que durante el viaje no tuviéramos que estar escondiéndonos de hacer lo que nos apeteciera en cada momento.

Nos montamos en el bus, los chicos iban delante y nosotros detrás, bueno no era un bus, era un furgón para unas doce personas, pero íbamos los nueve que habíamos llegado a Roma para el circuito.

Martín se pasó el trayecto contándome un poco de su vida, jugando con mi mano, dándome algún que otro beso que me encantaba cuando los veía venir y cuando no también. Aunque no me quitaba de la cabeza a Alex, intentaba disfrutar de aquel momento y de ese viaje, pues no sería más que eso, disfrutar juntos el tiempo que íbamos a pasar en Italia. Aunque Martín me gustaba, me atraía, estaba sintiéndome bien.

Era toda una montaña rusa mi vida, lo que no había pasado en mis veintiocho años, me estaba pasando en un solo mes, yo ya no sabía con que más me podía sorprender la vida, pero aquello era demasiado.

Llegamos a Florencia a las dos de la tarde, después de una parada en un precioso lugar con un paisaje indescriptible, donde nos tiramos muchas fotos y bebimos un buen vino.

Esa tarde había excursión así que los chicos iban a ir, nosotros avisamos de que no iríamos, así que dejamos las cosas en la habitación. Dijimos que solo necesitábamos una, y nos la ofrecieron de las mejores.

Bajamos a pasear y a comer, estábamos hambrientos, fuimos a la Plaza de la Señoría, la más famosa de la ciudad, visita principal y obligada, un museo al aire libre, nos pedimos una pizza y unas cervezas.

—Me parece una preciosidad, este lugar —dije contemplando aquellas famosas esculturas.

—Es un sitio, sensual y bonito.

—¿Sensual? —solté una carcajada.

—A mi este lugar me produce sensualidad —arqueó la ceja.

—Serán por esas esculturas desnudas.

—La desnudez es belleza —se encogió de hombros, mientras mordisqueaba la pizza.

—Ya veo que eres tú, muy naturista —reí.

—Me gusta disfrutar del cuerpo...

—Ya disfrutaste está mañana un poquito del mío —dije con descaro.

—Solo un poquito, podría estar disfrutando mucho más, jugando con él, muchas horas...

—¿Jugando?

—En el sexo también se puede jugar.

—Si a la oca y tiro porque me toca, o al parchís para comértelo y contar veinte —resoplé riendo.

—Que bruta eres ¿Nunca hiciste juegos sexuales?

—No —reí poniéndome ruborizada.

—¿Tú nunca has utilizado algún objeto?

—Una vez estuve a punto de jugar con un pepino —puse los ojos en blanco mientras bromeaba, en mi vida había hecho nada de eso.

—Pues no sabes lo que te pierdes, a mí particularmente, me encanta jugar, intento hacerlo cuando estoy cómodo en una relación, más o menos en la que haya buena química, no siempre, tampoco me refiero a relación formal, con mi exmujer no pude hacerlo, pero anteriormente me lo

había pasado muy bien con esos juegos —aguantaba la risa al ver mi cara.

—Pero ¿a qué juegas?

—A llevar el cuerpo un poco más al límite, a utilizar juguetes para ocasionar más placer y estimulación, hay muchas maneras de hacerlo, pero claro, hay que tener los medios necesarios.

—Yo alucino, no te imagino a ti pegado y esas cosas —reí.

—No suelo pegar, a no ser que le excite recibir algún azote, o algo más...

—Me estás cagando Martín...—soltamos una carcajada.

—¿Quieres que luego te enseñe algo?

—De qué, espera que me acojonas —reí.

—Luego te explico —volvió a morder la pizza mirándome con aquel brillo y felicidad que me ponía muy nerviosa.

—No, a mi explícame ya —resoplé cruzándome de brazos y provocándole una preciosa sonrisa.

—Esta noche vamos a jugar un poco con tu cuerpo —me guiñó.

—¿Cómo qué vamos a jugar un poco con mi cuerpo? A mí aclárame eso.

—¿Confías en mí?

—Hombre te conozco de hace setenta y dos horas, más o menos y mira lo que me hizo el otro, en algunas semanas más —solté una carcajada.

—Las comparaciones son odiosas —rio negando.

—Es verdad, perdón, sí quieres jugar con mi cuerpo hoy, hazlo, yo que te dejo —le saqué la lengua.

—¿Segura?

—Segurísima, el viaje está pagado, así que lo aprovecharé todo lo que pueda —le hice una mueca.

—Me encantará verte expuesta...

—Veremos con qué me sorprendes —reí.

—Ahora vamos a ocuparnos de ello, cuando terminemos de comer.

—¿Cómo que ahora?

Sacó su móvil y se puso a buscar algo, algo que encontró.

—Ya tengo localizada la tienda que quiero —terminó de comerse la pizza.

—Yo no entro a una tienda de esas, te lo digo desde ya...

—Pues me esperas en la puerta, ya entro yo.

—Eso está mejor —me encendí un cigarrillo.

Me puse nerviosa con esa mirada que lo decía todo ¿En serio iba a tener esa noche un juego sexual en Florencia? Se me estaba yendo la pinza, pero Martín me encantaba, e iba disfrutar de todo lo que me quisiera aportar en este viaje, demasiado tiempo había perdido en mi vida, así que era hora de salir mi alma más oculta, esa que estaba muerta en mi interior.

Nos fuimos paseando por donde nos indicaba el móvil, por ese camino cruzamos por el famoso Ponte Vecchio, era precioso, aquello tenía un encanto especial, nos tiramos unos selfis mirando hacia el canal, me encantaba esas fotos que estaba guardando como recuerdo de este gran viaje.

Subí una del Ponte Vecchio a Facebook, salíamos besándonos, me pidió que lo etiquetara. Hice un gesto de rezo y lo etiqueté, su ex debía también de estar flipando...

Llegamos ante la tienda de juguetes sexuales, yo me metí en la puerta de al lado corriendo, un pub, así que me pedí un vino y lo esperé, aproveché para llamar a mi amiga Alba.

—Cuéntame, so bestia, ya vi la foto de Facebook comiéndooos los morros.

—Es para comerlo entero —dije suspirando.

—Cuánto me alegro, aquí están celebrando el próximo enlace.

—No te entiendo...

—Sí hija, el, toca coños y su ex, anunciaron que se casan —resopló.

—Es un cerdo, te juro que no lo odio, pues no está en mí ese sentimiento, ni lo quiero conocer, pero que ha sido mi mayor decepción, eso que no le quepa duda. Espero que quiera mucho a Lola, es la única que me importa que esté bien.

—Pues disfruta con Martín, ya sé que se llama así, el Facebook es muy chivato.

—No tengo nada serio con él, lo acabo de conocer, pero me está aportando mucho y ayudando a salir de esta mierda que me metió Alex.

—Me alegro mucho por ti. Sigue jodiendo con fotos, que los otros días la que pusiste, a los cinco minutos me lo crucé y llevaba una cara que era para darle dos hostias y reírse, se lo tenía merecido.

—¿Y tú, con Paco?

—Es más bueno, te lo juro, lo mismo me la vuelve a meter doblada, pero se está portando muy bien, estoy loca de contenta con él.

—Me alegro mucho.

—Por cierto, disfruta, disfruta de todo lo que puedas y vuelve nueva, hazlo por ti y por mí. Llama a Emilia, acuérdate de ella, debe estar muy triste.

—Lo sé, tienes razón, la llamaré. Saluda a Paco.

Momentos después, llegó Alex con una gran bolsa de papel, de estas preciosas, al menos tenían discreción para que los clientes fueran sin dar el cante, reí al verlo.

—Un vino por favor —dijo poniendo la bolsa a un lado de la barra.

—¿Qué tal? —pregunté sonriendo.

—Pues perfecto, no había muchas de las cosas que yo quería, pero las he podido sustituir por otras —me hizo un guiño y me dio un beso en los labios.

—Se casa, el energúmeno se casa —dije frunciendo el entrecejo.

—¿Hablaste con tu amiga?

—Sí —dije con tristeza.

—No te quiero ver así —me abrazó con cariño, mientras tocaba mi cabeza.

—Tranquilo se me pasará, pero por mucho que quiera evitar ponerme triste, me duele sentir esa decepción tan grande.

—Lo sé, preciosa, lo sé —no dejaba de abrazarme y de besar mi cara.

Nos tomamos el vino y cambiamos el tema, el intentaba en todo momento que yo estuviese lo mejor posible y yo lo conseguía, en algunos. Con él era fácil, daba mucha paz y tranquilidad, aparte de ser muy cariñoso.

Paseamos por aquella mágica ciudad donde solo estaríamos ese día y el siguiente, así que aprovechamos para ver todo lo más importante, luego se unieron Carlos y Damián, cuando dejamos las cosas en el hotel, nos cambiamos y nos fuimos los cuatros de copas por Florencia. Ese día habíamos decidido beber, por la mañana nos podríamos levantar a la hora que nos diera la gana.

Reír, me reí de lo lindo. Damián y Carlos, estaban desfasados, la estaban liando parda. No paraban de beber y de contarnos las aventuras en las que se habían visto envueltos en su relación, donde se tomaban a broma que hubo infidelidades y orgías, yo me meaba de la risa, pero si

hubiese estado en el lugar de uno de los dos, me hubiera ahogado.

Martín no paraba de llorar de risa, le dolía hasta el lado, a mí me pasaba lo mismo, no había Dios que frenara a ese par de locos. Cuando cambiamos de pub iban andando tan estirados, que solo les faltaba sacar la mano y saludar en plan princesas, eran todo un caso.

A las dos de la mañana cuando íbamos para otro pub, nos dimos cuenta de que estábamos en la puerta del hotel, así que ya, decidimos quedarnos allí, nos despedimos hasta el día siguiente por la tarde, ellos se irían de nuevo de excursión y nosotros por nuestra cuenta.

Me quedé atónita, nada de juegos, nos metimos a dormir, me abrazó y así apagó la luz sin más ¿Y eso que había comprado? Me daban ganas de preguntarle, pero pasaba, lo mismo lo quería para otro momento. Por otro lado, supuse que como estábamos muy borrachos, quizá él preferiría no jugar así, pero me quedé un poco rara hasta que se me pasaría, que no sé en qué momento me quedé dormida.

Capítulo 13



Me desperté sintiendo que me estaba mirando y acariciando mi barriga, sonreí, le di un beso y salí corriendo al baño, me lavé los dientes y aproveché para ducharme, salí envuelta en la toalla liada.

—Lo siento —reí—. Lo necesitaba...

—Me encanta, no te vistas, espera a que me duche.

—Vale —sonreí sabiendo que ahora, me perdería en sus brazos.

Salió cinco minutos después, aproveché para hacer dos cafés, había una máquina de cápsulas en la habitación, así que le di uno y me tomé el mío en la ventana, fumando un cigarro.

Fui a lavarme los dientes de nuevo, no quería oler a tabaco, cuando volví él tenía una máscara preciosa dorada en sus manos, típicas del carnaval de allí, pero con los ojos a ciega, me la puso mientras yo sonreía nerviosa y me quedaba a oscuras, me quitó la toalla y quedé desnuda ante él.

—Te prometo que, por ahora, iremos, poco a poco —dijo ayudándome a ir a la cama, tumbándome boca arriba, abriendo mis piernas y doblándolas para que quedaran en el borde, abierta ante él. Cogió una banqueta y se sentó frente a mí, entre mis piernas.

—Me da muy mal rollo estar a ciegas —reí nerviosa.

—Tranquila, relájate y disfruta, iremos cada día progresivamente.

—Pero Martín, eso me acojona más —resoplé.

—¿Quieres todo de golpe? —Oí como sacaba las cosas de la bolsa.

—No, no quiero todo de golpe, pero tampoco que me adviertas —cogí aire al notar sus manos extendiendo un gel por mi zona baja.

—Tengo puesto unos guantes de látex para ayudar mejor, te lo digo para que no te impresione el tacto.

—¿No es demasiado gel el que estás poniendo? —dije notando los pegotes por mi zona vaginal, pero por fuera y en ese momento, me lo puso en el culo.

—Por ahí no me irás a hacer nada, ¿no? —pregunté nerviosa.

—¿Nunca te tocaron?

—¡Jamás! Y ni se te ocurra, que me da miedo.

—No te voy a hacer daño, confía en mí, sé cómo debo empezar.

—Pero Martín...

—No hables —puso una mano en mi vientre y la otra abrió mis piernas poniéndola en medio para inmovilizarme—. Relájate —metió sus dedos en mi vagina con ese gel que sentía como me

ardía por dentro, y su otra mano seguía en mi vientre presionando.

—Martín —resoplé al notar sus dedos abriendo mi interior.

—Estela...—Sonaba a que me relajara y me callara, pero aquello me ponía a tope.

Sacos sus dedos y echó mi culo más hacia fuera, apreté los puños contra la sábana, sabía que ahora iba a empezar a jugar por detrás y eso era lo que estaba pasando.

Puso su dedo en mi ano, con más gel, yo notaba el calor en mi vagina, por atrás estaba frío, su dedo comenzó a lubricarse, poco a poco para entrar.

—Martín...—dije sin poder casi ni hablar.

—Escúchame, Estela, por favor no te muevas, verás que no es para tanto.

Y su dedo comenzó a entrar con cuidado, lleno con ese gel que me ponía esa zona fría y me causaba una sensación rara. Me dolía un poco ese dedo ahí colocándose, pero lo podía aguantar, el me abría las piernas para que no las cerrara y ese dedo iba moviéndose, poco a poco en mi interior.

Resoplé fuerte cuando salió, pensé que iba a volverme loca, estaba de lo más excitada, no podría describir ese momento.

—¿Qué tal? —preguntó mientras ponía con las dos manos el gel sobre mis pezones y los acariciaba con un poco de fuerza.

—Bien, creo que bien —solté el aire.

—Quiero que seas sincera, cuando sientas que no puedes o no quieres, me lo dices.

—Tranquilo, mientras todo sea así...

—Bueno, esto será rápido, como te dije iremos poco a poco, esta noche iremos a más —dijo con seguridad y volvió a introducir un dedo en mi culo con más gel y un poco más rápido.

Resoplé con fuerza, con su otra mano comenzó a tocar mi clítoris, mientras movía su dedo en mí interior, comencé a chillar como una loca ante aquel dolor lleno de placer y ese momento que nunca había experimentado, me corrí y caí casi desmayada.

—¿Estás bien? —preguntó después de ver que había guardado las cosas y ponía mi mano en la barriga.

—Sí, estoy bien —dije cuando noté que me penetraba y se volvía loco entrando y saliendo, volviendo a producir en mí una excitación increíble, aún sin visión, solo notando como su cuerpo dirigía al mío. Aquello fue algo de lo mejor que había pasado en mi vida en un momento sexual, estaba como nunca, dislocada completamente.

Cuando terminó me quitó el antifaz.

—Este lo colgarás en una pared de tu apartamento y te recordará a mí —hizo un guiño y besó mi frente.

Me tenía en una nube, eso era, en una jodida nube, me encantaba como me trataba en todo momento y ese aire enigmático que tenía a la hora del sexo. Me estaba ganando a pasos agigantados.

Salimos a pasear por Florencia, íbamos de la mano, me cuidaba y estaba atento a mí. No permitía que pagara nada, cosa que me tenía en una acalorada y constante discusión, pero que, al fin y al cabo, me dejaba con una preciosa sonrisa en la cara. Estaba muy a gusto con él, me sentía bien, aunque no conseguía quitarme de la cabeza a Alex, incluso lo echaba mucho de menos.

Ese día vimos muchos lugares, anduvimos lo que no había en los escritos, la Catedral de Florencia fue el objeto de una de las fotos más bonitas que nos hicimos, el me cogió en brazos como si fuera un bebé, yo extendí mi mano y un turista nos la sacó, esa fue para el Facebook, con una frase bien bonita. “Y llegaste tú y cambiaste mi sonrisa”

Para ti, Alex, pensé aguantando la risa, con todo mi cariño desde Italia.

Esa noche nos fuimos con los chicos a cenar, en plan tranquilos, a la mañana siguiente íbamos a Venecia, nuestra última etapa del viaje, allí nos esperarían los tres últimos días.

Me desnudó nada más entrar en esa habitación, comenzó a besarme con deseo, con fuerza y me puso ese antifaz que tan sexy me hacía sentir. A pesar de estar a oscuras, me hacía sentir bien, disfrutar de sus manos de su cuerpo, de sus juegos, de todo lo que Martín me estaba aportando y enseñando.

Esta vez me puso de rodillas en el suelo con dos cojines para estar más cómoda, pegada a la cama donde me hizo tirarme hacia delante, él sentado en ese taburete entre mis piernas, dejando mis partes levantadas hacia él.

Noté como se puso los guantes y apreté mis puños agarrándome a las sábanas, todo en silencio, solo él, cogiendo cosas de la bolsa.

—Estela, relájate, entrará mejor —su dedo tocando mi ano, me hacía prever que iba hacia adentro.

Intenté relajarme, pero no dejaba de apretar las sábanas con fuerza, mientras notaba ese dedo entrando y saliendo de mí, volviendo a entrar y ahuecándose.

—Coge aire y cuando te diga lo sueltas —cerré los ojos a pesar de no tener visibilidad y cogí el aire—. Suelta, suelta, suelta —decía mientras algo iba entrando por detrás, era como de goma, como silicona no dura del todo, pero aquello dolía un poco, aunque estaba muy excitada y lo podía aguantar—. Bien, ya está dentro —dijo apretando mis glúteos con sus manos.

Sentía aquello a presión y sus dedos comenzaron a abrir mi vagina y entrar en ellos, esta vez sin gel, eso vino luego con una especie de vibrador, que empezó a mover con fuerzas y a presionar más aun lo que tenía en mi culo. Con sus manos comenzó a tocar mi clítoris, con aquel movimiento en mi vagina que me volvía loca, comencé a chillar con fuerza, emitía gemidos de todos los colores, creía que iba a morir de placer, caí casi desfallecida. Todo aquello me impresionaba mucho, jamás había practicado el sexo de aquella manera.

Luego me lo sacó todo con cuidado y me penetró a cuatro patas por la vagina, si me la llega a meter por detrás, ya me muero. Embestía con fuerza y pellizcaba mis caderas, mis muslos, llegué a otro brutal orgasmo y quedé en esa postura, solo me eché más arriba y me quedé dormida, no recuerdo más...

Capítulo 14



—¡Corre, el despertador no sonó! —dijo para que me levantara.

—¿Qué hora es?

—La furgoneta sale en cuarenta minutos.

—¡Joder!, a correr, yo tengo que desayunar antes.

—Por eso...—rio besando mis labios y ayudándome a levantarme.

Me duché con él, rápidamente y bajamos, metimos las cosas en el furgón y nos fuimos a desayunar con los chicos.

—Eso os pasa por andar follando a altas horas —dijo Carlos, bromeando.

Esta vez el viaje se dividía, los otros matrimonios se quedaban un día más en Florencia y luego en Venecia un día menos, pero volvían en nuestro mismo vuelo.

Me senté con Martín, atrás del todo y los chicos delante, parecía que íbamos peleados, yo iba junto a la ventanilla y Martín a mi lado.

A mitad de camino, Martín iba muy meloso y metió su mano entre mis piernas, lo miré con cara de asesina y él me indicó con el rostro que me relajara. Cogí aire, no me lo podía creer, negué con la cabeza mientras notaba sus dedos entrando en mi interior.

Dejé caer mi cabeza sobre el cristal y con la otra mano tapé mi cara con una revista como si la estuviera leyendo, aquello me estaba llevando a una excitación brutal y sus dedos comenzaron a acariciar en círculos mi clítoris, además de exigirme con las manos que me abriera más y eso hice. Terminé conteniendo un orgasmo, pues pensé que iba a reventar allí a chillidos, luego solté el aire y cerré mis piernas mientras negaba con la cabeza.

Volvió a hacerme un gesto con sus manos y le miré diciendo que no, pero me obligó a abrir las piernas de nuevo, por decirlo de algún modo, contuve el aire mirando por la ventana y noté que me ponía algo en la entrada de mi vagina.

—Son unas bolas, tranquila —dijo en mi oído, antes de que lo mirara con cara de asesina.

Me abrí bien para no liarla más y entró la primera, aquello era grande, notaba un peso en mi interior y me agarré bien a los reposabrazos, entró la segunda y quedó como una cuerda por fuera. Me hizo un gesto para que cerrara las piernas.

—En el hotel te las quito —dijo en mi oído.

—¿Como? ¿Voy a andar con esto? —Lo quería matar, aguanté la risa.

—Sí, no se te saldrán, ni te molestarán —me hizo un guiño.

Llegamos al hotel y yo seguía con aquello ahí, comiéndome el coco y pensando en si podría

andar, pero me levanté bien, aunque notaba el peso en mi interior y tenía que disimular delante de los dos locos aquellos, pues si se enteraban me la liaban, pero bien.

Con los chicos quedamos por la noche, ellos se iban a ver a unos amigos que tenían en Venecia, nos despedimos de ellos y entramos en la habitación a dejar las cosas para salir a comer.

—Esto me lo quitas —dije antes de que dijera de irnos.

—Te las iba a quitar, mujer...—Me cogió por la cintura, me pegó contra él y me besó con ese jugueteo que me ponía cardíaca.

Me sentó al filo de la cama, me apartó la braga mientras reía y yo aguantaba la risa y jaló de ellas, primero salió la pequeña y luego la grande que ahí, por poco me descomprimo de todo el aire que solté.

Salimos a perdernos por la ciudad de los canales, me impresionó mucho el olor, ese día era un poco desagradable, digo ese día, por qué escuchamos a algunos turistas quejarse del olor de este día.

Dimos un paseo en góndola, nos tiramos un selfi y lo subí a Facebook, que se chupara Alex otra, en el fondo quería que lo viera todo, que entendiera que no estaba en una esquina llorando mis penas.

Me jodía pensar en él, aunque estaba viviendo un viaje precioso, mejor de lo que pude imaginar, seguía recordándolo. Eso me mataba, pero la herida estaba muy reciente, a pesar de estar disfrutando de aquella manera de esos momentos, me hacía sentir culpable, pero ¿culpable de qué? Yo no había hecho nada, él me dejó tirada de una forma oculta, miserable, era un necio.

Esa noche la pasé bomba con los chicos en Florencia, bebimos y bebimos, paseamos, nos tiramos fotos, grabamos videos y charlamos con el dueño de un bar, que nos contó un montón de anécdotas con turistas y encima hablaba el español perfecto.

Martín estaba que se salía del pellejo, toda la noche imitando a Carlos a su espalda. Damián y yo, estábamos llorando de la risa y cuando Carlos se volvía, Martín se ponía a hacerse el despistado o pensativo. Yo, me meaba encima de la risa, era mortal su ironía y humor, me hacía reír como nadie había conseguido, además, se pasó toda la noche haciéndome gestos con los ojos y señalando hacia los baños, para ir a darnos un festín sexual. Por su culpa, no entre en ningún un baño hasta que, por fin, entraron tres chicas y fui corriendo con ellas. Habiendo gente, no se atrevería.

Para llegar al hotel liamos la de Dios, hasta dos policías nos acompañaron muerto de risa, menos mal que eran simpáticos si no, esa noche habríamos dormido a la sombra en el cuartelillo.

—Hasta pronto, señores agentes —dijo Carlos, extendiendo su mano, dándosela de importante y ladeando a ambos lados ante mi risa y la de Martín, hasta la de los policías que tenían un aguante descomunal.

—Siempre en nuestros corazones —dijo Damián y ahí estallé a reír, yo y todos los que estábamos. Aquello había sido buenísimo, no me podía creer la simpatía de esos dos policías, era algo que no me entraba en la cabeza, con el talante que llevaron la situación hasta asegurarse de que entrábamos al hotel.

—Qué morro tenéis —dije una vez, todos dentro del ascensor.

—Somos educados hija —dijo Carlos, haciendo cara—. Además, como si tuvierais ustedes dos —se refirió a Martín y a mí—. Que de

ser el abanderado de la simpatía de nuestra isla, íbamos todos apañados.

—Hablo miss simpatía —dije poniendo los ojos en blanco y saliendo del ascensor—. Mañana quien me despierte lo mato, avisado quedáis los tres —metí un empujón a Martín, para que entrara

rápídamente

—Qué bruta eres —dijo negando.

—Todo lo que quieras, pero he sido la alegría de tu viaje de deprimido —le saqué la lengua.

Entramos a la habitación y no me dio tiempo ni a cambiarme, con el traje caí en la cama boca abajo, no me pensaba mover. Noté como Alex hacia el intento de quitarme la ropa, lo consiguió, me dejó en bragas durmiendo, pero al menos no estaba con la ropa de la calle. Me moría de la risa, pero sin moverme, mi imaginación iba más allá y yo estaba a gusto con esas copas que me había tomado, lo único es que no me podía mover.

Pero fue bueno, me dejó dormir, pese a pensar que me iba a dar la de Dios esa noche, pero no, al parecer cuando yo bebía, él me dejaba descansar.

Capítulo 15



—Buenos días, preciosidad —dijo dándome un beso en la mejilla.

—Buenos días, Leonardo —respondí haciendo la gracia.

—¿Qué tal te levantaste? —tocaba mi pelo y lo ponía detrás de la oreja.

—Aún sigo acostada —me acurruqué en él.

—Muy melosa te has levantado, me va a dar pena jugar contigo —carraspeó.

—No, ahora no tengo ganas de jugar, esta noche a mejor es la última noche —dije con mi cabeza metida en su cuello.

Un silencio se hizo en ese momento, seguía acariciando mi cabeza, pero analicé la frase y, ¿había sonado a despedida?

—¿Será nuestra última noche? —preguntó en voz floja unos momentos después.

Me quedé pensativa ¿Qué me esperaba al volver a la isla? Él vivía allí. ¿Podríamos seguir lo que aquí comenzó? Mil preguntas se agolparon en mi cabeza y fui incapaz de contestarlas, lo besé y él me siguió el beso.

Terminamos haciéndolo, pero sin juguetes, solo él y yo, encima de mí, con una mirada que hablaba por sí sola, esperaba contestarle con la mía, notaba sentimientos en aquella mirada y lo peor de todo es que no sabía cuáles eran los míos, lo deseaba, me gustaba, pero el amor, lo sentía por Alex.

Terminamos de hacerlo y nos duchamos, había silencio, la cosa se había puesto de manera diferente, era la última noche y eso creo que nos afectó a los dos, no sabía si de igual manera, pero era como pasar a otra parte de una historia que quizás no nos pertenecía.

Ese día paseamos por la ciudad de los canales, de la mano, abrazándonos, haciéndonos selfis, acaramelados, pero había muchos silencios y yo sabía que hablaban por sí solos, ninguno era capaz de transmitir lo que estábamos sintiendo.

Por la noche nos vimos con los chicos, era la última noche y nos prometimos todos, que nos veríamos para cenar en la isla, en casa de cada uno, pues comenzaba una amistad que no podíamos partir. Me moría de la risa con ellos, Martín me miraba sonriendo, pero sabía que estaba triste.

Al llegar a la habitación me abrazó.

—No sé qué pasará cuando lleguemos a la isla, pero no quiero perderte, quiero tenerte en mi vida y si no puede ser como mi pareja, será como una amiga a la que he cogido mucho cariño en muy poco tiempo.

—Sabes que no te voy a mentir, ahora no estoy preparada para nada. Estoy disfrutando

contigo, me encantas, te deseo, me caes genial, disfruto a tu lado, pero estoy enamorada de Alex y no sé si cuando llegue a la isla mi mundo se me caerá encima.

—Esta noche no quiero jugar, es más, ahí se quedará todo, quizás un día podamos volver a disfrutar y enseñarte mucho más, esta noche solo quiero abrazarte, pegarte a mí y sentirte. No te imaginas lo que siento, no te imaginas lo que has hecho que mi corazón vuelva a sentir en este poco tiempo, me has devuelto la sonrisa que perdí hace mucho tiempo. No quiero que digas nada, solo abrázame y no me sueltes en toda la noche.

Nos quitamos la ropa, yo me quedé con la parte de abajo solo de la ropa interior, al igual que él, nos abrazamos y así pasamos toda la noche, cuando desperté me miraba y acariciaba mi pelo.

Comenzó a besarme y me penetró, pero de forma diferente, mirándome con ojos que hablaban y despacio. Hacia movimientos lentos, me causaba un cosquilleo impresionante, notaba en sus ojos que solo le faltaban llorar, aquello era como una despedida que le estaba partiendo el corazón y yo, yo pensaba que aún no estaba recuperada de lo de Alex.

Después de hacerlo bajamos a la calle, metimos las maletas en el furgón y nos sentamos dentro, solo habíamos tomado un café era muy temprano, en el aeropuerto desayunaríamos.

Ahí estábamos los nueve del principio, los tres matrimonios, los chicos, Martín y yo.

La vuelta fue triste durante el vuelo, de la mano agarrados y el jugando con mi mano acariciándome por todo el brazo, miraba por la ventana en intentos de no llorar, se lo notaba. ¿Tanto le había llenado a ese hombre? Me odiaba por amar a Alex, por no hacer de esto que me estaba pasando, algo más fuerte que la mierda de sentimientos que tenía por el hombre equivocado, pero yo estaba mal, volvía al punto donde dejé todo para embarcarme en el viaje, pero estaba de vuelta y ahora me tenía que enfrentar a la realidad.

Llegamos al aeropuerto y nos despedimos de los chicos, acordamos seguir hablando y quedar en breve para cenar. Llevé a su casa a Martín, él había ido al aeropuerto en taxi y yo en mi coche, lo tenía aparcado allí, así que le dije de llevarlo.

Llegamos a la puerta de su casa y me hizo bajar del coche, para enseñármela. Era preciosa, una casa sola con jardín y piscina, no mucho terreno, pero todo muy bien distribuido. El interior de su casa estaba igual, todo muy sobrio, muy bonito y con mucho gusto, predominaba el blanco, pues se llevaba mucho, pero había muchas paredes forradas de piedra y le daba un aire rústico a toda la casa.

Preparó dos sándwiches y puso unas patatas, me obligó a comer, después me despedí. Decidimos no decir nada, solo nos besamos y abrazamos, me acompañó a la puerta y lo dejé con los ojos llenos de lágrimas. Me partió el corazón, era un buen hombre y ahora yo le estaba haciendo pasar por eso, me maldije mil veces.

Llegué a mi casa y me tiré en el sofá, llamé a Alba y me puso al día de todo, también hablé con Emilia.

La conversación con Alba me había dejado un poco mal, por lo visto ya tenían fecha de boda. Por lo visto, su novia se jactaba de haber venido a la isla a recuperar lo que era suyo y ahora lo sería para siempre, no entendía cómo podía estar con una persona como ella.

Esa noche al dormir en mi cama, sentí el vacío de Martín, era increíble. Me dolía el pensar en Alex, pero echaba de menos a Martín a mi lado, me iba a volver loca.

Capítulo 16



Desperté en la isla...

Esa mañana desayuné y me dediqué a poner dos lavados con la ropa del viaje, fui al super. Carlos me llamó y me hizo mucha ilusión, me meaba con él, decía que en pocos días cena en su casa, le contesté que, por supuesto.

Ese día lo pasé en casa, solo salí para hacer la compra, pero no tenía ganas de nada, solo de estar en el sofá, con mis paranoias y pensando en dos hombres, uno que me dolía y el otro al que extrañaba.

Por las noches echaba mucho de menos a Martín, me agarraba la almohada como si fuese él, esa noche fue mucho más dura, me dieron ganas de llamarlo y pedirle que viniera.

Por la mañana me puse a tomar un café relajada y le envié un mensaje, me salió del corazón.

Yo: Buenos días, señor licenciado. Te echo de menos, quería que lo supieras.

No tardó en responder...

Martín: No me digas eso, yo no sé vivir sin ti.

Me quedé muerta, esas palabras me sacaron una sonrisa, pero también me hicieron llorar de emoción, o lo que fuera, pero me llegaron al alma.

Tenía claro una cosa, lo quería ver y abrazar, lo necesitaba, no dudé en contestarle...

Yo: Estoy haciendo una deliciosa tortilla de patatas con una ensalada de pasta, me he pasado en cantidad.

Martín: ¿Me estás invitando a comer?

Yo: No sé si te apetecerá...

Martín: Dime tu dirección y allí estoy a las dos y media.

Sonreí y salté de emoción, claro que quería que viniera, lo echaba demasiado de menos.

Le pasé la ubicación, a las dos y media sonó el timbre del portero y era él.

Fui a abrir y a esperarlo en la puerta, apareció vestido de lo más guapo. Llevaba un traje de chaqueta que le quedaba de muerte, no todo el mundo sabía llevar con estilo ese tipo de ropa, pero él, a él le quedaba para caer rendida a sus pies. Nos abrazamos con muchas ganas y fuerzas, me cogió en brazos y me metió dentro.

—No sabes cómo te he echado de menos, Estela.

—No, no lo sé —arqueé una ceja—. Estás guapísimo —dije cuando se quitó la chaqueta y se quedó con la camisa de manga corta—, pero no sé cómo puedes llevar esa chaqueta con el calor que hace.

—Estoy acostumbrado, además, es una tela fresca —me volvió a pegar contra él y besar.

—Vamos a comer —reí.

Estuvimos charlando de lo más contentos, me acariciaba la mano, sonreí, estaba que resplandecía, luego de comer nos fuimos al sofá y me sentó en su regazo, yo me sentía feliz.

—Por fin viernes —dijo sonriendo.

—Solo has trabajado dos días —reí.

—Pues ya hasta el lunes no trabajo —levantó los dedos haciendo la v de victoria.

—¿Y cómo piensas pasar el finde? —pregunté con curiosidad y rezando porque me diera un plan.

—Pues verás... Había pensado invitarte a cenar esta noche por ahí y de paso, quedarte el fin de semana en mi casa, quizás te apetecía seguir jugando —dijo guiñando un ojo y haciéndome cosquillas.

—¡Para! No las aguanto —reí —Pues mira, estoy curiosa por esos juegos y, además, me apetece eso de pasar el fin de semana distraída...

—Pues no hay más que hablar, eres mía —me abrazó fuerte besando mis pechos—. Prepara una bolsa para el fin de semana y nos vamos, de allí salimos esta noche.

—¡A sus órdenes! —Me levanté corriendo y preparé las cosas.

En ese momento me llamó Alba y le dije que me iba a casa de Martín el fin de semana, ella se puso loca de contenta, quedamos en vernos el lunes para comer.

Me fui con Martín, en su coche, un Porsche rojo, impresionante, tipo cuatro por cuatro, yo estaba flipando. Lo había visto el día que fui a su casa, pero montarme, eran palabras mayores.

Llegamos a su casa y coloqué mis cosas en un lado de su armario, aquello era impresionante, verlo ahora más tranquila, impresionaba y mucho.

No me dejó salir de la habitación, comenzó a desnudarme a los pies de su cama. Carraspeo al volver a verme desnuda, reí negando con la cabeza y me pegó con cuidado a la cómoda, me embistió y comencé a chillar de placer, era brutal lo que producía en mí, me volvía loca su forma de hacerlo. Luego me dio la vuelta y me penetró de nuevo, me agarré al borde con fuerza y llegué al orgasmo antes que él, pensaba que moría mientras seguía.

Nos abrazamos de nuevo después de ese acto y noté en su mirada paz, tenía paz, no ese miedo del último día de Italia, así que me emocionó verlo así.

—Ayúdame a olvidarlo —dije mientras lo abrazaba.

—Todos los días de mi vida —rompió a llorar, no me lo esperaba. Ese tío tan imponente, tan guapo, tan hombre, llorando derrumbado por mí, no me hacía falta que me dijera más, ya me lo había dicho todo.

—Lo conseguiré, nos lo merecemos los dos —nos abrazamos con más fuerzas.

Más tarde nos duchamos, él era pura vida, energía, amor y yo quería sentir por él, lo que sentía por Alex, pues a su lado me notaba llena. Era lo que me daba rabia, me sentía querida y cuidada, pero tenía en mi cabeza a otro.

Esa noche nos fuimos a cenar, me puse guapísima, elegante, con un traje negro sin mangas muy al estilo francés, por la rodilla y con unos tacones negros. Él, no paraba de deshacerse en halagos.

Fuimos a un lugar muy exclusivo que me quería enseñar, donde iba de vez en cuando a cenar con gente de su despacho, el lugar era espectacular, esa noche había una fiesta de canapés, donde se probaban los más exitosos del lugar.

Había un montón de gente por el jardín, nos pusimos a un lado en una mesa alta, nos sentamos pedimos dos vinos y trajeron uno de esos platos variados con los canapés.

—Estás impresionante —levantó su copa.

—Me lo has dicho como diez veces —arqueé la ceja.

—Y todas las que hagan falta —se acercó y me besó.

Yo estaba sentada en un taburete con las piernas cruzadas y él, de pie junto a mí, colmándome de caricias, miradas cómplices y sonrisas que me hacían levitar.

Por un segundo miré a la mesa de al lado, pues sentí que me miraban y, ¡mierda!, ahí estaba Alex frente a mí y su chica de espaldas. Me quedé en blanco, su mirada era furiosa y se veía enfadado, ella miraba hacia abajo, en lo que parecía que estaba con el móvil.

Le aparté mis ojos y miré a Martín.

—¿Te pasa algo? Te noto de repente como...

—No te gires, o te abro la cabeza —reí—. Disimula. Detrás de ti está Alex, con su chica.

—No me jodas...

—Ajá —dije a modo chulesco, en ese momento sentí indiferencia, asco, no sé cómo describirlo, de todo hacía Alex, pero nada bonito.

—¿Quieres que nos vayamos? —Puso su mano en mi falda y yo puse la mía encima de él.

—Quiero que me beses como si te fuera la vida en ello y que no me dejes caer en el pensamiento de personas que no merecen la pena y ese que está ahí detrás, créeme que no la merece.

Me dio un beso suave, bonito, nada de papelones, le salió del corazón.

—Me encanta verte con esa sonrisa —dijo acariciando mi mejilla.

—Nadie me la va a volver a borrar —le acaricié la barbilla y lo besé.

El verlo me había supuesto que pese a lo contrario a lo que pensé, me había causado asco. Creí que me moriría, pero el efecto que me causó fue todo lo contrario. Me quedó claro que, aparte de ser un necio, era un sinvergüenza.

Seguí allí disfrutando con Martín, pues se merecía todas mis atenciones. Era obvio que lo de Alex me dolía, yo no era maga y hacia desaparecer mis sentimientos de la nada, pero ya no era como antes. Lo veía ahí con ella, amargado, con esa cara que no conocía de él, ese tío no era feliz, ni sabía hacer feliz a los demás.

Después de varios vinos y cenar a lo bestia todos los canapés que nos pusieron, nos fuimos de allí, llamamos al taxi que nos trajo, y nos recogió enseguida.

Allí se quedó Alex, con su prometida, con esa cara que daba pena, no era ni la sombra de la cara que tenía de felicidad cuando lo conocí. Si me había cambiado por eso, que pocas luces tenía.

Esa noche al llegar a su casa, ya me había advertido Martín lo que iba a pasar, íbamos a jugar y, por supuesto, le dije que hiciera lo que quisiera, que quería todo con él.

—¿Segura? —dijo al entrar por la puerta.

—Quiero todo, te lo estoy diciendo, no te prives de hacer nada de lo que desees, sé que no me harías daño por nada del mundo.

—Bueno un poquito, dibujado de placer —sonrió y me pegó a él.

Preparó dos copas de vino en su impresionante cocina, ya que, era más grande que todo mi apartamento.

Me senté sobre una mesa grande que había en la cocina de piedra, puse la copa a un lado y lo miré sonriendo, me estaba dando un cigarro, él no fumaba, pero sabía que con el vino me gustaba, me lo puso en la boca y me dio fuego.

—Gracias —reí —colocó un cenicero a mi lado.

—Estás de lo más sexy...

—Es la felicidad que irradió a tu lado —le hice un guiño y di una calada.

Metió sus manos por debajo de mi vestido y tiró de mi braga, la sacó y la tiró a un lado de la cocina, mientras sonreía. después me quitó el vestido y el sujetador, yo seguía sentada, aunque me movía para ayudarlo.

Me quedé sentada en esa mesa desnuda, con mi cigarro y mi copa de vino, el acariciaba mis caderas y besaba mi cuello.

—Quédate aquí —dijo sonriendo y se fue, sabía que iba a coger algo de sus cosas y supuse que aquella mesa, iba a ser el escenario de sus juegos.

Volvió con una camiseta y unas bermudas y una especie de caja que puso sobre una de las sillas.

—¿Preparada? —dijo poniéndose delante de mí y retirándolo todo de la mesa.

—Lista —reí, en el fondo me había puesto nerviosa.

La mesa estaba a la altura de su cintura, perfecta para una penetración, o para jugar conmigo a su antojo, aguanté la risa al pensarlo.

Sacó el antifaz de Italia.

—Esto es tuyo, sabía que te lo entregaría en otro momento, al menos confiaba en ello —sonreía—. El domingo te lo podrás llevar, ahora póntelo.

Me lo puse y quedé a ciegas de nuevo, pero me sentía sensual con él.

—Échate hacia atrás, pon las piernas apoyadas en el filo y saca las caderas hasta el borde también.

Le hice caso, noté como ponía una barra en medio de mis tobillos y ataba como una cinta a cada uno de ellos, resoplé al ver que no podría hacer ningún intento de cerrar las piernas.

Luego me colocó unas esposas en las manos y me hizo poner mi cabeza sobre ellas, quedando debajo de mi nuca, como si estuviese arrestada y yo, totalmente expuesta y libre para él.

—¿Estás bien? —preguntó tocándome la barriga.

—Ahora mismo sí, pero un poco nerviosa —sonreí.

—Sé que confías en mí, con eso me sobra.

—Sí —dije soltando aire al notar sus dedos deslizándose por mi vientre.

Note que cogió algo.

—Vas a notar frío, no te preocupes— un spray comenzó a salir disparado por mis pechos, mi barriga, mi zona baja, luego lo puso a la entrada de mi vagina y disparo hacia dentro. Resoplé con esa extraña y placentera sensación, luego lo puso en la entrada de mi culo y disparo de la misma forma. Moví las caderas hacia arriba y luego noté como me ataba con una gran cuerda alrededor de la mesa.

—Necesito moverme un poco —dije riendo.

—No me fío, te puedo lastimar sin querer, relájate Estela, verás como todo es más fácil.

—Me molesta esto por la cintura —me quejé como una niña chica.

—Si me prometes que no te vas a mover, te lo quito, pero si no estás segura de poder cumplirlo, quédate así, por favor.

—Vale, me quedo así —reí nerviosa.

Cogió una silla y se sentó frente a mí. Besó mi zona íntima y la mordisqueó, la sensación era alucinante con aquel frío que había causado aquel gel.

Martín se lo tomaba con tranquilidad todo, a él le gustaba disfrutar de mí, de lo que me hacía, de verme así ante él, eso le hacía sentirse muy bien.

Te voy a meter otro spray dentro, en este tengo que introducir un poco más el tubo, te lo digo para que no te impresiones, el gel está caliente y hará una reacción dentro que te gustará, pero al principio te causará otra sensación rara.

Me puso el tubo al comienzo de mi vagina, podía notarlo entrando, era muy fino, comenzó a disparar y creí que me volvía loca, era una sensación entre cosquillas, placer, resquemor y muchas cosas más. Esperó a que dejara de resoplar.

Puso el tubo en la parte de atrás.

—No aprietes el culo, Estela —dijo con cariño, pero imponiendo —¿Preparada?

Asentí con la cabeza y comenzó a disparar, esa sensación, te volvía cada vez más loca y yo, yo estaba con ganas de más. Resoplaba por aquella reacción que parecía inaguantable, pero a la vez excitante.

—Muy bien, Estela, muy bien —noté que se levantó.

Se puso a mi lado y comenzó a apretar mis pezones, los dos a la vez, luego uno y luego el otro, cada vez apretaba más y yo iba chillando con cada apretón, me dolía y mucho, tenía la sensación de que se iban a romper. De pronto tomó un cubito de hielo y comenzó a pasarlo por ellos, y yo chillaba. Lo bueno de aquella casa, es que estaba sola, sin nada alrededor, porque si no los vecinos ya habrían llamado a la Policía.

Ese hielo se iba derritiendo un rato en cada pezón, pero cuando estaba sobre uno, el otro lo iba pellizcando de nuevo, era una presión impresionante.

Sentí que fue bajando el hielo por mi barriga y él se volvió a sentar frente a mí, e introdujo el hielo por mi vagina, di otro grito y resoplé al notar aquello, ahí.

Colocó una gran bola en mi vagina y la metió hacia dentro, note esa presión que no dejaba lugar a nada más.

—Mira, te voy a poner una cosa atrás, la iré metiendo, poco a poco. Si te mueves lo más mínimo, te daré un azote, cuando me digas que pare, pararé, así que, todo depende de ti.

—Vale, dije entendiendo que tenía aguantar.

Colocó un gran objeto en la puerta de mi ano, hizo como un tacto lo sacó, me colocó un poco de gel alrededor con su dedo y lo metió un poco, di un respingo y me dio un azote.

—¡Auch! —grité.

—Relájate, Estela —dijo poniendo su dedo y haciendo la misma maniobra.

No me moví, dejé que con él entendiera todo dentro, luego lo sacó y volvió a poner ese aparato.

—Eso no va a entrar - dije al notarlo bien grande.

—Es blando, te da la impresión de grande, pero lo tengo que ir metiendo a presión con los dedos. Es una goma de látex especial, es buena, no juego con tonterías. ¿Preparada?

—Sí —dije casi sin fuerzas.

Comenzó a meter esa especie de gelatina por ahí, ayudado con sus dedos, se iba hinchando como una pelota, notaba como llenaba todo mi interior, hasta que casi meto un grito cuando, por fin, aquello paró.

Comenzó a lamer mi clítoris con su lengua, a moverla de forma rápida y produciendo un cosquilleo en mi interior con todo lo que tenía dentro. Comencé a gemir y a chillar, cuando cambió la lengua por sus dedos. Comenzaron a hacer círculos y apretar con fuerza, poniéndome como una loca que solo chillaba y chillaba ante aquel placer, hasta que llegué al orgasmo y solté todo el aire contenido.

Muy bien, Estela, muy bien, dijo sacando la gran bola de mi vagina y sintiendo un alivio

brutal, después tiró de lo de atrás y comenzó a sacarlo con cuidado. Notaba un poco de escozor, estaba deseando que saliera y cuando lo hizo resoplé de alivio.

Me quitó lo de la cintura y los tobillos, pero me dejó en la misma postura, las manos también me las desató y me dijo que las pusiera a ambos lados de la mesa y que me agarrara, me imaginé lo que iba a suceder.

Noté la punta de su pene en mi trasero, iba con un poco de gel, cogí aire sabiendo que ahora sí, ahora me iba a penetrar por donde nunca lo había hecho, ni nadie lo había conseguido.

Se enganchó a mis caderas con sus manos, con ella iba apretando a la vez que iba introduciendo, poco a poco, la punta. Me agarré con fuerza a la mesa y soltaba el aire poco a poco, él iba muy despacio y con mucho tacto, pero pensé que aquello me iba a partir en dos.

Fue entrando cada vez más, notaba cada vez más, como me llenaba. Empezó a salir y a entrar muy despacio, yo chillaba, sentía mucho dolor, pero también muchísimo placer.

—Alba, aprieta fuerte la mesa —decía con voz desgastada mientras se movía.

—Me vas a partir en dos —chillaba sin fuerzas.

—Para nada —soltó una risa floja—. Lo estás haciendo muy bien —decía mientras apretaba más mis caderas, cosa que me producía el no saber si me dolía más mi interior, o mis lados que apretaban sus manos.

Se corrió, yo estaba de lo más excitada cuando lo hizo, me advirtió que no me moviera.

Puso un aparato en mi clítoris y eso empezó a moverse mientras el apretaba, me dolía la fuerza que ejercía, pero me volvía loca de placer. Comencé a chillar, noté sus dedos meterse de forma violenta en mi vagina y comenzar a moverse a la vez que ese aparato, llegué al segundo orgasmo gritando de placer, desgastada por aquello.

Puse mi cara hacia un lado, estaba a ciegas, me quedaría dormida en dos segundos, el estado en que me había dejado era de absoluto cansancio.

Puso mucho gel en mis partes, luego lo metió por delante y para mi asombro por detrás.

—Tranquila, esto te aliviará.

—Quiero dormir —me quejé.

—Ya vamos a la habitación —se acercó a mí, me quitó el antifaz y ahí estaba con su preciosa sonrisa, ayudándome a levantar y abrazándome con todas sus fuerzas.

—No puedo con mi alma —me cogió en brazos y así me llevó a la cama.

Se acostó abrazándome, yo estaba molida, no podía con mi cuerpo y quería dormir, el día había dado para mucho.

Capítulo 17



Desperté y no estaba en el cuarto, lo escuché en la cocina, me puse la braga y fui hacia allá, desnuda prácticamente, pero necesitaba darle un abrazo.

Al verme aparecer sonrió y se vino hacia mí, para abrazarme.

—Buenos días, mi niña —dijo comiéndome a besos.

—Buenos días, me muero de hambre.

—Pues eso lo solucionamos rápido —me cogió en brazos, me sentó sobre la mesa y puso un café al lado, untó unas tostadas y puso una en mi mano.

—Esta preciosa así desnuda, la braga no debiste ponértela —me hizo un guiño.

—Son para frenar, tengo que recuperarme —di un bocado a esa tostada.

—¿Sabes lo bien que sabe un café, con unas bolas dentro?

—No —dije advirtiéndolo y ya estaba entre mis piernas abriéndome y metiendo una que había sacado del cajón.

—Martín... —cogí aire al sentirla dentro de mí.

—Dime —se mordió el labio y volvió a coger la tostada.

—Nada, menos mal que esta es chica —reí.

—Hoy estarás todo el día jugando —dijo en tono tranquilo.

—Mira, que te veo venir... —solté advirtiéndole.

En un segundo se subió a la mesa, se colocó detrás de mí y me sacó hasta el borde.

—Ummm, ¿que tienes aquí para mí? —medio la mano por debajo de mi braga.

—Quiero desayunar —dije echando mi cabeza para atrás.

—Hazlo, nadie te lo prohíbe —dijo con voz excitada, abrazándome por el pecho y pellizcando el pezón con la otra mano.

Sus dedos en mi interior, luego jugando con mi clítoris, mientras pellizcaba mi pecho sin piedad, me estaba volviendo loca, ahí de espaldas a él, llegando al primer orgasmo del día.

Me corrí y me abrazó con las dos manos, luego me puse más derecha y cogí la tostada.

—De aquí me voy con tres kilos menos —dije aguantando la risa.

—Quiero disfrutar de ti, me haces perder la cabeza —besaba mi cuello.

Terminamos de desayunar y cogió una especie de pomada y se sentó en la mesa, pero recto, al fondo, contra la pared ya que la había pegado.

—Ven —échate cruzada boca abajo, pon la barriga en mis piernas.

—Martín —resoplé.

—Quítate la braga, anda ven.

Le hice caso y me tiré boca abajo sobre sus piernas, me hizo echarme más arriba y quedar perfecta para sus manos, tocar mis partes.

Se puso el gel sobre los dedos y lo puso en mi ano, comenzó a meter dos, a jugar dentro, con cuidado, pero haciendo que cada vez me gustara más, yo agarraba el borde de la mesa.

—Quiero estimularte poco a poco hasta que esto no te produzca en unos días ningún tipo de dolor, más bien, todo placer.

—Pues eso espero, me cuesta adaptarme, al principio me duele mucho.

—Es normal —sus dedos se movían.

Estuvo así, como cinco minutos hasta que dejé de moverme de incomodidad, todo lo contrario, ya esos dedos me daban mucho placer, entonces los sacó y me dijo que me pusiera de pie. Se colocó en el borde de la mesa y me puso de espaldas a él, me acercó me rodeó con sus brazos y comenzó a acariciarme el clítoris, iba a volver a correrme esta vez, con sus dedos jugando dentro en mí y cuando terminó me sacó la bola.

Terminé y exigí una ducha, se rio y me dijo que, adelante. Fui sola, necesitaba refrescarme, me dijo que no usara ese día ropa interior, solo una camiseta suelta de esas de tirantes que yo llevaba y que me cubría hasta las caderas.

Me duché y estaba feliz, me encantaba disfrutar de esa forma de sexo tan desconocida para mí, me gustaba con Martín, adoraba a ese hombre, aunque por desgracia aún no había conseguido arrancar a Alex de mi cabeza, que seguía apareciendo como diapositivas, al igual que a Lola la echaba mucho de menos.

Tardé un rato en volver a la cocina donde estaba él, dejé caer el agua como si fuera lluvia, un buen rato sobre mí, mientras recordaba lo vivido el último mes. Algo muy fuerte, algo que nadie espera en su vida, algo que sucede cuando menos lo piensas y de repente te cambia para siempre.

Volví a la cocina tal como me había dicho, con camiseta, sin nada debajo y mi pelo secándose al aire.

—Qué bien huele —gemí con ese olor a comida que estaba preparando para mediodía.

—Ummm, tú sí que hueles bien —dijo abrazándome—. Necesito que te sientes en la mesa, quiero ponerte algo que llevarás durante la mañana.

—¡Martín! Dame un poco de tregua —resoplé.

—¡A la mesa! —rio.

—No, si al final la visto, le pongo una almohada, una colcha y la tomo como mía —me refería a esa mesa de la cocina.

—¿Quieres que le ponga unas sábanas? —Arqueó la ceja sonriendo.

—¡Tonto! —Me senté con los pies colgando.

—Esto no te va a doler, ni molestar, te va a aliviar interiormente y además hidratará bien la zona para los juegos de después.

—¿Esto qué es? —Miré esas especies de cápsulas grandes, como de gel.

—Una hidratación interior —sonreía—. Abre las piernas, anda y saca las caderas más al borde —Échate para atrás, anda, me lo pondrás más fácil poniendo los pies sobre el filo.

Eso hice, la verdad es que me encantaba estar expuesta a él, a esas manos que conseguían volverme loca.

Puso una en la entrada de mi vagina y la fue metiendo hasta colocarla en el fondo, detrás también me puso un poco de gel y luego metió esa especie de cápsula.

—Joder, pues sí que alivian —dije notándolas en mi interior.

—No te muevas, quédate así —tocó mis pechos por encima de la camiseta.

—Me tienes con la respiración acelerada desde ayer —solté una carcajada.

—Uf, pues sí me dejas, anda que no te queda nada...

—Yo te dejo, yo te dejo —reí. En el fondo me encantaba y estaba de lo más cómoda.

—Tengo ahí un vibrador que estoy deseando meterme —seguía tocando mis pechos mientras yo estaba ahí calmada, notando eso y deshaciendo su liquido en mi interior, derritiéndose.

—Yo quiero probarlo —dije con descaro.

—Solo te voy a meter un poco, para que el gel siga su curso —abrió el cajón de la mesa de la cocina donde parecía que tenía el arsenal y con sus dedos abrió mis labios bien y lo colocó en la entrada.

—Dios mío, eso es grandísimo —dije contrayéndome.

—Pero relájate, no va aún para dentro.

Me relajé, cada vez me costaba menos hacerlo y jugó en mi entrada con eso que me estaba volviendo loca y que quería notar entero dentro de mí.

Luego lo cambió por otro más pequeño, e hizo lo mismo en la entrada de mi culo, jugar con él, hasta ponerme como una moto.

Lo sacó y me dijo que no me moviera, vino con una almohada y la puso en mi cabeza, reí, siguió cocinando mientras me hablaba y me dejaba expuesta a él.

—Vale, lo has notado entero derretido ya, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora necesito que te corras —dijo mientras cocinaba y tenía mis piernas mirando para él.

—¿Yo sola?

—Dale, venga —rio—. Si voy yo, te pondré algo que no creo que te haga mucha gracia —carraspeó.

—Pues no sé si lo prefiero —dije en tono burlona y comencé a acariciarme el clítoris con mis piernas abiertas sobre el filo de la mesa.

—Si necesitas que te meta algo me lo dices —dijo con voz sensual.

—Ya me duele esto, lo tengo atrofiado —dije bromeando.

—¿Te lo notas dolorido?

—Un poco, pero voy bien —dije jadeando.

—Luego te pongo algo... —Se acercó y me metió una bola china —Esta presión te ayudara a llegar mejor al orgasmo.

Me corrí a chillidos y el me aguantó para que no me moviera, la verdad es que sabía ponerme a mil.

—Te mato —dije riendo sin fuerzas.

—Ya te puedes incorporar, déjate la bola puesta.

Me senté y cogí otro café que me acababa de poner.

—Una pregunta, por curiosidad, ¿existen más cosas sobre esto? —pregunté flipando.

—Uf, compré dilatadores, cosas para los pezones que espero ponerte en breve, pero aún te veo un poco sensible para usarlo. Tengo un montón de cosas para usar y para pasar a otro tipo de sometimiento, eso sí, más adelante, poco a poco —sonrió y me dio un beso.

—Otra pregunta... —reí —¿Has hecho alguna vez un trio? —pregunté riendo.

—Bueno, alguna vez sí.

—¿En serio? —Aluciné.

—Y alguna que otra orgía, pero eso antes de casarme, con mi mujer era imposible salir de lo

tradicional.

—Qué aburrida —reí—. Yo si de algo disfruto, no me cierro a nada.

—Es bueno saberlo —dijo moviendo la comida.

En ese momento miré mi móvil y tenía un mensaje de Alex, no me lo podía creer.

Alex: Necesito quedar contigo, ¿dónde podríamos vernos?

Yo: No, conmigo no vas a quedar y mucho menos, verme.

Intentaba disimular, no quería decirle nada a Martín y entristecerlo, o ponerlo nervioso.

Alex: Eso no me vale por respuesta, dime donde nos vemos.

Yo: No puedo, estoy hasta el lunes fuera...

Alex: El lunes estoy por la mañana en tu casa sobre las diez.

Yo: No, no lo hagas, no quiero verte.

Alex: Hasta entonces...

Yo: ¡Te he dicho que no!

Ya no me contestó más, me quedé cabizbaja, disimulé llamando a Emilia y preguntándole como estaba, un rato después, me tomé un vino y comencé a sentirme mal, me quité la bola y premio, estaba con la regla.

Menos mal que llevaba cosas para cambiarme, pero me había jodido el fin de semana que estaba teniendo con esos juegos.

—No te preocupes, tenemos mucho tiempo, así que hoy veremos una peli y mañana saldremos a la playa, ¿qué te parece?

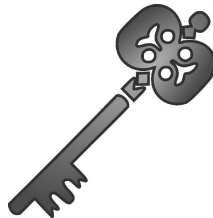
—¡Genial! —Lo abracé con tristeza, lo de Alex me había puesto muy mal.

Desde ese momento, cambió ese hombre juguetón por uno más dulce, que me intentaba cuidar constantemente y mimar, sobre todo mimar, era tan lindo...

Ese sábado lo pasamos de relax, sofá, piscina y películas. El domingo nos fuimos a la playa todo el día, tumbados en una hamaca, escuchando música de su móvil y dándonos algún que otro baño.

Por la tarde me dejó en casa y quedamos en seguir viéndonos en los próximos días. Yo me quedé cabizbaja con el mensaje de Alex, la verdad es que no me apetecía verlo, me daba miedo, miedo por mí, por hacerme más daño ahora que lo estaba superando todo.

Capítulo 18



Me desperté a las nueve, me duché, bajé a por el pan y subí, a las diez estaba tocando la puerta de mi casa, alguien le había abierto abajo.

—No deberías estar aquí —dije cuando abrí.

—No veo razón para no hacerlo —entró en la cocina.

—¿Con qué derecho te crees para organizar mi vida y obligarme a verte cuando no lo deseo? Además, ¿quién te invitó a mi casa?

—No voy a perder a Lola, créeme, no la voy a perder —dijo con rabia mirándome fijamente.

—¿A qué viene eso?

—Viene a que tuve que venir a la isla huyendo de Lisbeth, viene a que ella es su madre biológica y quien me la dio en adopción. Viene a que un abogado me mintió e hizo las cosas mal, ahora veo que puedo perder a Lola y la única manera que tengo de ganar, al menos la parte como padre legal, es casándome con ella. Lisbeth era enfermera de mi clínica, la peor persona que me eché a la cara y me tiene atado de pies y manos.

—Me estás diciendo eso, ¿en serio?

—Totalmente, ¡joder...! Tuvo que ir a Madrid ayer por la noche, vuelve el jueves. Estoy trabajando con el mejor equipo de abogados, están investigando y preparando todo para ver como la podemos desmontar y mientras, tengo que fingir que adoro estar con ella —se echó a llorar.

—¿Y lola?

—A Lola aún no la vio, le mentí de mil maneras para retrasarlo todo...

—La que has liado...—Me puse las manos en la cara y comencé a llorar.

—No quiero perderte, ni a ti, ni a Lola —dijo abrazándome, pero yo seguí con las manos en la cara.

—Mi vida ahora está patas arriba, Alex. No sé qué decir y mucho menos, que hacer.

—Ya sabes la verdad, tengo que irme, voy al despacho de los abogados. Si me quieres tirar por un precipicio, hazlo, pero nunca te engañé, esto me lo comí por sorpresa.

Se fue cerrando la puerta con un fuerte golpe.

Me quedé en shock, blanca, sin entender nada, sin comprender por qué no me lo había dicho antes, con la cabeza dividida en dos, en Alex y en Martín. Me estaba volviendo loca.

Cogí mi coche y me fui a pasear por la isla, necesitaba coger aire, conducir y respirar, las palabras de él retumbaban en mi cabeza y saber por lo que estaba pasando, me hacía sentir de lo más triste y mal.

Martín me llamo y puse el, manos libres en el coche.

—¿Cómo está mi niña?

—Mal, Martín —rompí a llorar.

—¡Ey! ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

—Dando vueltas por la isla con el coche.

—Voy de aminorar a mi casa, ve para allá.

—No, Martín, no tengo ganas —no dejaba de llorar.

—¿Dónde estás?

—Por la zona de la Cala Chica.

—Quédate en los aparcamientos de allí, voy para allá —colgó la llamada.

Llegó a los diez minutos y me bajé del coche, me abrazó inmediatamente.

—¿Qué te pasa?

—Alex, apareció por mi casa— dije llorando.

—¿Y?

Le conté todo lo que me había dicho.

—No me lo creo. Como abogado te digo que eso, es mentira, es imposible que en la época que vivimos le hayan hecho una adopción de tipo ilegal, esto me huele mal.

—¿En serio me dices eso?

—Te lo juro por mi vida, ahí hay algo más, que no te ha contado.

—No entiendo nada, te lo juro —no dejaba de llorar mientras me abrazaba.

—Vamos, sígueme con el coche, vamos a casa a comer algo.

—No, quiero estar sola —dije llorando más aún.

—No te voy a dejar sola —me abrió la puerta de mi coche y asentí con la cabeza.

Nos fuimos a su casa, yo apenas podía comer, él estaba triste, pero a la vez muy enfadado, no le cuadraba nada.

Esa tarde estuvimos abrazados, hubo silencio, él estaba con dolor, yo estaba con el alma por los pies, no entendía nada y si Martín me decía que era imposible... ¿A qué estaba jugando conmigo, Alex?

Esa noche lloré como una niña chica, al igual que al día siguiente que lo pasé encerrada en casa, estuve hablando dos horas por teléfono con Martín, pero le pedí, por favor, no vernos ese día. Necesitaba estar sola, ordenar mi cabeza, pues me iba a estallar, haber visto a Alex, había puesto todo mi corazón de nuevo en activo y me estaba matando por dentro. No entendía como todo podía ser de aquella manera y si me estaba engañando, no sabía las intenciones que tenía en hacerlo.

Alba vino esa noche y me dijo que algo raro estaba pasando, le conté lo de Alex y se quedó muerta.

—Alex no es el mismo, se le nota el dolor en su rostro, lo hablamos todas las enfermeras, ella lleva la batuta y él, está como sometido.

—Yo lo noto triste y mal, pero por lo que me dice Martín, no entiendo el por qué me mintió en eso.

—No lo sé, ¿pero tu corazón que te dice?

—Que quiero estar con los dos —dije riendo mientras lloraba a mares y provoqué una sonrisa en ella.

—Bueno, mira una relación a dos bandas no está mal —me sacó la lengua y comenzamos a reírnos.

Se fue tarde y yo me acosté, estaba deseando que amaneciera un nuevo día y poder ver las cosas de otro color, ahora lo veía todo muy negro.

Capítulo 19



Un nuevo día y yo seguía igual de mal, no tenía nada en claro, ahora mismo no sabía si creer, o no a Alex. Recordé sus ojos mientras hablaba y con la prisa que se fue, no dio casi tiempo a nada.

Martín me envió un mensaje...

Martín: No soy nadie para convencerte de algo que dudas, yo no lo creo, pero sé que hay algo en ti que necesita hacerlo y yo no quiero ser el motivo de tus males. Me alejaré un tiempo, necesito que seas tú quién lo veas todo claro. No quiero ser un muñeco en medio de lo que va a pasar, yo quiero ser todo para ti, quiero comenzar contigo algo muy bonito y continuar con aquellas emociones que dejamos en Italia, pero me niego a ser eso que está ahí, mientras lo otro no sucede. Esta noche le di muchas vueltas a la cabeza y lloré como un adolescente de quince años y al que le han arrancado la vida. Te esperaré, no lo dudes. Pero me voy a mantener al margen, por muchas lágrimas que me cueste.

Dios, ahora sí que habían clavado mil puñales en mi corazón, ahora sí que sentía que todo mi mundo se volvía desmoronar, tenía la sensación de haberlo perdido todo. Demasiado había aguantado Martín, pero lo entendía, estaba destrozado, lo podía notar, pero no se merecía estar ahí solo pendiente a lo que yo decidiera.

Esa tarde me fui a pasear, luego paré en casa de Emilia y estuve con ella charlando un rato, echaba mucho de menos a mi madre, como yo, pero era inevitable.

Por la noche me llamó Alba, cuando yo estaba en el sofá a punto de quedarme dormida.

—Este tío es un cínico —dijo Alba, sin un mísero hola, pero ella era así y así, me sacaba las sonrisas.

—Yo no sé ni lo que es, yo lo que sé es que estoy en un punto muerto y no soy capaz de avanzar.

—Lo escuché hablando con el móvil, lo escuché, se reía hablando con alguien y diciéndole que Lisbeth, iba a venir a arrastrarse a sus pies y que ahora iba a jugar él.

—No entiendo nada, te juro que estoy flipando en colores, pero no entiendo nada.

—Él, no esperaba que ella fuera a aparecer tan pronto, pero era su venganza, le está preparando la boda de mentira para dejarla tirada en plan venganza.

—Por lo de la niña...

—No, lo de la niña ella no tiene nada que ver, esta es su propia venganza hacia ella por lo que le hizo un día.

—¿Y por qué me dijo a mí lo de la niña?

—Para que no lo dejaras, para que lo esperases. A ver, esto es su modo de venganza, lo que pasa es que le pilló en medio de una historia contigo y en vez de dar carpetazo y seguir feliz contigo, decidió tomar la revancha hacia ella y dejarte de lado, pensando que tú, lo esperarías o preparando un plan para que lo hicieras. Lo malo, que tú te fuiste a Italia y se le puso el problema doble.

—Yo me voy a cagar en cada hueso de su cuerpo, Alba. Si eso es cierto, me da asco, te juro por mi vida que me da asco, no quiero saber nada de él.

—Yo lo escuché hablar, pero otra compañera escuchó la historia de ella y se ve que es la acertada por lo que yo escuché de Alex. Según ella dice, lo dejó por otro y con el corazón roto, justo cuando iban a adoptar. Al final Alex, adoptó solo, pero luego ella se arrepintió y pidió el traslado aquí para estar a su lado. Eso sí, él vino a la isla para olvidarla.

—Y Martín se apartó...—dije con tristeza— Ahora me doy cuenta de que es a él, a quien quiero...—dije rompiendo a llorar.

—¿Pero él no quiere saber de ti?

—No, no me dijo eso, me dijo que se apartaba porque no quería estar en medio de nada, quiere ser él y solo él, si no, prefiere apartarse a estar sufriendo mientras yo lo hago por otro hombre.

—Ve a buscarlo...

—No, me voy a dormir, mañana pensaré en frío, ahora estoy abrumada.

—Pues descansa, mañana hablamos. Te quiero.

—Yo también te quiero...

Colgué y me eché a dormir, ya había sido demasiado.

Miércoles a las seis de la mañana y yo en planta, dando vueltas. Me preparé el primer café y me eché en el sofá llorando como una gilipollas.

A las siete de la mañana me llegó un mensaje del loco.

Alex: Solo te pido que me esperes.

No, no te voy a esperar, bonito, ahora te vas a reír de tu puta cara, de la mía nunca más.

Yo: Amo a otro, ya es demasiado tarde...

Le mandé eso, lo leyó y lo bloqueé de todos partes, tenía claro que no quería saber más nada de él, estuve aferrada a una esperanza que no tenía ni pies ni cabezas y no quería seguir formando parte de su vida. Estaba envenenado de odio para actuar como lo hacía y yo no quería alguien así en mi vida.

Esa mañana la pasé limpiando el apartamento, a pesar de estar limpio, pero los nervios me dieron por ahí. Por la tarde estuve tomando café con Alba, las informaciones eran cada vez más alarmantes. Tenía claro que había tropezado con el hombre equivocado, que había vivido una historia basada por su parte en la mentira, por la mía, en la triste realidad de haber confiado en él.

El jueves intenté armarme de valor y llamar a Martín, pero no fui capaz, me sentía una imbécil, pero el viernes por la mañana ya no podía más, así que cuando reventé a llorar después de comer, le envié un mensaje.

Yo: Hola, Martín.

Solo eso, quería ver cómo me entraba, no tardó en responder.

Martín: Hola, preciosa. ¿Qué tal estás?

Bueno no estaba mal esa respuesta, cogí aire y le escribí...

Yo: Echándote mucho de menos...

Martín: ¿Como cuánto de menos?

Me sacó una sonrisa esa pregunta.

Yo: A ti como hasta la luna de menos y a tus juegos, como hasta el infinito y más allá.

Quería dar un poco de sentido de humor a ese momento.

Martín: Bueno, pero eso lo podemos arreglar si quieres...

Comencé a llorar emocionada al ver que me lo estaba poniendo fácil, aunque realmente nunca me lo puso difícil.

Yo: Me encantaría, lo estoy deseando.

Martín: Y, ¿hasta dónde estás dispuesta a jugar? Y, ¿hasta cuando estás dispuesta a quedarte?

Joder, no sabía cómo tomarme la pregunta, pero si ahora mismo me pidiera que hiciera las maletas y me fuera a vivir con él, lo hacía con los ojos cerrados, reí al pensarlo.

Yo: En tus juegos, no tengo límites, en tu corazón me quedaría toda la vida si me dejaras.

Martín: Eso suena muy tentador. ¿Puedo proponer algo?

Yo: Claro...

Martín: Prepara una bolsa de viaje para unos días, ponte bien guapa para una cena que tenemos esta noche y que estoy seguro de que te va a satisfacer, te recogeré a las nueve, cenaremos en la calle, tomaremos unas copas y nos iremos unos días a mi casa.

Yo: ¿Me lo estás diciendo en serio?

Martín: Sí, totalmente.

Yo: Ahí estaré, dispuesta a todo, feliz por poder estar a tu lado...

Me puse a llorar, estaba sensible, pero con la mosca detrás de la oreja por lo de esa cena que me iba a satisfacer, conociéndolo me ponía dos bolas chinas en el coche y no me las quitaría hasta después de la cena y esas copas, o cuando llegáramos a su casa. Me daba igual, yo era totalmente feliz con esos juegos, con su presencia, con estar ante él, y tenerlo a mi lado de cualquier manera.

Me metí en la ducha a las ocho de la tarde, había decidido ponerme un vestido rojo de tirantes anchos y ajustado hasta la rodilla, cuando llegó la hora y bajé, me miró sonriendo con ojos de deseos, me abrazó bien fuerte, luego metió mi bolsa en el maletero y nos fuimos a esa cena.

—Estás preciosa —me cogía la mano mientras conducía.

—Perdona por lo que tuviste que aguantarme —dije con tristeza.

—Tranquila, además, volviste rápido, solo te pido que estés segura de haberlo sacado de tu vida.

—Lo estoy, al igual que me di cuenta de que no podía vivir sin ti.

En ese momento me apretó la mano y vi cómo le caían las lágrimas, besé su brazo y lo agarré con ganas.

—Ahora toca jugar...—Arqueó la ceja.

—¿Pero no vamos a una cena? —reí presuponiendo que algo se cocía ahí.

—A una cena muy diferente a lo que estás acostumbrada...—dijo con misterio.

—A ver, explícame, no quiero que me pille de sorpresa, sabes que no pondré resistencia —me reí—, pero quiero estar preparada.

—Es una cena erótica...

—¿Cómo qué, una cena erótica? —observaba la sonrisa que tenía en la cara y me ponía nerviosa —¿Vamos a comer pan en forma de pene?

—No —rí.

—¿Entonces...?

—Eres muy impaciente —no dejaba de sonreír —¿Llevas sujetador?

—No, con este vestido no hace falta, tiene un buen forro —resoplé.

—Quítate las bragas y déjalas en la guantera del coche.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Me las quité e hice lo que me pidió, él carraspeó poniéndome nerviosa.

—Cuéntame algo...

—Es un lugar temático, aquí viene gente muy exclusiva, es como la casa del terror, pero en erotismo, vas pasando a diferentes lugares y van sucediendo cosas. En un lado te tomas una copa, pero hay un tiempo, en otro una ensalada y vas cambiando de sitio en el recorrido, nunca te llegas a encontrar con otras parejas, cuando suena la alarma hay que cambiar de escenario.

—Pero ¿dónde está la gracia.?

—Son un grupo de chicos quien lo lleva, profesionales del erotismo, en cada momento y escenario, ellos tienen el mando de todo, estás sometida a lo que ellos hagan.

—¿Y tú?

—Yo miro...

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Totalmente, querías jugar más, creo que esto podría ser un buen comienzo. Si no quieres, me doy la vuelta a casa —arqueó la ceja antes de entrar a ese chalet, restaurante, tan exclusivo.

—Confío en ti —cogí aire.

Entramos por el túnel que nos indicaron y aparcó el coche, había un ascensor, entramos en él y nos llevó a una planta.

Se abrieron las puertas y había como un policía con unos guantes, al comienzo del túnel.

—Buenas noches —dijo con media sonrisa.

Le dimos las buenas noches. Estaba alucinando, el tipo era guapísimo y escultural.

—Ponte contra la pared con las manos en alto, tengo que cachearte antes de dejaros entrar —dijo muy tranquilo, señalando la pared y Martín me sonrió afirmando. Aquello me parecía una broma.

Oí que se echaba sobre los guantes un gel y con sus piernas me indicó que abriera las mías, cogí aire y note como metía por debajo de mi vestido sus manos, introdujo dos dedos en mi vagina y una vez bien dentro jaló hacia él, yo di un ligero chillido, luego los sacó, los volvió a meter e hizo la misma jugada.

—Bien por ahí. Ahora, veamos por aquí —sentí como uno de sus dedos entraba despacio por mi culo, me contraje y me hizo un gesto con su mano para que me relajara—. Perfecto, podéis pasar a la sala uno.

Entramos a esa sala y contuve la respiración al ver aquello, era como una pequeña taberna, toda de madera. Un camarero que parecía sacado de una película nos recibió.

Nos hizo pasar a la barra que había de madera, con dos butacas altas y nos indicó que nos sentáramos.

Nos puso dos copas de vino, pero antes nos hizo tomar un chupito, que me vino genial, nunca mejor dicho.

Entró el de seguridad a la taberna y se acercó a nosotros.

—Necesito que la señorita me entregue su vestido y zapatos, en la última sala, se lo devolveremos.

Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo, me levanté el vestido y se lo di, quedando desnuda ante los tres, luego le entregué mis tacones, me quedé como Dios me había traído al mundo, se marchó con mis cosas.

Miré a Martín que sonreía, se veía que estaba disfrutando con aquello, le puse los ojos en blanco.

Me volví a sentar en la banqueta y el camarero puso entre nuestras copas unos dados de colores como de gel, salió de la barra y se puso detrás de mí, abriendo mis piernas hacia Martín, que no me perdía de vista. Cuando me dejó en la postura que él quiso, cogió uno de esos dados y lo puso en mi vagina y me lo introdujo, luego me hizo sacar un poco el culo y tal como estaba sentada lo metió dentro, resoplé por la sensación que sentía.

—Ahora tengo que explotarlos, sí quieres te puedes tirar sobre la barra y te lo hago más fácil.

Yo miré a Martín mientras cogía aire, me hizo un gesto de que me subiera a la barra y pusieron las copas sobre mi butaca.

Me tumbé boca arriba y encogí mis rodillas, el camarero me las abrió hasta el filo de cada lado.

—La de delante es más fácil —metió dos de sus dedos en mi vagina y con la otra mano presionaba mi bajo vientre, noté como lo partía y sacaba sus dedos, aquel líquido causaba mucha calor en mi interior —Ahora relájate —dijo ajustando sus dedos a mi ano, cerré los ojos y apreté la barra, pero fue rápido y me tenía aguantado con el otro brazo y su peso, pudo hacerlo bien, casi no me dio tiempo a chillar cuando ya estaba roto.

El camarero me ofreció un cigarro y lo cogí encantada, me volví a mi sitio y me senté, tenía ese líquido chorreando por mis piernas.

Martín me miraba emocionado, sonreía al ver cómo me dejaba llevar sin poner impedimentos. Me encantaba sentir que lo hacía feliz entrando en ese juego.

Terminamos la copa y sonó la alarma, salimos por otra puerta a otro pasillo y ahí estaba de nuevo esa seguridad. Me indicó que me pusiera sobre una placa de ducha.

Le puso como un preservativo con muchos agujeros al grifo largo de la placa y me dijo que abriera las piernas.

Puso eso a la entrada de mi vagina y comenzó a entrarme agua a presión, como a lavarme, estaba tibia y me causaba una sensación extraña con ese gel que iba limpiándose y saliendo.

—Date la vuelta —dijo quitando eso de mis partes—. Agárrate a esa barra y agáchate a su altura, separa las piernas.

Lo hice y noté que me abrió los cachetes del culo, puso eso ahí y comenzó a disparar agua.

Terminó y nos indicó que entráramos a la sala dos.

Al entrar el corazón me dio un vuelco, nos recibió un chico con dos copas de vino, a mí me indicó que me echara sobre una camilla que había ligeramente inclinada, estaba en alto, un poco más que la de un dentista.

Él iba con una bata blanca, en plan médico, le señalo a Martín que se sentara en una silla con una mesa en una esquina en plan despacho de médico, había hasta revistas eróticas por lo que pude ver.

Mi copa la puse sobre la mesa en alto que había a un lado, en el otro había una especie de mesa con cajones, de esas de ruedas, yo le había dado tal trago a la copa que casi la vacié.

—¿Relajada? —preguntó el chico tocando mi barriga.

—Bueno...—volví a coger la copa y me la bebí.

—A ver...—dijo apartando mis piernas y enganchándolas con unos pequeños cinturones por los muslos para que no las cerrara. Metió un pequeño pegote de gel en la zona de mi clítoris y lo dejó ahí, luego puso otros dos pegotes en cada uno de mis pezones—. Esto te va a doler un poco, pero es soportable —dijo con una especie de pinzas que puso sobre mis pezones.

Chillé de dolor, no lo aguantaba, echó un spray congelado alrededor y me alivió bastante.

—¿Quieres otra copa de vino?

—Sí, por favor —dije mientras seguía resoplando ante la mirada ardiente de Martín.

Me llenó la copa y me la bebí, me giré como pude ya que tenía mis mulos atados a esa camilla.

Volví a ponerme en posición cómoda y me echó la camilla hacia atrás, dejando mi cuerpo recto, con las piernas ligeramente dobladas.

—¿Quieres que te tape los ojos? —preguntó poniéndome más nerviosa.

—Sí —la verdad es que prefería estar a ciegas, estaba más cómoda.

Me puso una especie de pañuelo alrededor de los ojos, e intenté relajarme.

Me apretó un poco más lo del pecho y grité de dolor, pero volvió a echarme ese spray y algo me calmaba.

Me metió algo por detrás, poco a poco, tenía como pinchos de silicona, me causaban un placer raro, como si me arañara y lo giraba en mi interior.

Luego me metió por la vagina una especie de globo, pero más duro y comenzó con su mano a apretar algo que le daba aire y se hinchaba en mi interior, no dejaba de moverse solo lo de mi culo, me estaba volviendo loca con esas dos sensaciones tan extrañas. Con dos de sus dedos se fue a mi clítoris, nunca había tenido esa sensación, tiró como un fuerte pellizco y como si fuera una pinza, comenzó a mover duro y fuerte, apretando sobre todo con fuerzas, lo de atrás que no se paraba y lo de delante hinchado, comencé a chillar. Aquello me estaba matando de placer, ese tacto del ano me hacía explotar, el apretaba cada vez más mi clítoris hasta que me corrí y me quedé lasa tirada allí.

Vació lo de delante y lo sacó, luego me quitó lo de detrás, además de sacar esas pinzas. Antes de quitarme el pañuelo, me metió sus dedos por mis partes, con un gel calmante, notaba el alivio, también notaba que, por detrás, cada vez lo aguantaba mejor todo.

Me quitó lo de los ojos y me puso una copa de vino en la mano, me la volví a beber de un sorbo. Martín me miraba con su media sonrisa.

La alarma sonó y salimos por otra puerta hacia otro pasillo, otra vez el de seguridad, esta vez me lo tomé a pitorreo.

—¿Ahora qué me vas a hacer? —pregunté con descaro y Martín, arqueó la ceja.

—Colocarte esto —sacó unas bolas chinas y me señaló una silla para que me apoyara.

Metió la bola entre mis piernas, pero no entraba en mi vagina, además él, no quería obligar mucho.

—¿Se puede sentar y que se siente de espaldas a ti y le levantas las caderas? —preguntó ese chico sin cortarse un pelo y Martín, se sentó y yo sobre él.

Levantó mis piernas y las abrió lo suficiente como para dejarme bien abierta ante él.

La metió a presión, yo solté aire como si fuera una bala, luego me puso la otra colocada y me ayudó a levantarme.

—Dios como me pesa —dije intentando ponerme derecha.

Entrad en la puerta tres —dijo poniendo gesto de aguantar la risa, se le veía muy simpático.

Ay Dios, cuando entré allí, había una chica camarera, vestida con una bata negra y un delantal blanco, era muy mona, espectacular, pero eso no me lo esperaba.

Nos hizo sentarnos en una mesa que había rectangular que daba a un jardín bien iluminado, nos pusieron una copa de vino, una ensalada y un pescado fresco que estaba buenísimo, nos dejó un rato a solas para cenar.

—Martín, dime que ella no...

—No tienes que hacer nada, solo déjate llevar —dijo mientras comía y sonreía.

—Me da cosa...—Fruncí el entrecejo.

—Solo te tienes que relajar.

—¿Y qué más les falta por meterme?

—No te hagas preguntas, disfruta y déjate llevar.

—Pero una cosa, yo te echo también de menos a ti —dije riendo.

—Cuando salgamos de aquí me tendrás a mí y espero que para siempre —dijo en tono convincente y lo apreté contra mí.

Terminamos de cenar y nos retiraron la mesa, ni postre ni nada, esa chica me indico que me subiera a ella y me relajara, que pusiera mis piernas en el borde junto a mis caderas.

Me echó nata desde el cuello hasta mis partes, dejando un pegote en mis orificios vaginales.

Comenzó a lamerme el pecho, a comer toda la nata que recorría mi cuerpo, luego se puso frente a mis partes. Comenzó a lamerme, a jugar con su lengua, a echar más nata en mi interior y succionarla, me agarré a ambos lados de la mesa y grité de placer, esa hija de puta comía como los ángeles y encima jugaba con su lengua en mi clítoris, además de aguantar mis muslos para que no los cerrara. Su boca era todo un potencial en mi vagina, chillé al estallar de placer y me metió dos dedos y jaló hacia ella, haciendo que me viniera más abajo aún.

Se retiró y me quedé traspuesta, mirando a Martín que lo hacía con ojos de estar disfrutando y mucho, al igual que yo.

—No sé qué me espera ahora —dije levantándome agotada.

Sonó la alarma y volvimos a salir al pasillo donde estaba el de seguridad. Esta vez me mandó directa a la ducha que había ahí en un rincón, se llenó las manos de gel y me puso debajo de aquel grifo mientras enjabonaba mi cuerpo, e introducía sus dedos en mi interior.

Me dio un albornoz y nos indicó que entráramos a la sala cuatro y última.

Aquello era una habitación negra, con una cama gigante en medio, un sofá donde se sentó Martín y donde había dos copas recién servidas, esta vez nada de vino, eran dos Gin-Tónicos.

—¿Estás disfrutando? —preguntó dándome un beso en la mejilla.

—Sí, pero te echo de menos en mi cuerpo.

—A mí, me tendrás todos los días...

En ese momento entró el chico de la primera y otro que no había visto, sonriendo, yo les devolví la sonrisa, pero me salió irónica y les hice reír más fuerte.

—¿Preparada? —preguntó aquel desconocido.

—No lo sé —di un trago grande a la bebida.

—Primero te voy a dar un masaje relajante, así que no te podrás quejar —señaló mi albornoz, para que me lo quitara.

—No si yo no me quejo, pero me dais un poquito de miedo —reí.

—No creo que nadie se haya portado mal contigo, ¿verdad? —arqueó la ceja y me recordó a Martín, que estaba ahí sonriendo.

—La verdad es que no —me tumbé en la cama que me estaba señalando.

El primer chico me colocó bien, me puso las piernas abiertas y un poco apoyadas para dejar en arco mis rodillas, esta vez no me pusieron las caderas al borde, aunque estaba cerca de él.

Metió sus dedos en mi vagina, me apretaba el bajo vientre con los dedos, como queriendo llegar a palpar los que estaban en mi interior. Luego le dio una buena paliza al fondo, abría los dedos y llevaba al límite mi zona baja, pero sabía cómo hacerlo, eso se notaba. Se me empezó a escapar algún gemido.

—Muy bien, muy muy bien, ahora veamos atrás, pero aguántame bien, verás que bien te lo dejo para la siguiente parte.

Solté una carcajada antes de que metiera sus dedos, él también se echó a reír.

—Me estás asustando con lo de después —reí.

—Para nada, solo quiero dejarte suave —sonrió y me indicó que me volviera a echar como estaba antes, ya que me había levantado de la risa.

Sus dedos entraron atrás, con gel, por supuesto, entraron sin prisas, pero sin pausa, los llevó donde quería, yo me doblé y el otro chico me hizo que me relajara, me aguantó los hombros.

—Mira que bien estás ya —dijo pasado un momento cuando ya me relajé más—. Te voy a estimular un poco más y ya te dejo —sus dedos no dejaban de moverse, volvía a meterme con la otra mano sus dedos en mi vagina y a jugar de forma sincronizada.

Los sacó y se quitó los guantes, se echó en sus manos directamente gel y comenzó a apretar mis pezones, cada vez más, el otro me aguantaba los hombros para que no me moviera.

—Ya, casi estás, aguanta un poco más —apretó con más fuerzas y chillé con todas mis ganas.

Sonrió y se fue, se quedó ahí el primer chico y entró el de seguridad, cambiado de ropa, me eché a reír.

—Dos conmigo no, ¿eh? —dije en tono advertencia.

—Tranquila —sonrió uno, poniendo su mano en la barriga y luego me dio la mano.

En la ventana había un agarrador, me llevó hasta él y me pidió que me sujetara con mi cuerpo hacia delante mirando por la ventana y apoyada.

—¿Cómoda? —preguntó el que estuvo de seguridad.

—Bueno...—reí.

Escuché como se desabrochaba el pantalón, hasta como se ponía un preservativo, sabía que me lo iba a hacer.

—Relaja, relaja, relaja —su pene entró en mi culo y yo pensaba que iba a estallar.

El otro chico se sentó en una banqueta baja en la pared de la ventana, ante mis pies abiertos, comenzó a meter un aparato en mi vagina y lo puso en movimiento.

Yo chillaba, creía que me moría y él sujetando mis caderas comenzó a lamer mi clítoris mientras el otro me azotaba lentamente por detrás.

—¡No puedoo! —grité, pero no me hicieron caso.

Se comenzó a mover más y el otro pasó de su lengua a tocarme con sus dedos con fuerza y llegué a un orgasmo que me hizo desfallecer, el seguridad también había llegado y se apartó, me quedé ahí doblada y se fueron los dos.

Una mano en la espalda hizo girarme, era la chica, sonreí.

—Acompáñame, por favor.

Miré a Martín, que seguía sentado, sonriendo y tomando una copa. Me guiñó un ojo, entré en una especie de trastero, había una camilla y al lado un perchero de pie donde estaba mi vestido y mis zapatos sobre el suelo.

—Échate ahí, ya no te espera nada fuerte —dijo sonriendo y yo me tumbé en la camilla —¿Dónde te notas más irritación?

—En los pechos y en el culo —reí.

—Vale, te echaré un calmante más fuerte en esos sitios. Tranquila que lo haré por atrás con un tubito blando y apenas lo notarás —dijo echándome primero un poco de gel con cuidado en los pezones y haciendo masajes —¿Te gustó el lugar?

—Me gustó —reí—, pero estoy agotada, no sé, fue todo muy sorprendente, desconocía que

existieran estos sitios.

—Bueno, a ti te reservó tu chico la parte light, tenemos temáticas que son demasiados severas, solo para gente muy valiente —terminó con los masajes.

—¿Más fuerte? —pregunté notando sus dedos entrar en mi vagina y masajear para aliviarme.

—Sí, mucho más, sexo con doble penetración, objetos que causan dolor de verdad y te someten todo el tiempo, según lo que el cliente pida y necesite.

—¡Buah!, no sé yo si aguantaría eso —reí intentando no moverme, la verdad es que esos dedos me aliviaban masajeando mi interior.

Sacó los dedos y metió un tubito por mi agujero y comenzó a echar gel calmante dentro.

—Si aguantas un poco más, te lo extiendo con el dedo, intentaré no hacerte daño.

—Vale —me mordí el labio cuando noté que entraba.

Me acarició por mi interior trasero de una forma que me estaba hasta excitando, me reí al notar eso y soltar aire.

—Lo ves, es placentero...

—Sí —sonreí soltando el aire.

—¿Sigo? —dijo causándome más placer.

—Vale —dije relajándome y cerrando los ojos.

—¿Te toco un poco? —preguntó refiriéndose a mi clítoris, marcándolo con su otra mano mientras seguía dando giros atrás que me volvían loca.

—Como quieras... —reí sin fuerzas.

Comenzó a tocarme a la vez que su otro dedo jugaba en mi interior, me encantaba como lo hacía, se notaba que conocía bien el cuerpo de una mujer, pues era una, así que fui excitándome mientras ella tomaba el control de todo y grité flojo de placer, doblándome un poco y ella sacó el dedo de mi interior con cuidado.

Comenzó a echarme un gel por el cuerpo a modo masaje para que me relajara, me encantaba con el tacto que acariciaba mi pecho, mi cuerpo. Me gustaban las manos de esa chica, la forma de tocar mi cuerpo, mi entrepierna, mis partes. Tenía algo que me hacía disfrutar mucho de ello.

—Listo, puedes vestirte —me dio el traje y me ayudó a ponerlo, me subí a los tacones y me miré al espejo—. Estás muy guapa —sonrió y le di un beso en la mejilla.

—Gracias —sonreí y me fui con ella donde estaba Martín, que se levantó feliz al verme.

—Espero veros de nuevo por aquí y que hagáis algo más arriesgado —dijo la chica mientras nos señalaba la puerta por donde salir.

—Si ella quiere, repetimos de nuevo —dijo Martín sonriendo, al salir dimos al pasillo que estaba el ascensor y de nuevo el seguridad.

Me reí al verlo, él se acercó a mí con esa sonrisa.

—¿Bien?

—Sí —resoplé riendo por lo vivido.

—Espero volverles a ver por aquí.

—No lo dudes... —solté una carcajada y entré al ascensor que nos llevó al coche directamente.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó con aire seductor, mientras arrancaba el coche.

—¿Te digo la verdad?

—Siempre...

—He disfrutado al igual que lo hago contigo, mucho más, pero no sé, me quedé con la sensación de haber podido llegar a más, a esas cosas que hablan de otros menús.

—Volvemos otro día y lo pruebas...

—No estoy diciendo eso —reí poniendo los ojos en blanco.

—Yo soy una persona que cuando amo, lo hago de verdad, puedo hacer el amor con esa persona, pero si está abierta a los juegos, pues me gusta que haya de todo. En los juegos, me encanta mirar, actuar, someter, no te voy a engañar. Puedo vivir sin ello, haciéndolo tranquilamente contigo toda la vida, pero si tú estás cómoda con estas cosas, me encantaría hacerte probar muchas más.

—Haz lo que quieras, quiero jugar, quiero hacer todo eso que conoces, o que te apetece, solo te amo a ti. En el sexo, si es a tu lado, lo permito todo.

—Si quieres mañana nos tomamos el día probando otras cosas, tengo un amigo que es un crack de los juegos, podría invitarlo mañana a comer.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Claro, ya el domingo descansamos y la semana... Tengo una sorpresa para ti —sonrió.

—¿Esta semana?

—Sí, por eso te hice traer suficiente ropa.

—No quiero saber nada, sorpréndeme con todo.

Llegamos a su casa y nos acostamos abrazados, no sé qué pasó, ni en qué momento me quedé dormida, antes me había tomado una pastilla porque me dolía un poco la cabeza.

Por la mañana me desperté y no estaba en la habitación, ni en la cocina, salí al jardín y ahí estaba hablando por teléfono, sobre la mesa un gran desayuno y zumos, además de una cafetera recién hecha. Lo miré, le di un beso y me senté.

—Vale, en un rato nos vemos, tú te encargas de todo —colgó.

—¿Es el amigo del que me hablaste?

—Sí, va a ir a comprar marisco, unos juguetes, vendrá a comer y tomar unas copas con nosotros —se levantó me hizo levantar y me dio un abrazo.

—Luego de lo de hoy quiero descansar un poco —advertí—. Quiero disfrutar solo de ti.

—No te quedará otra, te tengo algo preparado y tendrás que aburrirte de mí —rio.

Desayunamos, luego me duché, me puse como él me había dicho, la parte de abajo del bikini blanca y una camiseta del mismo color de tirantes por la cadera como a él le gustaba.

Me sequé el pelo, me eché un poco de crema hidratante en el cuerpo y llamé a Alba, me puso al día por encima. Alex y la otra, estaban de lo más felices, a él no se le veía ahora amargado, era un bipolar y yo ya no me pensaba despeinar ni amargar por él. Ya no era nada, ni bonitos los recuerdo que tenía de ese hombre.

Quedé en hablar con ella estos días y me despedí, pero con una sonrisa de saber que ya no me afectaba nada de lo que tuviera que ver con Alex.

Salí a buscar a Martín, tenía el jardín precioso preparado, lo vi a lo lejos tomando un vino, hablando por teléfono y supe que ahí comenzaba otro emocionante día.

Capítulo 20



Me senté a observar como hablaba por teléfono, la verdad es que era precioso mi Martín, ahora sí que tenía claro que a quién quería y se merecía estar a mi lado era él, no él otro, del que lo único que me quedaba en el corazón, era su hija Lola.

Llamaron al timbre y Martín abrió, por mis muelas que lo primero que vi a lo lejos fue a Chris Hemsworth, era increíble el parecido que tenía. Ya me veía con ese dándome el lote, evité reírme, permanecí sentada con las piernas cruzadas, en pose sexy y con mi copa de vino en la mano.

Vinieron y me levanté a saludarlo a la vez que Martín nos presentaba, tenía una sonrisa encantadora, transmitía muy buen rollo, se llamaba Hugo.

Nos sentamos en la mesa a charlar, además se estaba de vicio, unos sillones con cojines cómodos y amplios, puso unos entrantes para picotear y tomar el vino.

—Así que este energúmeno te engañó en Italia —dijo Hugo, refiriéndose a Martín.

—Me engañó como a una condenada —reí.

—La verdad es que tuve mucha suerte —dijo Martín sonriendo y levantando la copa.

—Demasiada y encima que le guste jugar —respondió Hugo, negando con la cabeza—. El sueño de todo hombre, guapa y de mente abierta.

—Hombre que tampoco soy La Puerta de Alcalá —soltamos una carcajada.

—Nadie dijo eso —dijo Martín, poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé, bromeaba.

—La gente es que tiene mucho prejuicio con estos temas. Si todos le diesen la naturalidad que tiene, disfrutarían más —dijo Hugo.

—En eso tienes razón, pero vamos, sí a mí hace dos meses me hubieran dicho esto, no me lo hubiera creído. Siempre imaginé estas cosas y me picaba la curiosidad, pero te digo que es un tema que a mucha gente le provoca asco.

—A muchísima —dijo Martín, poniendo su mano en mi muslo y acariciándome con cariño.

—A mí me encanta ver el sexo como algo natural. Disfrutar, tocar, provocar, jugar, follar, introducir, me pasaría toda la vida así —dijo Hugo en tono simpático y provocando unas risas.

—Ayer ella descubrió el restaurante del erotismo y la verdad que se portó genial, aguantó como una campeona.

—Tampoco fue para tanto...—reí nerviosa.

—Quise ser light —me hizo un guiño.

—Pues la próxima me coges un bono para que me den bien duro —saqué la lengua.

—A mí, sin embargo, me gusta mucho el roce, estimular por el roce —dijo Hugo y Martín, asentía.

—Bueno el roce también pone a tono —dije sin dudarlo.

—Él se refiere al roce buscado.

—No te entiendo...

—Levántate —hizo un gesto Martín, para que me pusiera de pie —ponte de espaldas a Hugo —este se echó un poco para atrás para facilitarme.

Agarró mis caderas, quitó las bragas y me abrió los labios con sus manos y me sentó justamente sobre su pene, por encima del bañador fino que llevaba, noté su miembro en mis partes, solté el aire, el contacto me había puesto un poco a tono.

Agarré mi copa y le di un trago.

—Mueve las caderas un poco, Estela —dijo Martín y lo hice mientras a Hugo, se le ponía aquello duro y lo notaba cada vez más.

Me movía un poco y me reía por la cara de Martín, a la vez que soltaba el aire y Hugo me agarraba haciendo movimientos suaves.

—Busca tu placer —dijo apresando mis caderas y me moví un poco más bruta, rozando mi clítoris con eso.

Me comencé a excitar mucho, a moverme como una loca, el metió sus manos por debajo de la camiseta y comenzó a jugar con mi pecho, los amasaba y me pellizcaba sin llegar al dolor, comencé a moverme más rápido aun y conseguí correrme como una campeona, solo con el roce de su miembro.

Me dejé caer un poco hacia atrás y acarició mi barriga, a modo relajante, mi respiración era muy agitada, me incorporé y miré a Martín.

—A mí, también me gusta esto del roce, que conste...—dije con chulería.

—Hay millones de formas de jugar —me hizo un guiño Martín.

—Lo sé, tampoco soy tonta —dije poniendo ojos.

—Bueno, pero hay muchas cosas que no hiciste, son a las que me refiero que se puede tener sexo de manera diferente.

—Martín, no me rayes —me acomodé en mi sillón y cogí la copa —aquí estoy dispuesta a hacer lo que sea, como ves, no tengo filtros y me muestro tal cuál y sinceramente, estoy disfrutando. Obvio que no aguantaré muchos días así, que necesito descanso también —reí—, pero aquí estoy dispuesta a que me enseñéis lo que queráis.

—Hoy te vas a correr muchas veces —dijo Martín, con mirada provocadora riendo y haciendo reír a Hugo, que era de lo más simpático y educado, con ese punto morboso que todos llevaban encima. Desde luego era verdad eso de, “Dios los cría y ellos se juntan”.

Me encantaba ese vino, era espumoso, fresco, con sabor afrutado, me tomé la copa y enseguida me eché otra.

Estábamos charlando distendidamente, hablando de cosas del viaje. Hugo era muy buscón, le gustaba provocar a Martín con sus ocurrencias y volverlo loco, preguntándole lo mismo de mil formas.

La verdad es que llevábamos dos horas allí y quitando el momento roce en el que llegué al orgasmo, la cosa estaba tranquila y así estuvo hasta la comida, que pusimos la mesa con ensaladas de pasta y marisco y comimos animadamente. Hugo me hacía reír una barbaridad, parecía que lo conocía de toda la vida, aún no me había devuelto la braga, pero ya me había acostumbrado a estar sin ellas, además, estaba perfectamente depilada, ni un bello en mi piel, me había hecho el

tratamiento definitivo y estaba loca de contenta.

Cuando terminamos de comer nos fuimos a las hamacas que había en la piscina, primero nos dimos un baño, pero sin igualdad de condiciones, los dos con los bañadores y yo desnuda, ante la mirada de deseo de esos cuatro ojos.

Me puse en la hamaca del centro, a tomar el sol, el día estaba de lujo, Martín entró a poner unos cubatas.

—Cuídamela —dijo al entrar, yo estaba boca abajo apoyada sobre mis manos y la cara hacia un lado.

—Eso está hecho —se levantó y se sentó a mi lado —¿Me dejas darte un masaje? —preguntó enseñándome un gel de coco.

—Claro, por favor...— dije sonriendo.

Me echó a lo largo del cuerpo desde arriba, hasta los tobillos, como por medio de mi culo, estaba frío y con el calor que hacía venía de lujo.

Sus manos comenzaron a masajear mis hombros, mi espalda, mis caderas, mi culo, mi entrepierna, piernas, todo. Me encantaba ese masaje, era de lo más relajante y como no, me estaba poniendo a mil, siempre metía sus manos entre mis piernas me acariciaba del clítoris al culo, pero no me metía ni un dedo, luego continuaba con mis glúteos y volvía a mi espalda. Yo me estaba poniendo de lo más excitada, deseaba que me metieran algo, un dedo, dos, lo que fuera, pero que metieran algo.

Llegó Martín y puso las copas sobre la mesa, se sentó mirando hacia a mí, que estaba de lo más a gusto.

—¿Te das la vuelta y te lo hago por delante? —preguntó Hugo.

Me giré media zombi, pues estaba de lo más relajada, increíblemente relajada a la vez de excitada, me tendí boca arriba y arqueó mis piernas flexionándolas ligeramente.

Volvió a echar el gel, me lo entendió de igual manera, por los hombros, pechos, jugando con ellos con mimo, bajando por mi bajo vientre y masajeando entre mis piernas. Ya estaba a mil, resoplaba cada vez que notaba las manos entre mis partes, deseaba que entrara ya en mi interior, pero él no tenía prisa. Disfrutaba con esos movimientos, sabiendo que me estaba poniendo a mil, y sabiendo que estaba deseando que me hiciera algo, lo que fuera, pero que empezara ya.

Se sentó en el filo de su hamaca y me dijo que me levantara, me sentó de espalda igual que la vez anterior, me abrió y me sentó sobre él mirando a Martín.

—Busca el placer —ordenó dando una palmada en mi cadera.

Comencé a moverme como loca, poniendo mi clítoris sobre ese bulto inflamado que me estaba haciendo gritar de placer, me froté con todas mis fuerzas, rápido, hasta que volví a caer en un orgasmo que pensé que no podría recuperarme de él.

Hugo me sujetaba en sus brazos, yo estaba temblando, me ayudó a levantarme y me tumbó en la hamaca boca abajo, con los pies fuera y me levantó las caderas. Sabía que me iba a follar, lo que no sabía es que Martín se quitó el pantalón y se tumbó boca arriba dejándome su miembro a la altura de mi boca.

Hugo me envistió por la vagina, dándome palmetazos fuertes en mis caderas, otras veces me las apretaba con fuerzas y comencé a comerle a Martín su miembro, con fuerza, estaba desesperada, necesitaba todo y los dos se corrieron a la vez.

Una fuerte palmada recayó sobre mis glúteos y me hizo chillar, pero me gustó, ese dolor final me había gustado.

Me tiré en la camilla y los dos fueron a ducharse al lado de la piscina, volvieron a ponerse el

bañador y se sentaron a tomar una copa frente a mí.

—Me encantaría verla en el restaurante erótico —dijo Hugo.

—Pues si ella quiere, podemos ir esta noche de espectadores —hizo el gesto de soltarlo sin importancia.

—Yo os mato, si me prometes que a partir de mañana voy a tener una vida más light, yo como dije, me dejo llevar en todo.

—Yo pago, pero vamos —dijo Hugo, muerto de risa.

—Llama, a ver si hay para esta noche y le dices que el nivel medio, el bajo ya lo probó.

—Por mi dadle al duro, creo que aguanto.

—¡No! Gritaron los dos muertos de risa.

Hugo no se lo pensó dos veces y llamó, dijeron que había un hueco a las ocho, Martín dijo que sí, nos duchamos y preparamos. Hugo se puso ropa que le dejó Martín, yo me puse un traje negro suelto, sin braga, por supuesto, solo pensaba en mí madre, que no me estuviera viendo.

Llegamos allí y nos dijeron otra zona, así que metimos el coche, también había un ascensor, subimos y puse las manos a modo rezo, los dos lloraban de la risa.

Se abrieron las puertas y nos recibió un chico con una bata, en plan enfermero, me quedé muerta, me entró un ataque de risa que fue contagiosa para todos, hasta para el que estaba haciendo el papel de doctor.

Una camilla de ginecólogo a un lado me recordó al energúmeno y lo peor es que me di cuenta de que había una tele al lado y el palo que usan para hacer las eco vaginales.

—Quítate el vestido por favor, los zapatos y subes ahí, pones un pie a cada lado.

Metió el vestido y los zapatos en una caja, los chicos miraban sentados en unas sillas a un lado del pasillo.

Le puso al palo un preservativo, encendió la pantalla y le echó al palo un gel, me lo puso en la entrada y lo metió hacia dentro.

Se veía mi vagina en la pantalla, me entró un ataque de risa con eso metido ahí en plan ginecólogo total.

Lo movía con cuidado, pero apretando toda mi zona, luego lo sacó.

—Voy a ponerte un dilatador, es un poco incomodo, quiero sacarte un poco de flujo —ahí ya me partí a la vez que me puse nerviosa, pero no podía parar de reír con aquella situación.

Me puso el dilatador, me noté la molestia y sentí como se abría, se me pasó la risa, luego metió un bastoncillo, lo paso por todo mi interior y lo sacó, quitó el dilatador y me echó el gel en los pechos y comenzó a apretar para hacer una eco ficticia, yo aquello estaba flipando, si me lo cuentan no me lo creo.

Me levanté y nos dijeron que pasáramos a la sala uno, una taberna como el día anterior pero esta vez con un lado como los de la orca donde metes las manos, pero sin lo de la cabeza, apoyándote amarrada sobre un lado de la barra.

Un chico nos puso una copa de vino, cuando me la bebí salió de la barra y me puso en aquel sitio echada sobre ella, agarró mis manos y me las ató, me puso en la boca una mordaza para que la mordiera, yo me quedé flipando. Miré a Martín, que me dijo con un gesto que me relajara y Hugo me guiñó.

Me metió un vibrador con por el culo, me tenía las piernas separadas por una madera, comencé a chillar a pesar de tener eso en la boca, me metía ese aparato con un poco más de severidad que lo habían hecho hasta ahora. Chillaba con aquello dentro de mí, me tuvo como unos cinco minutos así, cada vez lo aguantaba más, pero estaba más excitada y creí que me estaba

volviendo loca.

Cuando lo sacó, me soltó y enseguida sonó la alarma, salí al pasillo y ahí estaba el doctor de nuevo. Me hizo tumbarme sobre una camilla con los pies en el suelo y me metió un gel para calmar un poco el escozor.

Nos hizo pasar a la puerta dos.

Una sala a un lado con unos taburetes y las copas de vino, me fui a tomar la mía de un trago, salió otro chico con una bata y sin nada debajo, se notaba. Sobre el techo caía una cuerda con dos partes, para poner las manos y eso hizo, ponerme en medio de la habitación. Me temía lo peor ahí estirada, el chico se puso detrás de mí, abrió mis glúteos con sus manos y colocó su miembro, me agarró por la cintura y comenzó a meterla mientras yo volvía a chillar de dolor y de placer, de todo. Costaba la vida entrar, pero, poco a poco, lo consiguió. Me lo hizo desmesuradamente, apretaba mis pechos con fuerza, aquello me estaba dejando loca, no comprendía como podía aguantar eso, pero lo hice. No me corrí, pero me desgasté por completo, me la sacó y sonó la alarma, yo iba temblando al pasillo y los chicos me guiñaban un ojo.

En el pasillo ese doctor que me hizo tumbar boca abajo en la camilla, me metió un dedo con gel y comenzó a relajarme la zona, así varias veces.

Pasamos a la tres y había una chica, muy del mismo estilo del día anterior y un chico apoyado sobre el respaldo de un sofá. Me dijo que me acercara a él y me abrió de piernas, puso su pene en mi entrada y me penetró, la chica me metía por detrás, uno de sus dedos con gel, yo de esa pensaba que me desmayaba. Ella tenía tacto, buscaba mi placer, cuando el chico se corrió ella sacó el dedo y me dijo que ahora me vería en la última sala, esa vez ni comida siquiera, todo más rápido y severo.

Salimos al pasillo y me volvió a tirar en la camilla, me puso gel en ambos lados y luego puso como un cubo redondo plano debajo de mi culo, mis piernas abiertas y una especie de manguera comenzó a limpiar mis partes, sobre todo por detrás, metía la manguera un poco hacia adentro.

Yo estaba rendida, dolorida, deseando terminar, ese día había sido mortal. Pasamos a la cuatro y ahí vi al chico de la primera sala, al de la segunda y a la chica de la tercera, el chico de esta anterior no estaba.

Me persigne causando una risa en todos, la chica me agarró la mano de manera cariñosa y me llevó hasta donde estaban los chicos, uno sentado en el sofá desnudo, que me hizo sentarme encima de él, de espaldas, sin penetrarme, pero notaba su bulto en la entrada de mi culo.

Me abrió las piernas y la chica se puso en medio a comer mis partes, a tocarlas, meter mis dedos. El chico pasó su mano por debajo colocó su pene en mi entrada y empezó a penetrarme, me quise soltar del dolor, pero con sus manos me agarró. Ya la tenía dentro y esa chica lamiendo mis partes y tocando mi clítoris, me corrí rápido, a chillidos. Quería salir de ahí, pero para más inri, el otro chico se puso de rodillas y me penetró por la vagina, estaba con el pene del otro en mi culo e iba a reventar. Menos mal que este no se movía, solo el otro que pellizcaba mis pezones y me penetraba con fuerza mientras el otro, me aguantaba. Cuando se corrió, noté un alivio increíble al sacármela, el otro me levantó y me puso inclinada de espalda al sofá y me penetró, en medio la chica se metió con un vibrador y mientras me follaban por atrás, ella me lo metía sin control, causándome una sensación de caer desfallecida. Cuando terminaron me tuve que tumbar ahí, el doctor del pasillo entró y comenzó a ponerme gel por mi interior y en mis pezones, un rato hasta que fui recuperando las fuerzas.

La chica me acompañó a vestirme, otra sala como la del día anterior, me dijo de nuevo que me tumbara antes de vestirme.

—Te voy a calmar un poco más —dijo poniendo gel en las manos y juntándomelo en el pecho y luego en mis partes.

—Hoy me habéis reventado —dije sin fuerzas, notando sus dedos en mi interior.

—Cierra los ojos, no hay prisa, intenta coger fuerzas, como verás esto no duele.

Y la verdad que no dolía, al final me relajé y mucho, me dijo si me podía tocar por el clítoris, quería que me fuera relajada y disfrutando sin presión, le dije que sí. Abrí las piernas un poco más y comenzó a tocarlo con cuidado, con suavidad, subiendo la intensidad, poco a poco, hasta que me corrí.

—Gracias —dije sin respiración.

—Tranquila —me ayudó a incorporarme y me colocó el vestido.

Me puse los tacones y salí, luego volvimos al pasillo, el médico me preguntó si necesitaba algo y le dije que no, él se metía en el papel como si lo fuera.

Entramos al ascensor y los chicos bromearon abrazándome y diciendo que era la mejor. Tenía una poca vergüenza increíble, pero me encantaban.

Iba muerta, al llegar a casa pusimos la cena, me habían engañado, aquello no fue ni cena ni nada, solo un poco de juego erótico.

Después de cenar nos despedimos de Hugo y lo abracé, yo me fui a la cama directamente. Martín subió unos minutos después, pero no sé cuántos, yo había caído en un profundo sueño.

Capítulo 21



Esa mañana me levanté y Martín, como siempre jugueteaba con mi pelo. Me encantaba en ese momento cariñoso que él sabía hacerme tocar el cielo, cada día estaba más loca por él, más enamorada y no me dolía casi nada pensar en Alex, es más, sentía indiferencia o comenzaba a sentirla.

Lo hicimos de forma carnal, con él encima, mirándome a los ojos, con ese cuerpo que hacía ponerme a mil, luego nos duchamos devorándonos a besos.

—Haz la maleta para tres días, ropa de vestir e informal —dijo antes de bajar a desayunar.

—Bueno meto para tres días y dejo aquí lo demás, ¿no?

—Sí y vístete cómoda que salimos de viaje.

—¿A dónde vamos?

—París nos espera...

—¡Mentira! —grité emocionada.

—¡Vamos!

Desayunamos y yo estaba nerviosa, nunca había salido de la isla y este último mes iba a pisar dos de mis lugares más deseados, así que estaba emocionada.

Fuimos al aeropuerto y el avión salió puntual, llegamos a las cuatro de la tarde y fuimos directos a un precioso hotel en pleno corazón de la Torre Eiffel y a nuestros pies, el Sena.

—Qué pasada —dije fumando un cigarrillo, en el balcón de la habitación.

—Es una pasada, sí señor, a mí me encanta, he venido muchas veces.

Nos quedamos en la habitación un rato a descansar, más tarde nos vestimos y salimos a pasear hasta que cayó la noche y fuimos a un restaurante espectacular con vistas a la torre, era un lugar con mucho encanto.

—Te he traído hasta aquí —dijo mientras miraba a la torre —para hacer este momento especial —dijo mientras jugaba con la copa, sacaba algo de su bolsillo y me lo entregaba. Lo abrí y era un anillo—. Quiero pedirte que pases el resto de tu vida a mi lado —dijo emocionado y poniendo el anillo en mi dedo, sin esperar a que le contestara.

—¡Qué bonito! —dije emocionada —Siempre a tu lado, vida, siempre.

Fue un momento mágico, a él se le saltaron las lágrimas y en ese momento comprendí que mi vida ahora sí tenía un lugar y era a su lado, al lado de mi abogado, ese que volvió a coger unos días de vacaciones para traerme a uno de los mejores lugares del mundo para pedirme en compromiso.

Pasamos tres días de los más bonitos y románticos, paseando de la mano por aquella ciudad, viviendo momentos únicos y conociendo todos esos lugares de los que tanto me habían hablado y que ahora él, me enseñaba.

En la cama acabamos como dos personas enamoradas, dejando el juego de un lado, era hora de disfrutar de nosotros sin pretensiones y sin nada que fuera más allá que el amor.

Del viaje me traje un montón de recuerdos tanto personales como para la casa, la vuelta del avión venía llena de amor y con la ilusión de saber que comenzaba una nueva vida a su lado. Habíamos quedado en que nos estableceríamos en su casa y algunos días nos iríamos a la mía, yo no la quería alquilar, la quería mantener, era mi propiedad, aquello que me había dejado mi madre y con lo que yo estaba muy ilusionada.

Esa noche nos quedamos en su casa, al día siguiente íbamos a preparar todo para irnos a vivir allí, estaba de lo más ilusionada, no cabía en mí.

Epílogo



Un verano después...

—Te mato —dije a Carlos, que estaba poniéndome de lo más nerviosa el día de mi boda y al que yo había elegido de padrino. La mamá de Martín, lo llevaría a él, era una mujer que se había convertido en una madre para mí, me adoraba y yo tenía pasión por ella.

—Calla, que estoy emocionado, estás preciosa, el vestido es discreto pero espectacular, te queda como una princesita —me abrazó emocionado.

—¡Qué guapa! —entró Damián dando chillidos y emocionado.

—Me tenéis nerviosa —resoplé mirando aquellos tirantes finos que me hacían un escote espectacular, con ese cuerpo ajustado y el cinturón fino con un broche en la cintura y la parte de abajo cayendo en A.

—Vamos que el novio ya está esperando —me asomé un poco por la ventana de aquel hotel donde sería la ceremonia y el convite y ahí lo vi, esperándome de lo más nervioso agarrado de su madre.

—Vamos —cogí fuerzas y pensé en mi madre, me partía el alma que no estuviera allí.

Damián nos adelantó y yo salí con Carlos. Martín al verme, comenzó a llorar, yo también, cuando pasé junto a Alba y Paco, me derrumbé, ellos aplaudían emocionados junto a Damián.

Había pocas personas, Emilia estaba en primera fila, llorando emocionada, los padres de Martín, su hermano Oscar, que lo adoraba y algunos compañeros y amigos de su bufete, además de mis compañeras de la guardería.

La ceremonia fue especial, lloramos, reímos, nos emocionamos. De repente comenzó una música de piano y Martín, empezó a cantar, yo no tenía ni idea que tuviera esa voz, pero me quedé con el corazón en un puño.

Cantaba la de “El mundo...”

El mundo, si quieres, ahora yo te busco...

Lloraba como una niña chica, que emoción escucharlo cantar.

El mundo, no se ha parado ni un momento, la noche muere y viene el día y ese día vendrá...

La ceremonia fue de lo más divertida, partimos la tarta a ritmo de la canción de Mark Anthony, “Flor pálida”, fue brutal ese momento. Me abracé a Emilia que lloraba desconsolada y miramos al cielo, mi madre debía estar muy orgullosa en ese momento de lo que había conseguido, de estar casándose con un gran hombre como era Martín.

Ni me acordé de Alex, ese hombre que se había casado con Lisbeth, que se paseaba ahora con

ella por la isla con esa cara altiva, dejando entrever que lo suyo había sido todo un teatro, que me había engañado como una gilipollas, pero gracias a ese engaño, fui a Italia y ahora estaba con el hombre que amaba.

Esa noche, cuando todos se fueron, nos quedamos en aquel jardín donde se había celebrado la boda, borrachos, muertos de risa y disfrutando de ese momento, hacía un año que no habíamos vuelto a esos juegos.

En ese momento fue cuando entendí que, ni Martín era un juego, ni Alex, el amor de mi vida...